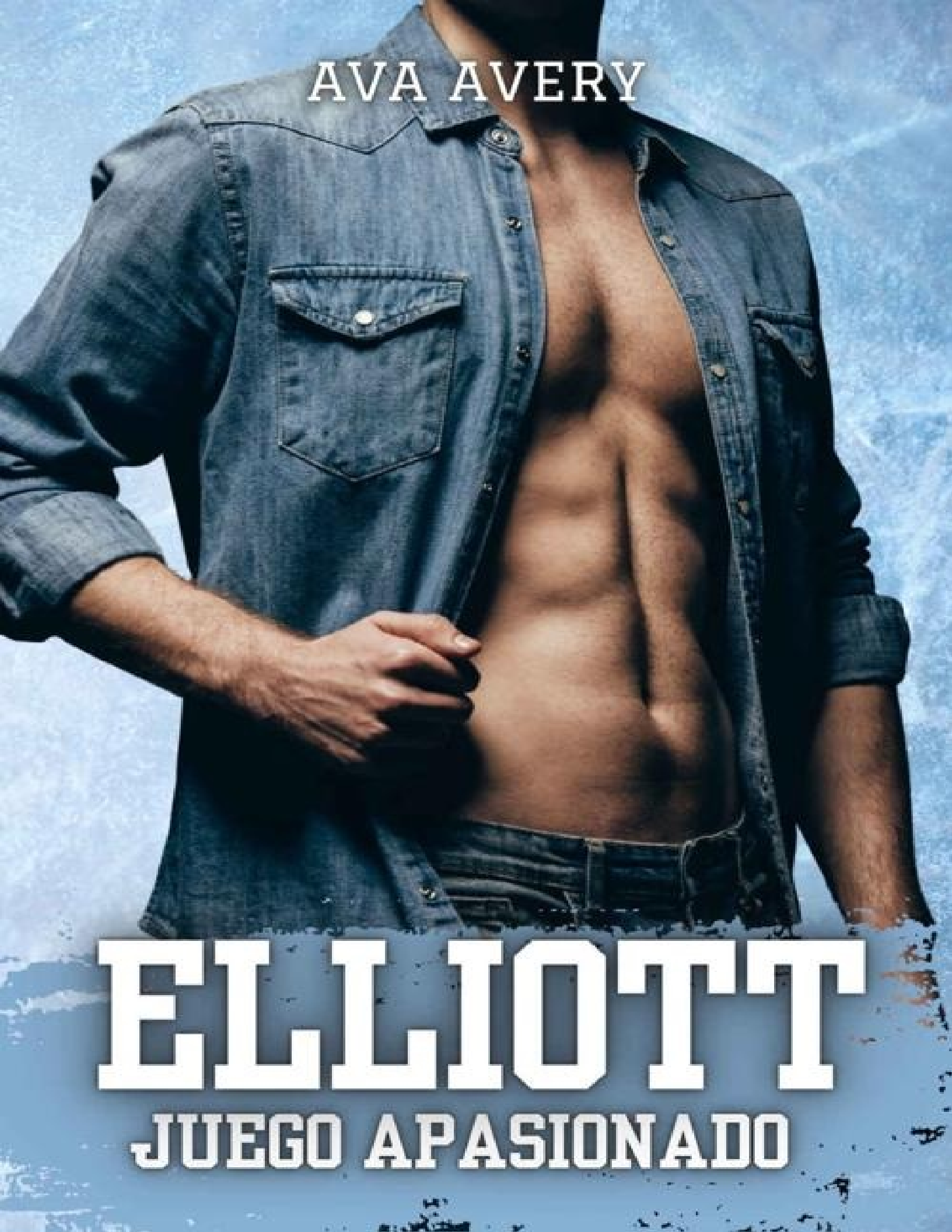

AVA AVERY
ELLIOTT
JUEGO APASIONADO

ELLIOTT

JUEGO APASIONADO

LOS HERMANOS SLOANE

LIBRO 3

AVA AVERY



ÍNDICE

Gratis Para Ti

1. Blakely
2. Elliott
3. Blakely
4. Blakely
5. Elliott
6. Blakely
7. Blakely
8. Elliott
9. Elliott
10. Blakely
11. Blakely
12. Elliott
13. Elliott
14. Blakely
15. Elliott
16. Blakely
17. Elliott
18. Blakely
19. Elliott
20. Blakely
21. Elliott
22. Blakely
23. Elliott
24. Blakely
25. Elliott
26. Blakely
27. Elliott
28. Elliott
29. Blakely
30. Elliott
31. Elliott
32. Blakely
33. Elliott
34. Elliott
35. Blakely

Epílogo

Mis novelas de un vistazo
Libro y Capítulo Gratis
Antes de partir

Primera edición en español: noviembre 2024
Copyright © Ava Avery
Cover/Portada del libro: Gráficos con licencia de depositphotos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser copiada, de manera física o digital, sin el permiso de la autora. En ningún caso se entenderá que se confiere el derecho de duplicación, traducción, distribución o acceso público.

Esta novela es una obra de ficción. Los sucesos y personajes que aparecen en ella son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Consigue tu libro GRATIS:

HAGA CLIC AQUÍ

Social Media:

Instagram: avaavery.autorin
Facebook: avaavery.autorin
Ava en TikTok: @avaavery.books

GRATIS PARA TI

CAPÍTULO GRATIS PARA TI

¿Quieres conseguir **un capítulo secreto exclusivo y gratuito** sobre los tres hermanos Sloane? Entonces haz clic **AQUÍ** o escanea este código QR:

Empieza a leer ahora:

HAGA CLIC AQUÍ

o escanea este **código QR:**

CAPÍTULO 1

BLAKELY

HACE 8 AÑOS

ME ACURRUCO en la almohada y me rindo al cansancio, bostezando. Ha sido un día largo y agotador y me alegro de que por fin haya terminado y pueda descansar.

Como periodista, mi vida cotidiana se compone en gran parte de estrés, estrés y, oh sí, estrés. La búsqueda de buenas historias siempre se hace a la carrera. Si vas andando, o incluso a rastras, no podrás sobrevivir mucho tiempo en esta profesión. En una ciudad tan cara como Vancouver, eso no es óptimo.

Por eso estoy tan agradecida de que mi carrera vaya razonablemente bien, aunque no tenga tanto empuje ni ambición como la mayoría de mis colegas.

No me importan los ascensos ni los cargos que, de todos modos, nadie entiende. Lo que más me interesa es disfrutar de mi trabajo y contribuir a mejorar un poco el mundo mediante una información transparente y objetiva.

Puede que incluso utilice mis habilidades como hacker para ayudar un poco en esto último. No siempre es completamente legal, pero es un tanto más satisfactorio.

No hay nada como un pequeño y beneficioso hackeo aquí y allá para echar una mano a las autoridades en su trabajo. Aunque sea a mi manera, según mis ideales.

Estoy a punto de adentrarme en el país de los sueños cuando, de repente, oigo un fuerte ruido por encima de mí.

—Otra vez no —murmuro enfadada y suelto un grito frustrado, que ahogo en la almohada.

Desde el piso de arriba, unos golpes rítmicos penetran en el techo. Es como si alguien golpeara repetidamente un mueble contra la pared con todas sus fuerzas. A juzgar por los claros gemidos que siempre acompañan a los golpes rítmicos, el mueble en cuestión es una cama. Una cama increíblemente resistente, eso sí.

—Voy a matarlo. Lo voy a matar, joder —maldigo en voz baja, y decido que en la mañana me enfrentaré a ese jugador de hockey sobre hielo cachondo y lleno de testosterona que mi padre ha alojado en el piso de arriba.

Ya me he contenido bastante y he puesto buena cara, pero cuando se trata de dormir, no aguanto estas bromas.

El tipo parece tener un maratón de sexo en su piso todas las noches. Y es tan excesivo y persistente que dormir está fuera de discusión.

Si sólo se tratara de una aventura rápida antes de ir a dormir, las intrusivas pajas no me molestarían, excepto porque me recuerdan que mi propia vida sexual es demasiado virginal comparada con la suya. Pero ese puto idiota no para de follar toda la noche y no para de despertarme.

¿Cómo demonios se las arregla para seguir con su duro entrenamiento en el hielo cuando se pasa toda la noche haciendo deporte en la cama y, a juzgar por los ruidos animales que hace, está bastante agotado?

Ignoro la piel de gallina que se me forma en los brazos ante sus gemidos fuertes y salvajes y aprieto la almohada contra mi rostro encendido.

No es que desee que ese desinhibido y musculoso novato me lleve a su nido de amor, ni que me fuera a masturbar durante toda la noche. No es el caso.

No me gustan los jugadores de hockey sobre hielo engreídos y simplones que se ganan la vida persiguiendo un disco de goma dura y cuyo propósito en la vida es hacer crecer sus cuerpos.

Soy una auténtica fanática del deporte, pero no me molesto en contar calorías. Aparte de eso, creo que las camisetas y las faldas cortas sólo sirven para resfriarse. Me gustan las sudaderas de algodón, con capucha, y los vaqueros de cintura alta. Me corto el pelo yo misma, en lugar de peinarlo por doscientos dólares en la peluquería de algún famoso, cuando luego no se nota la diferencia. Las uñas de gel que repiquetean en el teclado me dan dolor de cabeza, por eso las llevo naturales y cortas.

En otras palabras, soy la pesadilla de cualquier estrella del deporte.

Eso me viene muy bien, porque al menos me dejan en paz en vez de coquetearme descaradamente. Aunque, en todo caso, no lo harían si se enteraran de que mi padre es su agente.

Es paradójico que yo tenga acceso a todo tipo de jugadores de hockey sobre hielo ricos, atractivos y con éxito a través de mi padre, pero ellos nunca saldrían conmigo, y mucho menos me tocarían, porque le tienen demasiado miedo a mi padre como para arriesgarse a involucrarse con su hija.

Por suerte, eso no me molesta en absoluto. De todos modos, me gustan más los hombres intelectuales, que no llevan el cerebro en los músculos y beben té en lugar de batidos de proteínas.

De esos hay muy pocos en el hockey sobre hielo. O mejor dicho, ninguno.

Las sacudidas por encima de mí se hacen más fuertes. Igual que los gemidos.

¡Jesús!

¿Qué están haciendo esos dos?

O, ¡un momento!

Me quito la almohada de la cabeza y escucho con más atención.

Esas son, esas son, no… ¿son?

Definitivamente son *dos* mujeres gimiendo y pidiendo más.

Trago saliva, pero el ligero picor de mi garganta reseca no desaparece.

—Sí, Elliott, joder, sí. Hazlo más fuerte —grita lujuriosamente una de las dos voces femeninas, haciendo vibrar las paredes.

Poco después, los golpes contra la pared se vuelven más violentos. Tan fuertes que no me extrañaría que el yeso empezara a desmoronarse en cualquier momento o que toda la maldita casa se derrumbara.

Los gemidos, gruñidos y gritos son ahora tan fuertes que no estoy segura de si los tres están realmente follando ahí arriba o se están masacrando entre ellos.

Eso último sería deseable, porque entonces por fin se acabaría y se callarían, y eso es lo que puedes esperar de tus vecinos a las once de la noche, ¿no?

Suspiro mientras escucho el interminable espectáculo circense sobre mí y vuelvo a estar tan despierta que dormir ya no es una opción.

Muchas gracias, Elliott, estúpido Sloane.

Tiro enérgicamente el edredón hacia atrás, salgo de la cama y me tambaleo hasta la cocina, donde me preparo una taza de té antes de entrar en mi estudio y encender el ordenador.

Me pongo los auriculares y, molesta, dejo que la alegre orgía se quede en un segundo plano.

CAPÍTULO 2

ELLIOTT

SONRÍO SATISFECHO, salgo de la ducha, me envuelvo las caderas con una toalla y me seco el pelo con otra.

Me siento descansado, preparado y con energía para un nuevo día, y lo mejor de todo, hoy no hay entrenamiento así que puedo hacer lo que quiera durante todo el día.

Como eso ocurre muy pocas veces, ya tengo una idea clara de cómo quiero pasarlo.

El único obstáculo que me queda por superar son las dos señoritas que duermen dichosa y profundamente satisfechas en mi cama.

Desnudas, por supuesto.

No soy de los que lleva ropa en la cama.

¿Para qué sirve un edredón?

No hace falta ropa para estar bien calentito bajo el edredón. Al contrario. Sería un estorbo para mi deporte favorito aparte del hockey sobre hielo: el sexo.

Anoche fue increíble. Hacía tiempo que no me montaba un trío y, después de un duro día sobre el hielo, me lo pasé muy bien con dos chicas hambrientas.

Mis músculos se sienten correspondientemente pesados esta mañana. Mi pobre polla, que anoche fue ordeñada hasta la última gota, está igualmente agotada. Después de todo, tuve que distribuir mi munición de forma justa y equitativa entre dos conejitas mendigas.

Normalmente empezaría el día con un polvo relajante, pero esta mañana, y no puedo creer que esté diciendo esto, estoy demasiado hecho polvo para eso.

En vez de eso, tengo que pensar en cómo conseguir que las dos sensuales señoritas abandonen mi piso lo antes y lo más rápido posible. No quiero desperdiciar este hermoso y soleado día sentado en mi piso, quiero subirme a mi moto y disfrutar del día al aire libre.

Mientras sigo pensando si debo tentar a las señoras con café o despertarlas

con música rock a todo volumen, suena el timbre de la puerta.

Levanto las cejas sorprendido.

¿Una visita?

No espero a nadie.

¿Quién será?

Sólo llevo tres semanas en la ciudad y conozco a pocas personas aparte de mis compañeros de equipo. Ninguno de ellos llamaría a mi timbre a las ocho y media de la mañana.

Es más, el sonido del timbre significa que el visitante o los visitantes están delante de la puerta de mi piso. De lo contrario, habría recibido una llamada de la recepción de este complejo de edificios seguros.

Cuando suena el timbre por segunda vez, me pongo en marcha con curiosidad y me dirijo a la puerta.

La abro con una sonrisa amable y me sorprendo al encontrar a Blakely Beckett de pie delante de ella. La hija de mi agente, Max Beckett.

—Hola B, ¿qué tal? —la saludo y sonrío irónicamente—. ¿Saliendo tan temprano?

Blakely frunce el ceño perpleja y me mira como si estuviera fuera de mí.

—Son las ocho y media —dice, sorprendida.

—Sí, es raro, ¿no? Muy temprano, lo sé. Me sorprendo de estar despierto a estas horas pero tengo muchas cosas planeadas para hoy. Supongo que la anticipación me ha despertado. Oye, ¿quieres pasar? Estaba a punto de hacerme un café. Quieres uno, ¿no? Pareces cansada.

Su mandíbula cae ante mis palabras, como un cascanueces navideño, se ve divertidísima.

—Eh... sí. Precisamente de eso quería hablarte —balbucea.

Me aparto del marco de la puerta y la hago pasar.

—¿Sobre qué? ¿Sobre el café? Venga, sentémonos en la cocina. ¿Ya has desayunado?

—Bueno, en realidad… —empieza, mirándome indecisa.

Sólo he visto a Blakely Beckett tres veces: una cuando fui a casa de su padre para cenar, otra cuando nos encontramos en el vestíbulo un día, y hoy.

Si no supieras que Blakely es la hija del famoso y exitoso agente deportivo Max Beckett, nunca adivinarías que ambos están emparentados, y mucho menos que son padre e hija.

La palabra que mejor describe a Blakely es *modesta*, seguida de cerca por *natural*.

Mide alrededor de un metro setenta, tiene el pelo largo y castaño, que siempre lleva recogido en una funcional coleta, y no le importan en absoluto la

moda y las tendencias.

Creo que tiene una buena figura, pero no puedo juzgarla porque la disimula hábilmente con sus vaqueros boyfriend y sus sudaderas holgadas, aunque no me explico por qué lo hace.

B es la única mujer atractiva que conozco que oculta deliberadamente su cuerpo en lugar de mostrarlo.

Esto se aplica no sólo a su estilo de vestir, sino también a su inexistente pintura de guerra: ni maquillaje, ni pintalabios, ni siquiera rímel. Y, cuesta creer que esto siga existiendo hoy en día, no tiene uñas artificiales. Ni siquiera un poco de color. Nada de nada. Nulo.

La mujer parece que vive en una cabaña en el bosque y se alimenta de frutas y verduras de cosecha propia.

No es que eso sea malo. Simplemente es raro e inusual. Especialmente para una ciudad tan moderna como Vancouver.

Blakely sigue mirándome como si fuera un marciano.

Inclino la cabeza y la miro interrogante.

—¿Querida? ¿Estás bien?

Blakely parpadea y se sonroja. Su mirada pasa de mi cara a la parte superior de mi cuerpo y se queda allí.

La sigo y me pregunto qué cosas interesantes habrá por descubrir en esa cabecita.

—¿Qué? —murmuro, frunciendo el ceño.

—Tú… —se aclara la garganta— estás desnudo, er, tatuado. Tatuado, quiero decir. Estás tatuado. Muy... muy tatuado.

Su cara se pone roja y se pasa torpemente un mechón de pelo imaginario por detrás de la oreja.

—¿Es eso un delito? —me río divertido y me paso las manos por los brazos y el pecho tatuados, que también están cubiertos de tatuajes.

—No. En absoluto —se apresura a decir.

—Pero...

Me mira y traga saliva.

Parece que se me escapa algo.

Pero, ¿qué?

—Bueno, no sé tú, pero yo ahora mismo necesito un café. ¿Continuamos nuestra animada conversación sobre tatuajes en la cocina? También puedo aprovechar para enseñarte el diseño del nuevo tatuaje que me voy a hacer esta tarde. ¿Te interesa?

Le sonrío invitándola a pasar por segunda vez.

Ella duda, pero finalmente se pone en marcha y se desliza en mi piso con los

hombros encorvados, tímida como una niña pequeña en el regazo de Papá Noel.

CAPÍTULO 3

BLAKELY

ELLIOTT ME LLAMA por encima del hombro, despreocupado, mientras yo inspecciono vacilante su cocina de última generación con sus relucientes muebles de acero inoxidable.

—Negro, por favor —le respondo, sacudiendo la cabeza con incredulidad por el hecho de que vaya por ahí medio desnudo y descalzo delante de una desconocida y no parezca sentir la necesidad de ponerse nada.

¿Ni siquiera se le ocurre que podría molestarme verle disfrazado de Adán?

Parece que no.

Silbando alegremente, acciona la cafetera y me da la espalda.

Sus brazos y parte del pecho están generosa y vistosamente tatuados, de modo que atraen casi magnéticamente la atención, y uno intenta descifrar con curiosidad qué criaturas y escritos lleva pintados en el cuerpo. Como ahora puedo ver, su espalda también está cubierta de grandes letras.

Dice '*Intrépido*' en negrita bajo dos alas de ángel que rompen una cadena de acero.

¡Válgame Dios!

Debió doler mucho que lo pincharan así por todas partes. ¿Qué persona normal haría eso?

Por otro lado, Elliott Sloane no es normal. Y por difícil que sea para mí, tengo que admitir a regañadientes que le queda bien. Le sienta bien a él y a la forma en que es presentado al mundo exterior.

No es que esté interesada en él o en cualquier otro jugador, pero como hija de uno de los agentes de hockey sobre hielo más conocidos de Norteamérica, por supuesto que sé a quién ficha mi padre.

Elliott Sloane es considerado el rebelde entre los tres hermanos Sloane. Le gusta nadar a contracorriente y hacer sus propias cosas sin importarle las consecuencias.

A diferencia de Shelby Sloane, el menor de los tres hermanos, Elliott es más bien taciturno y lo hace todo él solo.

A diferencia de Caiden, el alfa dominante de los hermanos, Elliott prefiere permanecer en un segundo plano y observar los acontecimientos desde una aburrida distancia.

Le encantan los tatuajes, los piercings y las motos y, en general, le importa un bledo lo que los demás piensen de él.

Su suerte es que, al igual que sus hermanos, es un jugador de hockey sobre hielo de gran talento.

No se espera de él que hable mucho mientras rinda sobre el hielo.

Elliott se estira para coger un vaso del estante superior, sus anchos músculos se flexionan perfectamente bajo su piel pintada y sus bíceps se tensan hasta alcanzar un volumen impresionante.

Me limpio apresuradamente la comisura de los labios con el dedo corazón.

¿Acabo de babear?

Estoy tan sorprendida por la saliva delatora en mi dedo que no veo venir a Elliott, que se inclina sobre mi dedo sorprendido.

—¿Te has hecho daño en la mano?

Hago una mueca de dolor y cierro la mano en un puño.

—¿Estás loco? —jadeo sin aliento—. ¿Por qué me sorprendes así?

—Yo nunca me escabullo, cariño —Elliott se rasca la barbilla cubierta de una sexy barba incipiente con una sonrisa—. No suelo ser una persona tranquila, ¿sabes?

¡Silencio!

¡Ahí está! Mi palabra clave.

La bruma que se ha levantado entre nosotros con el calor que se ha ido acumulando en esta maldita cocina se disipa lentamente mientras acepto el café de Elliott y le doy un sorbo. Como si la infusión fuera una especie de poción mágica que ahuyenta las fuerzas malignas que quieren confundirme e inquietarme.

—Erm, sí. Así que, de eso de lo que quería hablarte.

Elliott entrecierra sus brillantes ojos marrón-verdosos interrogativamente. Su pelo castaño oscuro, ligeramente más largo, cae suelto y húmedo sobre su frente.

—¿Sobre qué exactamente?

—Sobre...

—Buenos días, cariño —me interrumpe un seductor arrullo.

Giro la cabeza, irritada, para volver a apartarla de inmediato.

No puede ser verdad.

¿He acabado en una comuna hippie disfrazada, o por qué todo el mundo en

este piso de mierda corretea desnudo menos yo?

—Hola, soy Sandy —ronronea la rubia y empuja sus turgentes pechos hacia mi campo de visión.

Me tiende la mano perfectamente cuidada, completamente desnuda, y sonríe con coquetería.

Lleva el pelo rubio revuelto, por no decir despeinado, y tiene los labios pintados de rojo. Parece un payaso de terror.

Pero probablemente a los hombres les parezca guay. No me extrañaría.

Sin embargo, ella me recuerda más a la víctima de un crimen violento cuyo cadáver empapado es sacado sin vida de algún río.

—Blakely —digo con cautela y me esfuerzo por mirar a Blondi a los ojos en lugar de a sus tetas—. Soy...

—Mi *hermana*. Blakely es mi hermana y se me olvidó por completo que hoy teníamos una cita. Por desgracia, Blakely y yo planeamos este día de hermanos hace semanas, así que no puedo reprogramarlo ni cancelarlo. Lo siento mucho, cariño —dice Elliott con voz desgarradora y le da unas palmaditas descaradas en el trasero desnudo a Sweetie.

Sweetie hace un mohín y una mueca.

—En realidad pensábamos que volverías a la cama con nosotras. Nos abrazaremos un poco y… —le pasa el dedo índice por el pecho musculoso— jugaremos a montar un poco a los toros.

Se me escapa una tos y vuelvo a escupir el café que estaba a punto de tragar en mi taza, de modo que unas cuantas salpicaduras caen sobre la piel impecable de Sweetie.

Asqueada, me mira desde sus bronceadas tetas manchadas de café.

—Lo siento —le digo tosiendo— sufro de asma.

No sufro de asma, pero por suerte Sweetie se lo cree.

—Pobrecita —me dice, acariciándome el hombro con simpatía.

—Eh... sí... gracias… —tartamudeo, lo que provoca una sonrisa cómplice de Elliott.

—No te preocupes, B. Hoy vamos a pasar mucho tiempo al aire libre y a darle una buena paliza a tu asma.

—Sí —levanto un pulgar y sonrío débilmente—. ¿Antes o después de montar a los toros?

Las comisuras de los labios de Elliott se mueven divertidas.

—Bueno, ¿te importaría esperar tanto a que el toro sea domado por sus dos vaqueras?

Ensancho los ojos sorprendida, lo que Elliott reconoce con una risa áspera antes de darse la vuelta.

—Lo siento, cariño, pero el toro está hoy pastando en el prado. Me pondré en contacto contigo cuando el rodeo vuelva a abrir sus puertas, te lo prometo —le dice disculpándose a la babosa—. ¿Queréis un café antes de iros?



Elliott se apoya despreocupadamente en la puerta e intercambia obscenas bromas con Sandy y Mandy, que creo que son gemelas, al menos las dos son rubias, de ojos azules, mega delgadas y extremadamente pechugonas.

O las dos tienen genes milagrosos o han recibido alguna ayuda con el tamaño de sus pechos. En cualquier caso, no es normal porque cuando pienso que necesito perder peso, el primer lugar donde lo pierdo es en mis pechos, exactamente donde preferiría ganar peso, no perderlo.

El hecho de que Sweetie uno y dos vayan por ahí con un vestido de la talla 32 y un tamaño de copa doble D me parece tramposo, pero a Elliott no parece importarle. Fiel al refrán: da igual que sean de verdad o de plástico, lo importante son las tetas.

—¿Por qué te muestras tan escéptica? —se ríe Elliott mientras cierra la puerta tras las chicas escasamente vestidas y gira hacia mí.

—Sólo me preguntaba por el tamaño de sus pechos —digo mis pensamientos en voz alta, aún completamente absorta en ellos. Cuando me doy cuenta de lo que estoy diciendo, me tapo la boca con la mano.

Es demasiado tarde. Elliott lo ha oído todo, como indica su amplia sonrisa.

—¿Cómo voy a entenderlo?

—Bueno, ¿no eran un poco... demasiado grandes?

Elliott resopla divertido.

—¿Demasiado grandes? Cariño, las tetas nunca son lo suficientemente grandes. Creo que es muy sexy cuando suben y bajan durante el sexo. Me pone muy cachondo.

—Demasiados detalles —grito agonizante y le hago un gesto para que se calle—. ¿Por qué me cuentas esto y por qué sigues medio desnudo? ¿Le haces eso a todo el mundo?

La sonrisa de Elliott se ensancha.

—No.

—¿Entonces por qué conmigo?

—Porque eres en realidad la única mujer con la que no quiero acostarme, ni me acostaré, aparte de mi hermana. Y mi madre.

—Creía que yo *era* tu hermana —respondo sarcástica y enarco una ceja con desaprobación.

—Lo eres... más o menos. Estás tan fuera de mis límites como Ruby. Por eso no hay nada que nos impida ser amigos. De hecho, es algo positivo porque estoy agradecido por cada persona agradable que conozco en esta ciudad extranjera. Desde que llamaste a mi timbre sólo para charlar conmigo, veo esto como el comienzo de una maravillosa amistad.

—Yo, bueno, por qué he venido en realidad —empiezo, pero entonces me veo sobrepasada y arrastrada por el repentino y completamente atípico torrente de palabras de Elliott, así que mi plan de reprenderle por sus rodeos nocturnos fracasa estrepitosamente.

—¿Tienes algún plan para hoy? Quería salir un poco de la ciudad en moto. Luego voy a hacerme mi nuevo tatuaje y a comer algo rico. ¿Te apetece venir?

—¿Te vas a vestir antes o lo harás desnudo?

Elliott me guiña un ojo con picardía.

—Suelo ir en moto con la ropa puesta. A menos que esté follando en ella. Pero en cuanto al tatuaje, definitivamente tendré que quitarme la ropa para eso. Lo siento.

Me llevo las manos a la espalda para que Elliott no note que empiezo a temblar ante la idea de que lo haga en moto.

—¿Dónde va el nuevo tatuaje? —quiero saber, mordiéndome nerviosamente el labio inferior.

—Sobre mi polla —dice sin pudor.

—Ya veo. ¿Y qué tipo de tatuaje va a ser?

—Letras.

—Y, ¿de qué tipo?

—A por la piruleta.

Vuelvo a toser. Pero esta vez tan violentamente que Elliott tiene que darme una palmada en la espalda.

—Muy original —grazno, medio ahogada.

Las comisuras de los labios de Elliott se crispan mientras intenta en vano reprimir una carcajada.

—Tía, B, eres muy graciosa. Te crees todo lo que te dicen, ¿verdad?

—Así que ni siquiera te permites acercarte a…

—¿Llegar a la piruleta? —me toma el pelo Elliott.

—Exacto. Así que no me dejas tatuarlo sobre, ya sabes...

—¿Sobre el rabo? No.

—¿Entonces qué? —pregunto jadeando.

—Pedazos de hielo.

—Eres idiota —resoplo, medio jadeando, medio riendo.

—Deja de molestar y dímelo de una vez.

Elliott me rodea los hombros con el brazo y se inclina hacia mi oreja, con su bíceps duro como el acero presionando mi mejilla, casi aplastándola.

—Sólo lo sabrás si vienes conmigo. Y sabes que quiero que lo sepas —susurra juguetón.

Mientras contemplo la posibilidad de girar la cara y lamerle los músculos con la lengua, me declaro claramente loca.

Definitivamente paso demasiado tiempo detrás del ordenador y demasiado poco en el mundo real, con gente real. Estoy mutando lentamente en una psicópata empollona. Lo único que me falta son las gafas de tres capas con montura de cuerno.

Es hora de cambiar las cosas y socializar con mis semejantes. Ahora mismo. Justo aquí.

CAPÍTULO 4

BLAKELY

8 AÑOS DESPUÉS

—¡VAMOS! —grito cuando suena el timbre de la puerta principal—. Ah, eres tú —digo sorprendida cuando Elliott se planta delante inesperadamente y se pasa los dedos por el pelo despeinado—. ¿No es un poco temprano para ti?

Elliott no es madrugador, por Dios. A menos que tenga que ir a entrenar o coger un avión para un partido fuera de casa, nunca sale de la cama antes de las diez.

Levanta la comisura de los labios, divertido, mientras su mirada recorre mi cuerpo y se fija en mi pantalón de pijama, que rápidamente he convertido en pantalón de jogging.

—Me gusta más el del alce asado con malvaviscos —comenta secamente y me empuja hacia adentro de mi piso, donde se dirige decidido a la cocina y abre la nevera.

Le sigo con los ojos entrecerrados y veo cómo coge la leche de la nevera, un bol pequeño del armario, una cuchara del cajón y los copos de maíz de la estantería de al lado.

En silencio, llena el bol de cereales hasta el borde, de modo que en realidad no debería caber leche en él.

—Ya sabes que puedes comerte dos si no estás lleno después del primero. También puedes verter la leche directamente en el cartón. Así me ahorro lavar los platos.

Elliott me guiña un ojo.

—Nunca estoy lleno después del primero. Y tampoco después del segundo. Sabes que siempre tengo mucha hambre.

—Lo oigo cada dos noches —murmuro molesta, lo que hace que Elliott se encoja ligeramente de hombros.

—Deberías agradecérmelo, B. Al menos así tienes sexo pasivo. Sigue siendo mejor que nada.

—No te necesito para el sexo —gruño—. Para eso tengo al Sr. Conejo.

Elliott me sonríe con la cuchara en la boca.

—Odio al Sr. Conejo.

—Y a mí me encanta. Es fiable, tranquilo y fácil de cuidar.

—Yo también —se queja Elliott, lo que me hace enarcar una ceja con incredulidad—. Vale, pero, ¿quién es tranquilo durante el sexo? Si es silencioso, y tranquilo apesta. Lo sabrías si alguna vez activaras tu coño para el mundo real,

B.

—Vale, tigre, está claro que es demasiado pronto para hablar de mi coño, ¿vale?

Elliott reprime otra sonrisa, se acomoda en la mesa y paladea atentamente los copos de maíz.

—¿Has venido porque no has tenido tiempo de ir a comprar porque estabas muy ocupado follando y ahora tienes que comerte todo lo que tengo en la despensa? —le pregunto y me siento a su lado.

—No —mastica con fruición—. Quería pedirte un favor.

—¿Ah, sí? ¿Hay algún otro sabor nuevo de cereales que quieras que te compre, o quieres que vuelva a fingir que soy tu prima de Texas gravemente enferma?

Elliott hace una pausa y sonríe, con la leche goteándole de la comisura de los labios a la barbilla.

Me inclino y se la limpio con el pulgar. Este tío no solo folla como un toro, también come como uno.

—Se trata de Caiden. Me ha llamado porque su novia tiene problemas.

—¿Desde cuándo tiene novia? —murmuro irritada.

—Arielle Remington, ya sabes...

Lo ignoro. Se supone que no debo saber nada del romance secreto entre el capitán del equipo *Armadillos* y la nueva dueña de los *Armadillos*. Elliott me contó el secreto hace años y desde entonces me habla regularmente de la complicada relación, que en realidad no es tal, entre su hermano y su ahora jefa.

—¿Qué ha pasado esta vez? —suspiro, porque no veo el día en que por fin los dos muevan el culo y se junten.

—Amenazan con destruir a Ariel y al equipo. Caiden quiere evitarlo a toda costa. Pero necesitamos tu ayuda —explica Elliott, terriblemente serio para sus estándares, lo que me hace incorporarme y tomar nota.

—Suena horrible. Cuéntamelo todo —exijo, arrebatando enérgicamente el bol de cereales de la mano de Elliott—. Ahora mismo.



Cuando Elliott sale de mi piso media hora más tarde para prepararse para el entrenamiento, lo miro pensativa.

Por supuesto que voy a ayudarle con el precario asunto del que me ha hablado. Siempre lo hago. Y si, como en este caso, se trata de su familia, aún

más.

Porque aunque Elliott es un auténtico torbellino y bon vivant por fuera, que no se toma en serio nada ni a nadie y que pone su libertad por encima de todo, sé lo importante que es su familia para él. Haría cualquier cosa por ellos. Como Elliott se ha convertido en mi mejor amigo en los últimos ocho años, yo haría prácticamente cualquier cosa por él.

Es todo lo contrario a mí, pero quizá por eso nos consideramos almas gemelas.

Elliott es un loco adicto a la adrenalina. Le encantan las motos y las carreras de motos, y ha reunido una gran colección de motos, que él mismo se encarga de mantener y cuidar. Ha alquilado un almacén donde se aloja cuando no está entrenando, en mi casa o recogiendo a sus chicas en algún club para follárselas toda la noche.

Sus tatuajes también han aumentado con los años. Al principio pensé que se trataba de una moda pasajera, pero en los últimos años me he enterado de la historia que hay detrás de cada uno de sus tatuajes. Ninguno de ellos es aleatorio o elegido por capricho. Todos cuentan una historia.

Así que el hecho de que Elliott siempre haya sido etiquetado como el taciturno de los tres hermanos Sloane no es cierto. Elliott habla mucho. Sólo que de una manera diferente. No se expresa con palabras, sino con símbolos, signos y colores.

Sin embargo, muy poca gente se da cuenta de ello porque Elliott apenas deja que nadie se le acerque. Al menos no lo suficiente como para ver detrás de su fachada fría, despreocupada e indiferente, tras la que esconde sus verdaderos sentimientos.

Es una verdadera lástima porque este hombre se merece mucho más de lo que está dispuesto a pedir.

Creo que todas las semanas le digo a Elliott que debería encontrar por fin una mujer que no sólo sirva para follar, sino también para amar. Nadie, aparte de mí, ha nacido para estar solo para siempre. Menos alguien tan divertido, guapo y empático como Elliott Sloane.

Pero Elliott no quiere oír nada de eso y sigue diciéndose a sí mismo que me tiene a mí y que ninguna mujer le entiende mejor que yo.

Mentira total, pero lleva así ocho años.

Elliott sale, chasquea los dedos, se lleva a sus mujeres a casa, se las folla hasta reventar, les pide un taxi y luego disfruta de su estado zen post-orgásmico en mi presencia.

En realidad es bastante cutre, como no me canso de recalcar. Pero Elliott sonríe con picardía. *Ellas quieren un orgasmo y yo les doy al menos tres. Se*

llama ganar-ganar... esa es más o menos su defensa.

A juzgar por el ruido de fondo, tengo que darle la razón a regañadientes. Aunque me prohíbo a mí misma cualquier pensamiento sexual sobre Elliott, el Sr. Conejo me proporciona mis clímax más intensos cuando Elliott está gimiendo y diciendo palabrotas en voz alta en el piso de arriba.

Este sucio secreto, que es tan cierto como la muerte, me lo llevaré a la tumba.

Cierro la puerta principal con las mejillas encendidas, respiro hondo, alejo cualquier pensamiento inapropiado sobre mi mejor amigo y me pongo a trabajar.

Hay mucho que hacer.

CAPÍTULO 5

ELLIOTT

—ELLIOTT, pasa.

Max se saca el puro de la boca y me invita a entrar en su espacioso ático con vistas al puerto de Vancouver.

Aunque también tiene una moderna y lujosa oficina en el centro de la ciudad, prefiere trabajar desde casa, donde, como él dice, tiene su paz y su tranquilidad.

Como uno de los mejores y más conocidos agentes deportivos de Norteamérica, Max nunca está tranquilo. Siempre hay un incendio, o incluso todo un incendio forestal que apagar.

Llamé a Max desde el estadio y le pedí que charláramos. En realidad esperaba que nos viéramos en los próximos días, pero para mi sorpresa, Max me dijo que fuera enseguida a su casa.

—¿Cómo está mi niña? —me pregunta mientras toma asiento en el sillón de su salón y yo me acomodo en el sofá de dos plazas contiguo.

—Esta mañana ha estado tan descarada como siempre —resoplo divertido al recordar a Blakely con sus queridos pantalones de pijama de alce, castor y oso.

—Bien. La próxima vez que la veas, por favor, dile que su viejo padre estaría encantado de que viniera por aquí más a menudo.

—Lo haré —prometo, aunque sé que a B le encanta esconderse en su cuevita y sólo sale de detrás del ordenador en sus ratos libres si la obligas o la tientas con helado de mango y maracuyá.

—Bueno, hijo mío, ¿qué pasa? ¿De qué querías hablarme?

Me deslizo incómodo de un lado a otro en el sofá, sin saber cuál es la mejor manera de empezar esta conversación. No suelo ser un gran conversador, y menos cuando se trata de temas emocionales.

—Mi contrato con los *Vipers* expira al final de la temporada… —empiezo finalmente, titubeando.

—Soy consciente de ello, pero puedes estar seguro de que te firmarán por

otros tres años. La única razón por la que el contrato aún no está disponible para que lo firmes es porque estoy jugando al póquer para negociar las mejores condiciones para ti. Cuantos más equipos se interesen por ti, mayor será tu valor de mercado —dice Max, recostándose y relajándose.

—Eso no me preocupa. Sé que lo tienes bajo control. Es más bien que, bueno, me gustaría mudarme a Estados Unidos. A Phoenix, para ser precisos. A los *Armadillos*. ¿Puedes negociar eso por mí?

Max baja la barbilla y me mira por encima de las gafas, como si estuviera comprobando si le estoy tomando el pelo.

—¿Quieres jugar en el mismo equipo que tus hermanos? ¿Lo he entendido bien?

Asiento con la cabeza.

—¿Y por qué querrías eso? Eres una estrella en Vancouver. Seguirás en Phoenix, pero tendrás que compartir la gloria con Shelby y Caiden, que tienen una gran afición allí y son fijos en el equipo desde hace años.

—Sabes que me encanta el hockey, pero me importa una mierda si consigo un puesto en el Salón de la Fama del Hockey o no. Estoy agradecido de poder ganarme la vida con ello y de haber podido convertir mi afición en una carrera, por así decirlo. A diferencia de mis hermanos, el hockey no es mi vida. No me defino por ello.

Max me lanza una mirada de desaprobación, aunque esto no es nuevo para él. Nunca he ocultado lo que realmente me importa en la vida.

—Eso sigue sin explicar por qué quieres mudarte a Phoenix, de todos los lugares. ¿Qué esperas ganar con ello?

—Quiero estar más cerca de mi familia. Caiden, Shelby y Ruby... todos viven en Phoenix. Junto a B, son las personas de mi vida que más me importan. Excepto que no tengo la oportunidad de participar activamente en sus vidas. Vivo a miles de kilómetros y soy un mero espectador alienado. Eso apesta, Max. Ya no quiero que sea así.

—¿Y te acabas de dar cuenta ahora? ¿Por qué? —pregunta Max, enrollando su puro entre los dedos.

—Los acontecimientos de los últimos meses y semanas me han llevado a esta realización. Shelby y Caiden están atravesando una época muy turbulenta y no puedo hacer nada para ayudarles. En lugar de eso, estoy sentado aquí en Vancouver observando desde lejos cómo viven sus vidas sin mí.

Max suspira y se frota la frente con resignación.

—Por el amor de Dios, Elliott. No podré negociar con los *Armadillos* el tipo de trato que te ofrecerían los *Vipers*.

—No espero que lo hagas. ¿Pero crees que puedes venderme a los

Armadillos? ¿Crees que me quieren?

—Todos quieren a un jugador como Elliott Sloane. ¿Qué clase de pregunta estúpida es esa?

Max deja el puro en el cenicero de la mesa y se levanta. Se pasea por el salón con las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Lo has pensado bien, muchacho? Si vamos por el camino de los agentes libres, se cerrarán puertas lucrativas. Entonces no habrá vuelta atrás.

—Estoy seguro de ello, Max. Mi familia es lo primero para mí y odio estar lejos de ellos. Siempre lo he hecho, pero últimamente lo odio aún más.

Max se detiene frente a la mesa de café y me mira con severidad.

—¿Se lo has dicho ya a Blakely?

Sacudo la cabeza y miro al suelo avergonzado.

—No me atrevía a cambiar de sitio hasta hoy, después de recibir una llamada de mi hermano. La llamada me ha hecho darme cuenta de que las cosas no pueden seguir así. Así que aún está todo muy reciente.

—¿Se lo vas *a* decir a Blakely? —Max reformula su pregunta.

—Sí, por supuesto. Le contaré todo.

Es verdad. B y yo no tenemos secretos el uno con el otro. Al menos puedo decir eso de mí con la conciencia tranquila. A esta mujer se lo cuento todo, sencillamente porque confío plenamente en ella y es la única persona que me comprende sin juzgarme.

—¿Cuándo? —sigue Max.

—Cuando esté todo listo para suceder —respondo—. Si no sale nada, no tengo por qué agobiarla.

—Y si sale algo, ¿podrás vivir dejándola aquí? ¿Estás seguro de que no estarás sentado en Phoenix deseando estar aquí?

Trago saliva y doy golpecitos nerviosos con los pies.

Max me conoce muy bien. Demasiado bien. Sabe lo unidos que estamos B y yo, y que me encantaría llevármela conmigo en lugar de dejarla aquí.

Ella es la única razón por la que no le pedí a Max que me cambiara a Arizona mucho antes.

Pero después de lo que les ha pasado a Shelby y Caiden en los últimos meses, es hora de empezar de nuevo. Eso no sucede sin una despedida primero. Por dolorosa que sea.

—¿Y el favor que te pedí en verano? —Max aborda el tema que odio—. ¿Supongo que está descartado para siempre?

Suspiro cabizbajo y miro al techo, negando con la cabeza.

—Tu tumor resultó ser benigno y fue extirpado con éxito. Te prometí que cuidaría de B si las cosas salían de otra manera, pero estás en plena forma y

vivirás al menos cien años. Así que no hay necesidad de cuidarla por más tiempo. Además, ya es mayorcita...

—Serías el hombre perfecto para ella. Ella te quiere, muchacho.

—Sí, como a un *hermano*. Y *yo la quiero a ella*. Como a una *hermana*. Hemos hablado de esto tantas veces, Max...

—Por lo visto no lo bastante a menudo, porque sigues sin entenderlo —resopla Max con frustración.

Max me reveló durante las vacaciones de verano que le habían descubierto un tumor durante una revisión rutinaria.

En aquel momento no sabían si era benigno o maligno. Sólo que era muy grande y había que operarlo inmediatamente.

Entonces Max me llamó a mí en lugar de a su hija y me hizo prometer que cuidaría de B si le ocurría algo. No sólo como su mejor amigo, sino también como su compañero.

Max está firmemente convencido de que B y yo sólo nos engañamos mutuamente y que en realidad somos los amantes perfectos.

No tengo ni idea de dónde saca esa tontería. Porque ni B ni yo tenemos sentimientos el uno por el otro que vayan más allá de una amistad puramente platónica.

Pero como el tiempo apremiaba y no quería dejar colgado a Max, se lo prometí sin más.

Afortunadamente, la operación salió bien y sin complicaciones, y el tumor resultó ser inofensivo, así que no tuve que casarme con mi mejor amiga. Por no hablar de que B pensaría que yo estaba loco y nunca habría estado de acuerdo.

Quiero decir, ella y yo como amantes, eso es, eso es… mierda. Ni siquiera sé lo que es porque es tan absurdo que no puedo pensar en una comparación, simplemente porque es tan absurdo que no hay comparación.

Por desgracia, Max, el viejo testarudo, no ceja en su empeño y sigue insistiendo en que me involucre con B.

A veces realmente me pregunto si los médicos le extirparon accidentalmente el cerebro en lugar del tumor para que piense seriamente que es una buena idea liarnos a B y a mí.

Max me conoce. Sabe cómo soy. Y precisamente *porque* lo sabe, no hay forma de que quiera casar a su hija con un jugador como yo.

¿Acaso los padres no piensan siempre en el bien de sus hijas?

Max obviamente no, de lo contrario no insistiría en que soy la pareja ideal para su hija.

Porque no lo soy. Y nunca lo seré.

Blakely y yo somos amigos. Mejores amigos. Almas gemelas, si quieres.

Pero definitivamente no amantes con la perspectiva de un futuro juntos.

Max se dará cuenta de eso. Incluso si tengo que decírselo cien veces.

CAPÍTULO 6

BLAKELY

—Y, 'ENTER'.

Presiono el dedo índice sobre el teclado del ordenador y publico lo que Elliott me ha pedido.

Han pasado unos días desde que hablamos de esto, pero por fin ha llegado el gran momento.

Todos hemos arriesgado e invertido mucho para que este audaz movimiento tenga el resultado deseado. Ahora toca esperar y dejar que las cosas sigan su curso.

Cojo el móvil y le envío un mensaje a Elliott para informarle de que lo he hecho todo como me dijo.

Justo cuando voy a guardar el móvil, empieza a sonar.

Miro la pantalla y frunzo el ceño, irritada.

No conozco el número.

Mi pulgar se posa sobre el botón de respuesta mientras pienso si debo contestar. No suelo responder a números desconocidos. Por otro lado, podría tener algo que ver con el favor que les he hecho a Caiden y Elliott. Puede ser importante.

Acepto la llamada sin vacilar. Pero antes de dar mi nombre y preguntar qué quiere de mí, oigo un aviso automático.

—E*sta es una llamada de la reclusa Summer Wilson de la cárcel del condado de Phoenix. ¿Desea atender esta llamada a cambio de una tarifa? Responda que sí. Si no, cuelgue*.

Bajo la mano y miro la pantalla del móvil con incredulidad. ¿Es una broma?

—Summer, esto no tiene gracia. No se hacen bromas con eso —digo alto y claro en el auricular.

—Me temo que no he entendido su respuesta. Por favor, responda sí o no — vuelve a sonar la voz automatizada. Luego se hace el silencio.

Se me revuelve el estómago.

¿Y si no es una broma? ¿Y si esta llamada procede realmente de la cárcel y Summer, mi amiga de toda la vida y colega hacker favorita, está realmente en apuros?

Entrecierro los ojos con fuerza y siseo:

—Sí.

—*Un momento, por favor. Voy a conectar* —dice la voz metálica.

—B? Gracias a Dios. Gracias por coger la llamada —la voz entrecortada de Summer entra por el auricular.

—Summer, si estás bromeando, ahora sería un buen momento para parar.

Puede que a otras personas les haga gracia. Pero existe un código entre los hackers según el cual ni fingimos arrestos ni nos burlamos de ellos. Porque en nuestro trabajo, el riesgo de ser detenidos y condenados por nuestros delitos es inminente.

Aunque tanto Summer como yo sólo hacemos cosas buenas a nuestros ojos, las autoridades a veces ven las cosas de otra manera.

—No es una broma —responde Summer con seriedad—. Por desgracia. Me han detenido de verdad. Esta mañana. Llevo aquí sentada desde entonces, esperando a que me interroguen.

Mi corazón deja de latir a medio movimiento y siento un frío glacial.

No puede ser verdad.

—¿Qué ha pasado? —jadeo, ahogándome.

—No tengo tiempo de explicártelo. Sólo tengo cinco minutos —responde apresuradamente—. Escucha B, sé que es mucho pedir pero, ¿podrías cuidar de Josh y Clara hasta que salga? No hay nadie más a quien confiaría a mis hijos y no quiero que vayan a ningún tipo de hogar de paso. Ya sabes lo que pienso de eso.

Me agarro el cuello y juego nerviosamente con mi collar.

¿En qué se ha metido Summer?

Es una de las mejores hackers que conozco y sabe cómo cubrir sus huellas. ¿Cómo puede ser que la hayan descubierto?

—B? ¿Sigues ahí? —pregunta Summer cuando no le contesto.

—Sí, sí estoy —me apresuro a decir—. Lo siento. Todo esto es un poco sorprendente.

—Lo sé. Créeme, no te lo pediría si tuviera otra alternativa. Pero eres la única persona en la que confío en este momento.

—No te preocupes por Clara y Josh. Lo solucionaré. ¿Dónde están ahora?

—En la escuela. Me han dicho que los recogerán al salir del colegio y los pondrán al cuidado del Estado. Tengo miedo de que los separen y se los den a

una familia de acogida poco fiable que les hará lo que me hicieron a mí y...

—Eso no va a pasar —la interrumpo con firmeza—. Volaré hoy mismo a Phoenix y lo solucionaré. Pero antes de eso, te conseguiré un abogado si aún no lo tienes.

—No lo tengo. Gracias, B —suspira Summer, visiblemente aliviada—. Te debo una.

—Tonterías. No me la debes. ¿Puedo verte? ¿Visitarte en la cárcel? Quiero saber qué pasó y cómo puedo ayudarte.

Summer aprieta los dientes.

—No lo sé. No me dicen nada. Me estoy pudriendo en mi celda y no tengo ni idea de lo que me espera.

—No por mucho tiempo —siseo con rabia—. Eres una buena persona, Summer. No mereces estar en una celda. No importa lo que hayas hecho. Además, estoy convencida de que no fue nada malo.

—Gracias por tu fe ciega en mí, B. Nunca lo olvidaré. ¿Tienes algo con qué escribir? Entonces te daré los datos de la oficina de protección de menores para que te pongas en contacto con ellos antes de que se interrumpa nuestra conversación.

—Por supuesto. Adelante.

Summer me da el número y tengo el tiempo justo para asegurarle que me ocuparé de todo. Entonces la llamada se desconecta y la línea se corta.

Me siento frente al escritorio con el móvil pegado a la oreja y miro atónita y desconcertada el monitor del ordenador, que ahora se ha apagado.

Mi mente se esfuerza por procesar lo que acabo de vivir y mi corazón se contrae dolorosamente al darme cuenta de que Summer ha sido separada de sus hijos y detenida.

Respiro hondo y cierro los ojos para serenarme.

Luego me levanto, saco mi bolsa de viaje del armario y meto descuidadamente unas cuantas cosas en ella antes de coger el siguiente vuelo a Phoenix.

Summer lleva cuatro años viviendo en Phoenix porque el coste de la vida es mucho más bajo que en una ciudad tan cara como Vancouver.

Cojo el pasaporte, el portátil, todos los cargadores y la cartera y lo meto todo en el bolso.

Tras echar un último vistazo a mi escaso equipaje, me apresuro a bajar las escaleras para pedir un taxi que me lleve al aeropuerto.

Durante el trayecto, llamo a mi padre, que afortunadamente contesta al segundo timbrazo.

—Oye, papá, ¿conoces a algún ciberabogado inteligente?

CAPÍTULO 7

BLAKELY

—SOLICITARÉ acceso a los expedientes y concertaré una cita con la señorita Wilson para que me designe como su abogado defensor —me dice con voz tranquila y sensata el abogado que me ha recomendado mi padre.

—Gracias —le respondo y le estrecho la mano—. Por favor, manténgame informado y sáquela de allí lo antes posible.

—Haré lo que pueda —me asegura con diplomacia.

Espero sinceramente que no sea sólo su frase habitual, sino que también haga algo ya que tiene una horrendamente alta tarifa por hora. Si mi padre lo recomienda, debe de ser bueno. Al menos eso quiero creer.

Un poco más tarde, salgo de la oficina en el centro de Phoenix y me subo a mi coche de alquiler para ir a mi segunda cita, la más importante del día. Ahora tengo que conseguir la custodia temporal de Clara y Josh para que no acaben en un hogar o en una casa de acogida. Eso es lo último que quiere Summer y entiendo por qué le preocupa tanto.

Summer es huérfana y ha crecido en hogares, con varias familias de acogida. Rara vez habla de ello, pero sé que no tuvo una gran infancia y tuvo una adolescencia aún más mala: desde violencia doméstica, acoso escolar, robos y delitos sexuales, Summer fue sometida a todas las cosas terribles que no le desearías a nadie. Y menos a una niña.

Así que es comprensible que no quiera que les ocurra lo mismo a sus hijos. Y también es comprensible que no tenga fe en el sistema.

Summer es una mujer fuerte con un pasado accidentado, en el que las drogas y la prostitución también desempeñan un papel. Sin embargo, tras su segundo embarazo, consiguió dar el salto y dio un giro completo a su vida.

La conocí cuando trabajaba en un reportaje sobre personas que abandonaron el mundo de la droga. Summer y yo nos entendimos desde el principio y, una vez terminada la entrevista, nos sentamos en el café del puerto a charlar de todo

durante horas. Poco después tuvimos un segundo encuentro. Y un tercero. En algún momento surgió entre nosotros una amistad, en el transcurso de la cual nos dimos cuenta de que ambas compartíamos una afición secreta: el hacking.

Mientras que yo crecí rodeada de prosperidad y con los mejores requisitos para una vida plena, Summer no tuvo este comienzo ideal en la vida. Aprendió sus habilidades informáticas de uno de sus hermanos de acogida y las fue perfeccionando con los años.

Summer es un alma torturada, pero también tiene mucho talento. Sin embargo, no se dio cuenta de eso último hasta hace dos años, cuando finalmente cedió a mi insistencia en que se sometiera a un test oficial de inteligencia. El hecho de que ahora esté en un aprieto también me resulta difícil de entender.

Summer es extremadamente inteligente, cuidadosa y experimentada. ¿Qué podría haber hecho para acabar así?

Sigo en silencio las instrucciones del sistema de navegación y pienso en Clara y Josh. Los dos son niños maravillosos y estoy deseando volver a verlos, aunque sea en estas condiciones desastrosas.

Las cosas se arreglarán. Estoy segura de que así será.

Hasta entonces, vigilaré a los niños y me aseguraré de que se enteren de lo menos posible.

Es primera hora de la tarde cuando llego y aparco fuera de la oficina.

Si quiero terminar el papeleo antes de que acaben las clases, tengo que darme prisa.

Me apresuro a entrar en el vetusto edificio de ladrillo y me registro en recepción, donde me piden que tome asiento en una especie de sala de espera. Diez minutos más tarde me llaman y poco después entro en el despacho de la administrativa. Ese cargo me parece bastante inapropiado, dado que aquí estamos hablando de niños y jóvenes, no de un caso cualquiera.

—Señorita Beckett, hola. Por favor, tome asiento —me saluda la señora en cuya placa de identificación se lee *Andrews*.

—Señorita Andrews —le devuelvo el saludo y acepto obedientemente su invitación.

—Así que ha venido de parte de la señorita Wilson —comienza escribiendo en su teclado.

—Exactamente. Quiere que cuide de Josh y Clara hasta que se arreglen sus asuntos. Por eso estoy aquí.

—Mmm —murmura la señorita Andrews—. ¿Puedo ver su tarjeta de identificación, por favor?

Se la entrego y observo las arrugas que se forman en la frente de la empleada con creciente preocupación.

—Usted no vive en Phoenix —se da cuenta—. De hecho, ni siquiera vive en Estados Unidos.

—Soy estadounidense y tengo pasaporte estadounidense. Sin embargo, actualmente vivo en Vancouver. Eso es correcto.

—Me temo que eso complica las cosas. Si viviera en Phoenix, podríamos seguir el procedimiento normal. Como no es así, tengo que involucrar al departamento de extranjería y eso puede llevar tiempo. Clara y Josh están en edad escolar. Tendríamos que aclarar si incluso se les permitiría ir a la escuela en Canadá, por no hablar de obtener el permiso de residencia que necesitarían. Eso podría llevar semanas o incluso meses. Hasta entonces, tendrían que permanecer al cuidado del Estado.

Y una mierda.

Con las prisas no lo había pensado.

Como Vancouver está justo en la frontera con Estados Unidos y no se diferencia realmente de una gran ciudad estadounidense en ningún otro aspecto, a veces olvido que ya no vivo en Estados Unidos, sino en Canadá.

No siempre ha sido así, pero Canadá es mi hogar desde hace diez años.

—Podría mudarme a Phoenix —sugiero impulsivamente—. Mi trabajo como periodista me permite trabajar desde casa e internacionalmente de vez en cuando. Al menos hasta que Summer vuelva a estar libre. Así que eso no sería un problema. Entonces los niños podrían quedarse en su entorno familiar.

Las arrugas de la frente de la administradora se suavizan un poco, pero no de forma notable.

—Encontrar un piso adecuado puede llevar tiempo.

—Mi padre tiene mucha influencia. Me ayudará con eso. Hasta entonces, puedo vivir en casa de Summer. Estoy segura de que ella no se opondría —me niego con vehemencia a desistir.

—Subóptimo, pero factible —comenta la señorita Andrews y yo respiro aliviada.

Sin embargo, sólo consigo medio suspiro antes de que sus palabras me hagan contener la respiración de nuevo.

—Queremos que los niños sean colocados en situaciones familiares estables. Actualmente tenemos en mente una familia de acogida que causa una buena impresión y que todavía es bastante nueva en nuestro programa. Usted, en cambio, es soltera y vive sola, según entiendo por su solicitud. ¿Realmente cree que podrá hacer frente a su trabajo, a un nuevo entorno y a las necesidades de dos niños? Me parece bastante ambicioso, sobre todo porque no tiene experiencia en el trato con niños. La familia de acogida, por otra parte, tiene dos hijos propios, además de los dos niños de acogida que ya han acogido.

—Yo, bueno yo...

La señorita Andrews me mira expectante y en mi mente ya puedo verla martillando el sello rojo de la solicitud, en el que se lee *'Rechazada'* en letras grandes y negritas.

Me muerdo el labio inferior y pienso febrilmente en cómo puedo cambiar las cosas.

—Así que estás diciendo que mis posibilidades serían mucho mejores con un compañero a mi lado, ¿no?

—Así es. Sin embargo, en su solicitud consta que está soltera —repite innecesariamente su comentario anterior, lo que me enfurece y me lleva a una reacción precipitada trascendental.

—Oficialmente sí pero extraoficialmente, llevo varios años saliendo con un conocido jugador de hockey sobre hielo. Como él está en el punto de mira y yo le he pedido que mantenga nuestra relación fuera de la luz pública, nadie lo sabe, aparte de nuestros familiares y amigos más íntimos.

La mentira me resulta tan fácil que casi me la creo.

¿Cuántas veces he hecho de hermana o prima de Elliott en los últimos años? Debo de haberle salvado el culo unas cincuenta veces, si no más, cuando se trataba de escapar de sus conquistas.

Parece que ahora es su turno. No como mi hermano. Y no como mi primo. Sino como, y apenas puedo creer que esté haciendo y diciendo esto yo misma, mi novio.

—Y su compañero, ¿dónde vive?

—Actualmente en Vancouver, pero eso podría cambiar pronto. Si me da veinticuatro horas, le daré todas las respuestas que necesite.

La empleada me mira con escepticismo, así que prosigo con una *súplica* implorante que parece ablandarla.

—De acuerdo. Veinticuatro horas. Mañana a la misma hora, aquí, en mi despacho.

—Gracias —suspiro aliviada—. ¿Qué pasará con Clara y Josh hasta entonces? ¿Puedo llevármelos conmigo por ahora?

—No —dice la señorita Andrews con una voz que no admite discusión—. Hasta que se resuelva el asunto, se los entregaremos a la familia de acogida. Esas son las normas.

Me tenso notablemente en la incómoda silla y me siento como una fracasada incapaz de cumplir sus promesas.

—¿Puedo al menos recogerlos del colegio y llevarlos a la familia de acogida? —hago otro intento.

—Lo siento. La concesión que le hice es más de lo que debería haber hecho.

Porque en realidad la familia de acogida cumple todos los requisitos. Así que, estrictamente hablando, no hay ninguna razón para poner a los niños a su cuidado. Al contrario, tal decisión sólo alberga riesgos. Pero dado que la madre de los niños ha expresado el deseo expreso de tenerle en cuenta para el cuidado de ellos, me gustaría cumplir ese deseo. En la medida de mis posibilidades.

Asiento con valentía e intento que no se note mi abatimiento.

—Muchas gracias.

—Hasta mañana —se despide y se aleja de mí.

Una clara señal de que la conversación ha terminado antes de la segunda ronda de mañana. Hasta entonces, aún me queda mucho por hacer si quiero ganar esta batalla burocrática de David contra Goliat.

CAPÍTULO 8

ELLIOTT

—B, hola —saludo a mi mejor amiga, apretando el móvil entre el hombro y la oreja mientras hago la maleta de viaje para el partido de mañana en Phoenix—. Acabo de llamar al timbre de tu casa, pero no estabas. ¿Estás en el supermercado para comprarme la edición limitada de Choco Pops? —pregunto esperanzado.

Odio ir de compras. Siempre estoy perdido ante las enormes estanterías literalmente repletas de comida y no puedo decidir qué comprar.

Suelo comprar cinco paquetes de copos de maíz, uno para cada día laborable, cinco botellas de leche, agua, barritas de helado, fruta, café, zumo y una pizza congelada.

Agradezco que B haga la compra por mí y se asegure de que no me muera de hambre.

—Lo siento, amigo. Me necesitaban en Phoenix —la oigo decir al otro lado de la línea.

Hago una pausa en mi movimiento y frunzo el ceño.

¿Phoenix?

¿Qué demonios hace en Phoenix?

—¿Quieres ver mi partido contra los *Armadillos*, o qué te lleva por Arizona? —pregunto irritado—. Por cierto, el partido no es hasta mañana.

—Eso ya lo sé. Pero no he venido por eso. Summer, ella... está en la cárcel.

—¿Qué? —me asombro—. ¿Por qué?

—No lo sé. Probablemente cayó en una trampa durante uno de sus últimos hackeos. Le he organizado un abogado para que intente arrojar algo de luz sobre el asunto. Pero eso puede llevar tiempo. Especialmente con el cibercrimen, a las autoridades les gusta entretenerte.

Maldigo en voz baja. ¿Por qué siempre le pasa a la gente equivocada? Summer, al igual que B, es una persona encantadora. Cuando demuestra sus habilidades como hacker, en realidad es sólo para ayudar a hacer justicia cuando

el gobierno tiene las manos atadas o sus ruedas giran demasiado despacio. Detenerla por esto y meterla en una celda es sencillamente un error.

—Summer me llamó y me pidió que cuidara de Josh y Clara hasta que la pusieran en libertad. Así que cogí el siguiente avión y me encargué de ello. Por desgracia, los servicios sociales están causando problemas.

—¿Por qué problemas? Eres su mejor amiga. ¿No quieren confiarte a los niños?

Siento que me tenso y me enfado. ¿Por qué la gente siempre tiene que hacerlo todo tan difícil y complicado cuando puede ser fácil y relajado?

—Vivo fuera de Estados Unidos y soy soltera.

—Ya veo —comento secamente—. Como si esas fueran razones aceptables para no dejarte cuidar a dos niños que te conocen y te quieren. Y una mierda.

—Estamos de acuerdo, pero por desgracia eso no cambia los hechos. Sin embargo, yo se cómo resolver este problema. Pero necesito tu ayuda —dice B vacilante. Debería saber que cumpliré todos los deseos que me pida.

—¡Claro que sí! Puedes contar conmigo. ¿Por qué lo dudas? Dime, ¿qué quieres que haga? ¿Cómo puedo ayudar?

—¿Has oído algo de los *Armadillos*? —pregunta, lo que me hace dudar.

—¿Tú... sabes algo de eso?

Un suave resoplido llega a través de la línea.

—Claro que lo sé. ¿Tú qué crees?

—Pero, ¿cómo? Le pedí a Max que no dijera nada. Al menos no hasta que se finalice el traslado.

—Has estado actuando muy extraño en los últimos días. Estaba preocupada. Así que fui a casa de mi padre y le sondeé porque pensé que tu humor tenso estaba relacionado con el hockey sobre hielo —explica B.

—Mierda —siseo.

¿Por qué me conoce tan bien? Soy como un libro abierto para ella y eso no siempre es una ventaja. Como ahora.

—Escucha, quería decírtelo. Te lo juro, iba a decírtelo.

—Lo sé. Como muy tarde, si te hubiera preguntado qué hacía la empresa de mudanzas en tu piso y por qué había cajas por todas partes —se burla de mí.

B sabe que no soy un hombre de muchas palabras y que me hago muchas cosas a mí mismo en lugar de hablar de ellas. Esto incluye callar los problemas en lugar de hablar de ellos y evitar hábilmente las discusiones desagradables.

Por eso no se equivoca al suponer que hubiera dejado para el último momento la noticia de la mudanza. Tal vez eso tenga menos que ver con mi secretismo y más con el hecho de que B es muy importante para mí y temo no estar más a su lado.

—¿Cuándo está previsto el traspaso a los *Armadillos*? —me saca de mis pensamientos en ese momento.

—Al principio de la próxima temporada —le informo.

—¿Por qué no antes?

—¿Porque estamos a mitad de temporada? ¿Tengo que explicarte las reglas? Creciste jugando al hockey sobre hielo, ¿verdad?

—Sí —contesta ella— por eso sé que los cambios en temporada son inusuales, pero no imposibles. Así que en teoría podrías cambiar ahora en lugar de esperar hasta el próximo verano. Eso también te interesaría, ¿no? Al fin y al cabo, quieres estar cerca de tus hermanos cuanto antes y no dentro de nueve meses.

—Dime… —dejo escapar un sonido de estupefacción—. ¿Intentas deshacerte de mí o por qué tienes tanta prisa en que me vaya de Vancouver?

Tengo que admitir que este pensamiento me duele. De alguna manera esperaba que a B le costara tanto como a mí despedirme.

Pero es evidente que ella está menos unida a mí que al revés. Eso me duele muchísimo.

—Te necesito como mi compañero y te necesito aquí, en Phoenix.

—¿Eh? No entiendo lo que estás diciendo. ¿Qué está pasando aquí, B? ¿Puedes hablar claro, por favor? Soy un hombre, no lo olvides. Sólo entendemos cláusulas principales simples con sujeto, verbo y objeto. Tus palabras.

B se ríe divertida, lo que también me hace sonreír. Tiene esa risa brillante, atrayente, ligeramente chirriante y gruñona que me recuerda a un lindo cerdito rosado.

—Les he dicho en la oficina de protección de menores que puedo mudarme a Phoenix temporalmente. Así se soluciona el problema de la residencia. Sin embargo, necesito una pareja para asegurarme de que mi solicitud sale adelante y no la rechazan, porque prefieren a personas con relaciones familiares estables. Así que afirmé que sí tenía pareja, pero que era famoso y por lo tanto no podía hacerlo público.

—¿Tienes *novio*? No me has dicho nada de eso. ¿Quién demonios es ese tío? ¿Y por qué famoso? Espero que no hayas traído a un jugador de hockey a tu casa. Realmente pensé que eras más inteligente que eso, B.

—Tú, idiota. Tú eres el tío, Lio —grita B, una octava demasiado alta y tres octavas demasiado molesta para mi gusto. La veo ponerse las manos en las caderas y poner los ojos en blanco.

—¿Yo? —jadeo asombrado—. ¿Por qué yo?

—Porque eres el único que estaría dispuesto a hacerlo. Y porque he hecho de tu novia de mentira diez mil veces cuando me lo has pedido. Ahora te toca a ti.

Tienes que hacer de mi falso novio y llevar tu culo a Phoenix para que la oficina de asistencia social juvenil se trague esta historia.

Trago saliva y me tumbo en la cama.

¿Qué demonios se le habrá ocurrido a B?

Una cosa es hacer creer a uno de mis ligues de una noche que es mi hermana, o incluso mi novia. Otra cosa es mentir al Estado.

Si bien lo primero puede ser moralmente reprobable, al menos no es un delito penal. Lo segundo, estoy bastante seguro, sí lo es.

Además, hay una diferencia entre fingir estar juntos cinco minutos y fingir estar juntos cinco días o cinco semanas.

—Necesito tu ayuda, Lio. Y tú sabes lo difícil que es para mí pedir ayuda. Así que puedes asumir que no lo haría si hubiera alguna forma de evitarlo. Así que, ¿me ayudarás? ¿Llamarás a mi padre y le preguntarás si un cambio a Phoenix sería posible *durante* la temporada? Ahora, durante los partidos de pretemporada, eso ni siquiera resultaría en una suspensión. Además, tendrías muchas más posibilidades de ganar el título con los *Armadillos* que con los *Vipers*.

—B —la interrumpo en su torrente de palabras y respiro hondo—. No tienes que convencerme. Me pediste ayuda, así que te ayudaré. Nunca te defraudaría, aunque piense que tu idea es totalmente descabellada y extremadamente rara. Considera la llamada hecha y dime cuál es el siguiente paso en tu plan.

CAPÍTULO 9

ELLIOTT

ESTOY SENTADO en la larga mesa rodeado de familiares y amigos en *Frozen Delight*, sonriendo valientemente ante las bromas socarronas que Caiden y Shelby hacen sobre la derrota de los *Vipers* hoy.

Por desgracia para nosotros, los tontos *Armadillos* nos han dado una paliza en el hielo y, por mucho que he intentado escupirles en la sopa, no he podido.

Caiden y Shelby estaban tan increíblemente motivados -aunque por razones completamente diferentes y sin embargo, exactamente iguales- que no tuve ninguna oportunidad contra ellos.

Incluso en baja forma, los *Armadillos* son un oponente formidable. Sin embargo, cuando están en plena forma, como hoy, no tienes ninguna posibilidad.

Aunque mi principal razón para querer trasladarme a Arizona es estar más cerca de mis hermanos y participar más activamente en sus vidas, la perspectiva de jugar en un equipo de primera clase como los *Armadillos* es un incentivo adicional para empezar de nuevo aquí en Phoenix.

Si el traspaso se llevara a cabo, jugaría con Shelby en la primera línea de ataque. Seríamos entonces compañeros de equipo, pero en cierto modo también competidores. De los dos se esperaría que marcásemos goles. Tantos como fuera posible.

Blakely, que está sentada a mi lado y se ríe de algo que acaba de contarle la compañera de Shelby, llama mi atención.

La miro furtivamente y vuelvo a maravillarme de lo bien que se lleva con mi alocada familia.

Shelby está completamente loco. Caiden está completamente loco. Ruby está más allá del bien y del mal. Y mi padre... una mezcla de todo lo anterior.

Sólo mi madre es normal. Aunque eso no es cierto.

Estoy secretamente convencido de que es una bruja. Porque, ¿de qué otra manera, si no es con magia, ha logrado manejar esta caótica familia durante

décadas y mantenerla unida?

B es muy parecida a mi madre. Ella también irradia esa calma y tranquilidad que te da una sensación de armonía y seguridad. Esa sensación perfecta de cálido sol primaveral acariciándote la piel mientras saboreas una relajante taza de té en el porche, escuchando el piar de los pájaros y el susurro del viento.

¡Oh, Dios mío!

Sacudo la cabeza horrorizado.

Ahora parezco un personaje rebuscado de una novela romántica o algo así.

Como Elizabeth Bennet de *Orgullo y Prejuicio*, que una vez tuve que ver con B porque no sabía que nuestras ideas de una noche de cine caliente estaban más alejadas de lo que una mujer podría abrirse de piernas para mí. Como ya me he acostado con gimnastas rítmicas e instructoras de yoga, eso ya es mucho decir.

—¿Todo bien? —susurra B, inclinándose hacia mí con una sonrisa porque me ha pillado mirando.

Puedo sentir la mirada de Caiden sobre nosotros, observándonos con recelo, tratando de entender qué está pasando.

Antes le he confesado que B y yo estábamos oficialmente juntos, y también que lo más probable es que me una a los *Armadillos* pronto. Esto le dejó totalmente alucinado y por eso insistió en reunirse conmigo mañana. A solas.

Caiden es el mayor de los hermanos Sloane y se toma muy en serio su papel de segundo cabeza de familia. Su trabajo es vigilarnos y protegernos. No es que lo necesite. Me las arreglo perfectamente solo, pero tengo que admitir que me da una sensación de seguridad saber que Caiden siempre tiene un oído abierto para mí.

Shelby también lo tiene, por supuesto. Sólo que sus consejos poco convencionales suelen empeorar las cosas en lugar de mejorarlas.

Y Ruby, bueno, Ruby es un caso muy especial. Le gusta golpearte en la cabeza con un palo de hockey cuando cree que has metido la pata y deberías haberlo sabido mejor. Así que básicamente... siempre.

Caiden, por otro lado, es la roca en el oleaje. Tranquilo y estable.

Aún así, me da un poco de miedo hablar con él porque me va a echar una buena bronca por lo que B y yo estamos haciendo aquí.

Pero bueno, después de lo que ha hecho hoy en la rueda de prensa y la bomba nuclear que ha explotado como consecuencia, mi ofensa es irrisoriamente menor en comparación.

—Lio, hey —B chasquea los dedos delante de mi cara—. ¿Estás bien? —pregunta preocupada.

Sonrío, porque la genuina preocupación en su voz me recuerda que ella es mi puerto seguro, donde puedo correr en cualquier momento y buscar refugio de la

tormenta.

—Todo está bien —le aseguro— sólo estoy enfadado porque los *Vipers* han perdido —intento disuadirme.

Pero ése es el menor de mis problemas en este momento.

Max dice que las posibilidades de fichar por los *Armadillos* en un futuro próximo son prometedoras, porque Arielle Remington, la nueva propietaria del equipo, está buscando un delantero fuerte y con experiencia para sustituir a Collins, que se retirará al final de la temporada.

Por lo tanto, es realista pensar que se pueda negociar un acuerdo con Collins que me permita jugar esta temporada. Como Arielle es ahora en cierto modo miembro de la familia Sloane, no puede ofrecerme un trato demasiado malo.

Claro, ella es una dura negociadora. Pero Max también conoce su oficio, por lo que confío en que el trato beneficiará a todas las partes. Incluso para los *Vipers*, que por supuesto también quieren un trozo del pastel y quieren ser compensados por perder a uno de sus delanteros estrella.

Así que parece que pronto jugaré en un equipo con mis hermanos.

Por si este cambio de ubicación y de equipo no fuera lo bastante emocionante, también tengo que fingir que salgo con mi mejor amiga. Pero no tengo ninguna experiencia en citas.

Sé follar, sí. ¿Pero salir con alguien?

Sólo de pensarlo se me acelera el corazón, cosa que Blakely no pasa por alto.

Me pone la mano en el muslo y me la aprieta suavemente.

—Todo saldrá bien. Como tú quieres. No te preocupes.

Exhalo ruidosamente y asiento con la cabeza.

Tiene razón.

No sé por qué tengo tanto pánico ahora.

Todo está bien.

Me uno a un equipo mejor, me pagan bien por ello, me reúno con mi familia sin tener que coger un avión y ayudo a mi mejor amiga haciendo un poco de actor. No es que tengamos una relación de verdad. Es sólo una pretensión. Así que nada cambiará entre nosotros. Pasaré tiempo con B, como he estado haciendo durante años. La única diferencia es que a partir de ahora seremos compañeros de piso en lugar de vecinos. Pero ni siquiera eso debería ser un problema. Después de todo, estamos hablando de B. Es la mujer más guay que conozco. Estoy seguro de que vivir con ella será totalmente relajado y acogedor.

Fácil.

Todo será fácil.

Todo irá bien.

De alguna manera.

Al menos... eso espero.

Parpadeo para alejar el nerviosismo que se ha apoderado de mí y vuelvo a centrar mi atención en la conversación de la mesa, donde Hannah, la hija pequeña de Shelby, está haciendo que todos se rían a carcajadas.

Después de las dramáticas semanas que le esperan a Shelby, me hace feliz verle hoy tan relajado y orgulloso. ¿Quién habría pensado hace sólo unos meses que su vida daría un giro tan dramático? Probablemente él menos que nadie.

Una vez más se ve que la vida sigue su propio curso y que uno es completamente impotente ante ella. Lo único que puedes hacer es confiar en que todo saldrá exactamente como debe.

CAPÍTULO 10

BLAKELY

—MHM... mmmh —murmura crípticamente la empleada mientras revisa mi solicitud.

Miro con escepticismo a Elliott, que ha fruncido el ceño y mira impaciente a la empleada.

Tiene los brazos cruzados delante del pecho y parece muy tenso y molesto.

Dejo que mi mano se deslice discretamente hacia sus brazos y le digo que los afloje.

Queremos dar la impresión de ser una pareja responsable, armoniosa y educada.

Por desgracia, Elliott parece más el líder de una banda de moteros que el padre de familia bien educado del monovolumen de al lado.

Lleva un jersey negro que oculta la mayoría de sus tatuajes, pero parte de su Cobra asoma por el escote en V de su cuello y los piercings de su oreja y los llamativos anillos que lleva en los dedos no ayudan precisamente a su imagen pulcra.

—Si no he entendido mal, ¿se van a trasladar a Phoenix y van a cuidar juntos de los hijos de la señorita Wilson? —pregunta la empleada, subiéndose las gafas por la nariz.

—Exacto —confirmo su afirmación—. Sólo tengo que recoger algunas cosas de mi piso de Vancouver y luego podré quedarme en Phoenix el tiempo que necesite. Y Elliott —le doy a Elliott una sonrisa radiante, que creo que es lo que hacen los enamorados— se reunirá conmigo en breve. Las negociaciones de su contrato han avanzado y deberían finalizar pronto. Una afortunada coincidencia, ¿verdad? Casi el destino, en mi opinión. Es claramente una señal de que…

—Querida… —ronronea Elliott, poniendo su mano sobre la mía mientras yo tironeo nerviosamente de mi collar—, creo que la señorita Andrews entiende lo que intentas decirle y, como la considero una mujer de mundo extremadamente

competente e inteligente, estoy seguro de que compartirá tu opinión. Después de todo, ella tiene el bienestar de Josh y Clara tanto en el corazón como nosotros. De lo contrario, difícilmente habría elegido este trabajo ingrato, que implica tanta responsabilidad y tan poca satisfacción. ¿Le he dicho lo admirable que me parece su compromiso con el bienestar de los niños, señorita Andrews?

Le dedica a la empleada una sonrisa ganadora que hace que todas las mujeres, excepto yo, sientan la necesidad de recuperar el aliento y cambia su peso para parecer más relajado.

Las comisuras de mis labios se crispan por la forma en que enfatiza la palabra *satisfacción*. Tan humeante y ofensivo, estoy segura de que las bragas de la dependienta están ahora mojadas y fantasea con las grandes y nervudas manos de Elliott cerrándose en torno a sus pechos. Me alegro de que la mujer ya esté sentada. De lo contrario, seguramente se habría resbalado con el rastro de baba por Elliott y posiblemente se habría golpeado la cabeza.

La señorita Andrews se sonroja bajo la sonrisa de chico malo de Elliott y chasquea el bolígrafo nerviosamente.

—Bueno, creo que los niños estarán en buenas manos. Un conocido y responsable jugador de hockey sobre hielo como usted es sin duda un verdadero modelo a seguir para ellos —ronronea.

Eh, ¿perdón?

¿Elliott modelo a seguir?

Para ligar con mujeres, sí. Lo firmo ahora mismo. Nadie liga con mujeres más rápido que Elliott.

¿Pero para ser padre?

Difícilmente.

Yo no atribuiría demasiadas cualidades de modelo a los jugadores de hockey sobre hielo en general. Siempre están luchando, dentro y fuera del hielo. Y cuando no lo hacen, se dedican a insultar y amenazar.

Entonces, ¿qué deberían aprender exactamente los niños de él?

Me abstengo de hacerme esta pregunta, sin embargo, y en su lugar me alegro de que la ofensiva de coqueteo de Elliott aparentemente esté dando sus frutos. Cuando ayer volví a reunirme a solas con la señorita Andrews, no confiaba precisamente en que nuestro plan funcionara.

—Me encantan los niños —le asegura Elliott—. Blakely y yo estamos desesperados por formar nuestra propia familia en un futuro próximo. Así que la compañía de Clara y Josh será un regalo y una bendición para nosotros.

Me atraganto y empiezo a toser.

—Pero cariño, no te avergüences de que hable con la señorita Andrews de nuestro deseo de tener hijos. Es normal que nosotros también queramos tener

hijos, porque los queremos más que a nada y no nos imaginamos nada mejor que cambiar pañales sucios, pasar la noche en vela y dar de comer a esos lindos babosos cinco veces al día durante horas y horas.

Elliott me da unas palmaditas en la espalda con una sonrisa pícara y yo tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no soltar un bufido.

No es ningún secreto que Elliott cree que tener hijos es el fin de la vida. Cree que el comienzo de un embarazo es el final de una vida sexual plena.

Como su vida sexual es sagrada para él, convertirse en padre es su pesadilla personal.

Ciertamente no voy a decirle eso a la Srta. Andrews tampoco porque, al parecer, la corpulenta mujer de casi cincuenta años se ha enamorado perdidamente del engañoso retrato que mi falso novio está pintando de sí mismo.

—Muy bien, entonces. Recomiendo a mi superior que se les conceda a ambos la custodia temporal. Puedes esperar una decisión para esta noche, pero entre tú y yo… —se inclina conspiradoramente hacia Elliott, que hace lo mismo y le guiña un ojo seductoramente— me aseguraré personalmente de que se apruebe la solicitud.

Elliott sonríe irresistiblemente a la empleada y se levanta.

—¡Señorita Andrews! Es usted un ángel. Permítame darle un abrazo, chica de oro.

Observo boquiabierta cómo Elliott se levanta, rodea el mostrador y, con galantería, levanta a la sorprendida señorita Andrews de la silla y la coge en brazos.

No va a hacer el vergonzoso numerito de hacer que la tía de la asistencia social juvenil lo olfatee, ¿verdad?

Elliott utiliza este caro y seductor aftershave y colonia especialmente para este propósito, que hace que las mujeres se desmayen por docenas, directamente a sus brazos.

Este espécimen de la especie femenina no es una excepción.

Se queda flácida y sin voluntad entre sus musculosos brazos, como un mono aturdido, aspirando con avidez los vapores sedantes.

Pongo los ojos en blanco con asco e imito con el dedo un corte brusco en la garganta antes de apuntar con él a Elliott, que sonríe divertido.

Ya basta, formulo con los labios, lo que solo hace que él sonría aún más.

—Vale, genial, entonces —digo, aclarándome la garganta—. Muchas gracias por su ayuda y su... compromiso.

Elliott la suelta de su agarre y se asegura de que puede mantenerse en pie por sí misma antes de soltarla por completo.

Luego le guiña un ojo por última vez y no puede resistirse a un ambiguo:

—*Hasta pronto*.

Mientras cruzamos el pasillo y las puertas del ascensor se cierran detrás de nosotros, le doy a Elliott el dedo corazón y le doy una patada juguetona en la espinilla.

—No tiene gracia, Sloane. No tiene gracia. Podrías haberte ahorrado tu tonto espectáculo. Has puesto en serio peligro nuestros planes con eso. Imbécil.

Elliott se ríe divertido, me coge la cara entre las manos y me da un sonoro coscorrón en la frente.

—Me encanta cuando te pones como una fiera y sacas las garras, Beckett. Pero en este caso, un simple *gracias, querido Elliott, eres el más grande por encima y por debajo del cinturón, y lo has petado como siempre*. Porque es obvio que es sólo gracias a mi ofensiva de encanto que los chicos están viniendo a nosotros ahora, ¿no?

—¿Ofensiva de encanto? Más bien ofensiva corporal —me burlo sarcásticamente—. Realmente has puesto tu cuerpo en juego. Estoy encantada.

—Sólo por ti, cariño. Ya ves lo que hago por ti. ¿Y tú qué haces? Insultarme. Eso no es justo. Estás hiriendo mis sentimientos ahora mismo. ¿Te das cuenta de eso?

—Llora —resoplo y reprimo una sonrisa—. Oh, no. Lo había olvidado por completo, no eres capaz de eso en absoluto. Eres una piedra, después de todo. Duro y frío.

—Ya, ya, ya —me amonesta y me pellizca la mejilla—. Ahora que vas a ser madre, tienes que aprender a ser empática. Tienes que hacer un examen de conciencia y encontrar tu lado femenino. Si cavas hondo, puede que lo encuentres en algún rincón polvoriento.

—¿Estás diciendo que no soy femenina o algo así?

Elliott desliza su mirada por mi cara y hace una mueca de diversión.

Indignada, cruzo los brazos delante del pecho.

—¿Qué?

—Nada.

—Nada, una mierda. Ahora dime. ¿Cuál es tu problema?

—No tengo ningún problema. Es que me cuesta ponerte a ti y a una mujer en la misma frase.

Se me cae la mandíbula por segunda vez ese día y, aunque Elliott empieza a reírse y me doy cuenta de que me está tomando el pelo, me pregunto cuánto hay de verdad y cuánto de divertido en esa afirmación.

CAPÍTULO 11

BLAKELY

—ME GUSTA TU HABITACIÓN, tía B —dice Clara, riéndose y saltando en la cama que he montado hoy con el sudor de mi frente.

Para no desarraigar a los niños de su entorno familiar, he decidido mudarme a casa de Summer por el momento. Al menos hasta que Elliott termine su mudanza y se instale en el piso donde viven sus hermanos.

Sin embargo, esto último puede tardar unas semanas más y como no quiero que los niños vivan en una obra, de momento nos quedamos aquí para la transición. Elliott, que también vivirá aquí, está de acuerdo. Para guardar las apariencias, claro.

Summer tiene una habitación en la planta baja que utiliza como despacho y en la que no hay nada más que su escritorio, su silla, su PC y un armario.

Rápidamente convertí esta habitación en un cuarto de invitados y guardé el contenido de su estudio en su dormitorio.

Pedí por Internet lo que necesitaba urgentemente y me lo entregaron: una cama, un colchón, almohadas, mantas, una cómoda, un armario y dos mesillas de noche.

Todo va tomando forma poco a poco y cuando Elliott aterrice en Phoenix dentro de unos días, todo debería estar listo.

El pobre ya tiene tanto encima con el cambio de los *Vipers* a los *Armadillos* y con su mudanza que casi me siento culpable por arrastrarlo a mis asuntos.

Pero el hecho de que los niños estén ahora conmigo y no con alguna familia de acogida refuerza mi convicción de que hice lo correcto y de que los sacrificios que requiere, incluidas las mentiras piadosas, merecen la pena.

Además, no le pido a Elliott que haga nada del otro mundo.

Que duerma en un hotel o aquí hasta que su piso esté listo no cambia nada, ¿verdad? Al contrario. Estoy segura de que prefiere no volver a una habitación de hotel anónima después del trabajo, sino a un hogar acogedor.

Es más, cuidaré de los niños todo lo que pueda para que él no tenga que sentirse obligado a ocuparse de Clara y Josh además de su cambio de vida. Aunque vale la pena mencionar que ambos son extremadamente fáciles de cuidar y súper adorables.

Bueno, al menos Clara lo es. Es alegre, brillante y extrovertida.

Josh, en cambio, es un solitario retraído. En muchos sentidos, me recuerda a Elliott. Apenas habla y cuando lo hace, se limita a lo mínimo. Pero puedo soportarlo. Creo que es mejor ceñirse a lo esencial que abusar innecesariamente de las palabras. Es más fácil para los oídos y las cuerdas vocales y no roba a la gente el oxígeno que necesita para respirar.

Clara tiene seis años y ha empezado el colegio este año. Josh, en cambio, tiene diez y en su opinión, ya es muy grande y adulto.

Se comporta en consecuencia.

Vigila de cerca a su hermana, aunque siempre le dice que le molesta y que es tonta. También me ayuda con las tareas domésticas, lo que me ha sorprendido muchísimo.

Pone la mesa, la limpia, dobla la colada e incluso hace su cama.

Summer ha hecho un trabajo realmente bueno con sus hijos.

Por eso supongo que a Elliott no le molestarán.

Si lo hacen, no tiene más remedio que aceptar la situación.

El riesgo de que los niños se chiven si Elliott y yo les contamos la verdad sobre nuestra falsa relación es demasiado grande. Por no mencionar el hecho de que no estoy segura de que entiendan lo que es una relación falsa.

Así que, como en la oficina de asistencia social juvenil, tenemos que fingir que somos amantes perfectos.

Esto también significa que vivimos juntos. Ese pensamiento me hace tragar saliva y sonrojarme. Pensar que vamos a dormir en la misma habitación.

Porque si los niños ven a Elliott durmiendo en el sofá, harán preguntas y si se las hacen a la persona de la oficina de asistencia a la juventud que pasa regularmente por allí, necesitaremos una explicación. No queremos arriesgarnos a que se descubra nuestra mentira y nos acusen, ni queremos dar pie a rumores de que hay una crisis en nuestra relación, que en realidad no es tal.

—¿Qué quieres comer esta noche? —pregunto, escrutando la cómoda que acabo de montar—. ¿Qué te apetece?

Clara se detiene un momento y pone una carita pensativa.

—Patatas fritas con ketchup—dice finalmente, radiante de entusiasmo, como si fuera la mejor idea que ha tenido en mucho tiempo.

—Patatas fritas con ketchup —sonrío y la levanto de la cama—. Creo que podemos arreglárnoslas. Pero nos haré una ensalada para acompañar.

—Eeeewww —suelta una risita y levanta los pies.

La pongo en el suelo porque, aunque es una peso mosca a sus seis años, sigue siendo un verdadero reto para mí alzarla. Sonriendo, la veo salir corriendo por la puerta en busca de su hermano, que está encerrado en su habitación.

Clara es aún demasiado joven para darse cuenta de que su madre está en graves apuros. No me costó convencerla de que tenía que irse por un trabajo importante y que yo cuidaría de ella y de Josh hasta que volviera.

Por desgracia, esta mentira piadosa no funciona con Josh.

Es muy listo y sabe que pasa algo.

Ayer quería saber cuándo iba a volver su madre, y tuve que confesarle que no lo sabía.

Por desgracia, las autoridades se entrometen y ponen trabas al abogado que he contratado siempre que pueden.

Al menos ahora ha podido hablar con Summer y comprobar por sí mismo que la tratan bien. Me ha asegurado que no le pasa nada.

Eso me tranquiliza. Pero lo que es menos tranquilizador es de lo que se la acusa: espionaje.

Completamente ridículo, por no decir absurdo.

¿A quién o qué estaba espiando? ¿Y por qué?

Como los investigadores están haciendo todo lo posible para retrasar la publicación de los archivos, todavía no hemos podido arrojar ninguna luz sobre el asunto.

Me gustaría hacer más, pero por desgracia tengo las manos atadas, al menos jurídicamente.

Pero eso no significa que no vaya a investigar por mi cuenta e intentar averiguar más cosas en la comunidad de hackers.

Hasta ahora, nadie ha sido capaz de ayudarme, lo que me lleva a creer que Summer estaba realmente involucrada en algo explosivo y secreto. Tan explosivo y secreto, de hecho, que no lo ha compartido con nadie, o al menos con nadie con quien yo haya contactado hasta ahora.

Normalmente admiro a Summer por lo hábil que es cubriendo sus huellas. Pero esta vez, espero sinceramente que no me haya impedido encontrar algo en lo que pudiera ayudarla.

Ya he pedido visitarla para que podamos hablar, aunque sea en clave. Desgraciadamente, de momento no puede ver a nadie más que a su abogado.

Suspirando, voy a la cocina y me pongo a preparar la cena.

Por ahora, tengo que conformarme con lo que está a mi alcance: proporcionar un nido seguro a los niños y buscar en secreto pistas que puedan ayudarme a entender de qué se acusa a Summer para saber qué puedo hacer para

refutar dichas acusaciones.

Me sirvo un vaso de vino y mis ojos se posan en el paquete de Choco Pops de la estantería.

No puedo evitar pensar en Elliott y en el hecho de que hace unos días que no nos vemos, lo que parece una eternidad.

En realidad, debería alegrarme de tener por fin un poco de paz y tranquilidad de él y de que no haya nadie aquí que me haga caer el techo encima y se coma mi comida.

Pero, extrañamente, le echo de menos.

Su molesta compañía. Sus bromas, que no son ni remotamente graciosas porque siempre son a mi costa. Su risa gutural y oscura, aunque la mayor parte del tiempo se ría de mí. Y sus abrazos exuberantes, a pesar de que apenas puedo respirar entre sus apretones.

Me pregunto qué estará haciendo y si también me echa de menos. Pero cuando me sorprendo a mí misma con este absurdo pensamiento, lo destierro enérgicamente de mi mente y me apresuro a seguir con la ensalada.

¿Qué me pasa para estar tan sentimental y alterada?

Está claro que debe de ser el lío con Summer. Sólo así puedo explicar mi comportamiento sentimental.

CAPÍTULO 12

ELLIOTT

CUANDO ME BAJO del avión en Phoenix, algo es diferente. Aunque he estado en Phoenix unas cincuenta veces en los últimos ocho años para visitar a mis hermanos o jugar contra ellos.

Prácticamente conozco la ciudad al dedillo. Es como mi segunda casa pero nunca me había dado cuenta. Ahora que se está convirtiendo en mi hogar, lo veo.

Sí, es un nuevo comienzo. Un nuevo capítulo. Pero no todo es nuevo.

Estoy familiarizado con la ciudad, así como con muchas de las personas que viven aquí.

Ruby, Shelby y Caiden viven aquí. Y sus parejas. Mis padres me visitan a menudo. Y conozco a algunos de los jugadores de los *Armadillos* de mi época universitaria.

Cambiar de equipo nunca es fácil, pero el entorno al que me mudo lo hace mucho más fácil.

Como B también está aquí, al menos por ahora, mi tristeza por dejar atrás Vancouver y los últimos ocho años es limitada.

Hábilmente suprimo el hecho de que B no se quedará, sino que volverá a Canadá en algún momento.

Estaremos juntos en el futuro inmediato. Eso es lo único que importa y en lo único que podemos influir. Así que también deberíamos centrarnos en eso en lugar de perder este precioso tiempo.

Y hablando de huevos, los míos ya están de un color azul intenso porque la congestión de semen los está haciendo estallar lentamente. No ha habido tiempo para el sexo en los últimos días.

¿Quién iba a pensar que en ocho años se podrían acumular tantas cosas que hay que organizar y enviar?

Y luego están mis motos de mierda: enviar seis motos a través de la frontera canadiense no es cosa fácil.

Sobre todo porque también tengo que encontrar un lugar adecuado para aparcarlas aquí en Phoenix. No puedo dejar las motos permanentemente en el elegante complejo de apartamentos donde viven mis hermanos y donde Max también me ha dado un piso. Al menos no si quiero currar en ellas. Aparcar sí, trabajar no. Así que tuve que buscar en otra parte.

Luego estaba todo el tema de los contratos con los *Armadillos* y los *Vipers*, así como las citas a las que tengo que acudir en los próximos días: revisiones médicas, presentaciones del equipo, ropa, equipaciones, reuniones con el entrenador, etc.

La semana que viene será dura, eso es seguro.

No es que los últimos días hayan sido fáciles pero lo que me espera en un futuro próximo lo supera todo con creces.

Me refiero también a la falsa relación con B y los niños que cuidaremos hasta que Summer salga de la cárcel, sea cuando sea eso.

B dice que las autoridades están manteniendo un perfil muy bajo sobre el tema.

Sólo podemos esperar que esto cambie pronto.

B debería haberme recogido hoy en el aeropuerto pero la hora de mi vuelo coincide con el final de la jornada escolar de los niños, así que Ruby ha enviado un coche para llevarme primero al estadio y luego a casa de Summer.

Me entregan todas las cajas y cartones en mi piso. A casa de Summer sólo llevo las dos maletas que he facturado.

Si no es suficiente, siempre puedo recoger lo que necesite en mi piso.

Aunque las obras están en pleno apogeo, el piso no tardará mucho en estar listo para entrar a vivir.

Hasta entonces, podré vivir sin problemas en casa de Summer. Después de todo, soy una persona muy frugal y no un maldito divo. Aparte de eso, no se trata principalmente de mí, sino de los niños, que deberían poder hacer frente a su vida cotidiana sin cambios innecesarios.

Ya es suficiente con que lleven tanto tiempo lejos de su madre y no sepan cuándo volverá o si volverá. Sólo de pensarlo siento que una nueva rabia surge en mi interior. La empujo hacia atrás y salgo enérgicamente del control de pasaportes.

Al entrar en el vestíbulo del aeropuerto, veo a un hombre trajeado con un cartel con el nombre del equipo.

Me acerco a él y le doy la mano.

—¿Puedo llevarle el equipaje, Sr. Sloane? —me ofrece, tras lo cual le entrego una de las dos maletas grandes.

Salimos del edificio del aeropuerto en dirección al estadio. Hoy ya están

programadas las primeras citas, que desgraciadamente no se pueden aplazar porque estamos en plena temporada.

¿Cuántas veces he estado en el estadio *Armadillo*?

Pero hasta ahora sólo como rival.

¿Y ahora? Ahora, de repente, yo mismo formo parte del equipo.

Todavía no me lo creo.

Los *Armadillos* son uno de los mejores equipos de hockey sobre hielo de Norteamérica y llevan años jugándose el primer puesto del campeonato casi todas las temporadas. Pero aunque me alegro de ello, en el fondo no me importa.

Lo que más me importa es estar cerca de mi familia. Con mis hermanos.

Y ya están esperando en el aparcamiento cuando el coche se detiene frente a la entrada del personal.

Supongo que el conductor ha informado a Ruby de su ubicación en directo, lo que la ha llevado a convocar un comité de bienvenida formado por mis tres hermanos, Chase Solomon, la pareja de Ruby, y Arielle Remington, la novia de Caiden.

Los cinco están de pie junto al coche, saludando alegremente y sonriendo ampliamente mientras yo salgo y me paso las manos por el pelo, avergonzado.

Odio ser el centro de atención. Ellos lo saben. Pero siguen montando este escándalo embarazoso.

Súper molesto.

—Bienvenido al equipo —Caiden toma la palabra y tira de mí en un abrazo fraternal.

—Oye... ¡Esa es mi línea! ¿Soy yo la jefa aquí, o lo eres tú? —Arielle se queja con una sonrisa, con lo cual Caiden me suelta y le da una palmada en su apretado trasero con una sonrisa.

—Todo está en el ojo del espectador, cariño. Anoche *yo* era definitivamente el jefe, si te acuerdas.

Arielle se sonroja y le tapa la boca a Caiden en un santiamén para impedir que continúe.

¡Cielos! Han sido pareja durante media eternidad, aunque en secreto hasta hace poco y con una cantidad indescriptible de drama y lágrimas. Sin embargo, parecen tan enamorados y felices como adolescentes que acaban de enamorarse.

Es insoportable, pero después de las semanas de pesadilla que quedan tras Caiden y Arielle, les doy esto con todo mi corazón.

Abrazo a todos los presentes por turnos y luego los sigo al interior del estadio, donde Arielle se despide de nosotros y Ruby desgrana una lista de cosas que tengo que hacer hoy.

—Jo, Lio, ¿os apetece una cerveza esta noche? —balbucea Shelby

alegremente, provocando la ira de Ruby.

—Eh, ¿hola, cacharro? Estoy hablando ahora mismo. Y cuando los adultos hablan, los niños se callan, ¿recuerdas?

—Ruby, cariño, volveremos a hablar de eso si algún día, en un futuro lejano, tienes tus propios hijos —se ríe divertido Shelby—. Si es que el novato es capaz de encontrar el agujero adecuado para la polinización.

Ruby jadea indignada y Caiden se muerde el labio inferior con una sonrisa. Yo también sonrío, ganándome una mirada de desaprobación de Ruby.

—Eres nuevo aquí, amigo. Así que no te hagas enemigos en tu primer día, ¿entendido? No querrás enemistarte con tu propia hermana, créeme.

—Quizá me lo piense dos veces antes de cambiarme —digo, intimidado—. ¿Y la cláusula de cancelación? ¿No puedo cancelar el trato?

Ruby mueve la cabeza con desaprobación.

—Olvídalo. Ahora eres nuestro. Así que será mejor que te portes bien conmigo.

—Y conmigo —se burla Caiden—. Porque ya no soy sólo tu hermano, a partir de ahora también soy tu capitán.

Hago una mueca exageradamente molesta.

—¿Y ahora qué pasa con la cerveza? Como padre de una hija pequeña, ya no soy tan flexible y espontáneo como antes. Tengo citas. Compromisos. Responsabilidades.

Shelby está casi rebosante de orgullo, lo que hace que Ruby, Caiden y yo nos guiñemos significativamente un ojo.

¿Quién iba a pensar que el eterno mujeriego del hockey profesional estadounidense sentaría alguna vez la cabeza?

Además como padre de una niña de seis años, de cuya existencia no sabía absolutamente nada hasta hace poco.

Las últimas semanas y meses han sacudido de verdad a la familia Sloane. Es increíble la cantidad de acción, intriga, drama y angustia que pueden caber en un espacio de tiempo tan corto, lo que me recuerda que a mí también me espera algo así.

—Me encantaría en otra ocasión. Pero no quiero dejar a B sola con los niños por más tiempo. Después de las citas en el estadio, iré a casa y comprobaré la situación. En cuanto todo se haya calmado, estaré en la salida. Después de todo, quiero debutar. La primera ronda de bebidas en *Frozen Delight* va por mi cuenta.

—Sí —grita Shelby y levanta el puño en el aire—. Adelante, hermano.

La reacción de Caiden a mi declaración es mucho más apagada. A diferencia de Shelby, no se centra en las bebidas gratis, sino en los retos que me esperan fuera del hielo: los hijos de Summer y la falsa relación con Blakely.

Mis dos hermanos y Ruby son los únicos al tanto, además del padre de B, para mantener el círculo de confidentes lo más reducido posible y minimizar la posibilidad de que todo salga a la luz.

Decir que Caiden se quedó prendado de la idea sería la exageración del siglo, pero entiende mis motivos y ha hecho una locura parecida por Ariel. Aunque en realidad no se pueden comparar las dos cosas.

Caiden adora a Ariel. Y sí, yo también quiero a Blakely, pero de una forma completamente distinta.

Al menos eso es lo que pienso.

—Estará bien —sopeso—. Nos las arreglaremos de alguna manera.

—Si necesitas algo...

—Entonces me pondré en contacto. Lo prometo.

Caiden asiente satisfecho.

—De acuerdo. Entonces te veré más tarde, una vez que hayas terminado con tus citas y antes de salir del estadio, para presentarte a tus compañeros de equipo, ¿de acuerdo?

—Vale —acepto y choco los cinco con Shelby y Caiden antes de seguir a Ruby a mi primera cita, la revisión con el médico del equipo.

CAPÍTULO 13

ELLIOTT

LE DOY al conductor la dirección que me dio B y me hundo cansado en el asiento trasero mientras el coche se marcha, dejando atrás el estadio.

Ha sido un día jodidamente largo y aún no veo el final.

¿Qué no daría por una cerveza fría en un bar bien frío? ¿O por un masaje tantra caliente seguido de una mamada sin tener que devolver el favor? O simplemente una tarde relajante viendo la tele con B, que ronca tranquilamente en el sofá,cosa que ella niega vehementemente por cierto, aunque lo tengo grabado. Con sonido.

En lugar de eso, me espera lo que parece la milésima reunión del día.

Porque después de haber conocido ya al Doc, a todo el personal de los *Armadillos*, al entrenador, a mis compañeros, al antiguo jefe de los *Armadillos* John Remington, e incluso a la maldita mascota, ahora estoy a punto de tener uno de mis encuentros más importantes: conocer a los hijos de Summer, Clara y Josh.

No sé por qué estoy tan nervioso, pero lo estoy. No tiene sentido. Al fin y al cabo, me importa un bledo si les caigo bien o mal. Lo principal es que les guste B. ¿Y a quién no?

En cuanto a mí, no diría que me gustan los niños. Tampoco es que no me gusten, soy neutral hacia ellos. Realmente no puedo hacer nada con ellos, pero no me resultan molestos ni nada por el estilo.

Hannah, la hija de Shelby, es definitivamente la excepción en ese sentido. Es la mayor dulzura que conozco. La pequeña Barbie se metió inmediatamente en mi corazón. Desde la primera vez que nos vimos. No sé cómo lo hizo, pero me ablandó.

Igual que a Shelby. Y a papá, el viejo gruñón.

Cuando el coche se detiene delante de la dirección que he dado, no me bajo inmediatamente, sino que me detengo un momento, respiro hondo y me preparo

para lo que está a punto de ocurrir, aunque no sé qué esperar.

El conductor descarga mi equipaje, que acepto agradecido, y se despide.

Ruedo con las maletas hasta la puerta principal y justo cuando estoy a punto de llamar al timbre, la puerta se abre desde dentro.

—Bienvenido a Phoenix, Lio.

Blakely me sonríe con su simpática y familiar sonrisa, desterrando de un plumazo todas mis preocupaciones, inquietudes y temores.

En su lugar, me invade una sensación de seguridad y afecto.

Estoy en casa.

Pero no me refiero a Phoenix o a la casa que tengo delante.

Para mí, el hogar es donde está Blakely.

Cuando ella está allí, todo es bueno. No importa lo mierda que haya sido el día. No importan los problemas que me atormenten en ese momento.

Cuando no sé qué hacer, acudo a Blakely porque automáticamente todo mejora.

Hoy no es una excepción.

Sin mediar palabra, dejo mis maletas y la abrazo.

Rodeo su cuerpo con mis brazos y entierro mi cara en su cuello.

Su aroma es inconfundible: jazmín y azahar. Como un cálido día de verano con un sol radiante y un cielo azul.

—¿Tan mal? —jadea y me acaricia la espalda con las manos.

Por una vez, no se queja de que casi la aplasto con mi agarre.

Está claro que necesita este abrazo tanto como yo. Tomo nota con satisfacción.

—Ya no —murmuro y cierro los ojos para bloquear todo lo que me rodea.

Por muy difíciles que hayan sido los últimos días y semanas, aquí y ahora nada de eso importa.

—Los niños están en la cocina haciendo los deberes. ¿Quieres *saludarlos* o prefieres descansar primero? —pregunta B, ligeramente sin aliento, cuando la suelto al cabo de un rato.

—Me gustaría conocerlos —respondo—. Siempre puedo descansar después.

Blakely me dedica una sonrisa alentadora y me hace un gesto para que la siga.

Entro, dejo las maletas en el pasillo y cierro la puerta tras de mí.

—B, espera un momento —le susurro cuando dobla la esquina.

Retrocede y me mira interrogante con las cejas levantadas.

—¿Sí?

—Este teatro de parejas… así que… —me rasco la cabeza y hago una mueca —. ¿Cómo de realista tenemos que interpretarlo?

—¿Qué quieres decir? —responde ella, irritada.

—Bueno, has dicho que tenemos que dormir en una habitación y todo eso. Pero qué pasa con... con... oh mierda, maldita sea… —miro al techo, exasperado, preguntándome por qué de repente me cuesta tanto hablar de algo tan inofensivo como un beso.

—¿De qué? —pregunta B en voz baja.

—¿También tenemos que besarnos? ¿Así en... en la boca? Las parejas hacen eso, ¿no?

Las comisuras de los labios de B se mueven divertidas.

—Tienes la cara blanca como la tiza, Sloane. ¿Tan repulsiva es la idea de besarme? Normalmente besas cualquier cosa con dos piernas y dos tetas. ¿Por qué a mí no?

Resoplo con incredulidad.

—Te pido perdón, Beckett. Viniendo de ti, parece que no soy exigente.

—No lo eres —replica descaradamente.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, haz cuentas. Con la cantidad de mujeres con las que has estado en los últimos ocho años, ya has pasado por todas las mujeres guapas y normales de Vancouver. Al sexto año, como muy tarde, estarás en el 30% inferior, porque no sueles acostarte con mujeres más de una vez para no dar la impresión de tener una relación. Tres años más en Vancouver y habrías tenido que cambiar a los hombres.

Sonrío ampliamente y sacudo la cabeza con incredulidad. No ha dicho eso de verdad, ¿no?

B es conocida por su lengua afilada y por no detenerse ante nada ni nadie. Es intrépida e indolora, como demuestra una vez más.

Definitivamente no me gustaría pelearme con ella.

—Entonces me he puesto las pilas justo a tiempo y ahora puedo empezar aquí de nuevo entre los diez primeros. Pero eso no responde a mi pregunta. ¿Tengo que lamerte y mordisquearte delante de los niños, o basta con que te toque el culo?

B inclina la cabeza y sonríe.

—Ni lo uno ni lo otro. A los niños les parece repugnante. Así que puedes guardarte las manos y dedicar tu boca a los Choco Pops que te he comprado. Están en la cocina, donde ni siquiera un pez ciego como tú puede perdérselos.

—Te daré pescado en un minuto, chica sin sabor —contraataco burlonamente, ganándome una sonrisa irónica a cambio.

—¿Chica sin sabor? ¿De verdad?

—Bueno —me encojo de hombros con una sonrisa—, si cambiaras tus

pantalones de chándal por una minifalda y tus jerseys XXL por crop tops, el Sr. Conejo estaría listo.

—Siento decepcionarte, cariño, pero tengo dos hijos que cuidar. No puedo permitirme ir por ahí a finales de otoño, con la barriga al aire y en minifalda y coger una pulmonía sólo para complacerte.

—B, cariño, tú nunca te paseas con el torso desnudo y en minifalda, ni siquiera en verano cuando hace más de treinta grados —contraataco—. Te gustan demasiado tus pantalones de alce y tus jerseys holgados para eso.

—¿Qué tienes en contra de los jerseys anchos y los pantalones de alce? Son comodísimos, no molestan y dan calor.

Bostezo exageradamente.

—Aburrido.

—No es aburrido, es sensato y responsable. Tú no te paseas por el hielo con la barriga descubierta y en calzoncillos, ¿verdad?

Estoy a punto de replicar algo cuando una niña pequeña viene corriendo hacia Blakely y se esconde tímidamente detrás de su pierna.

—¿Es tu novio, tía B? —susurra, pensando que entonces no puedo oírla, asomándose furtivamente por detrás del muslo de Blakely.

—Sí, Clara cariño, es Elliott —sonríe B, acariciando el pelo de la niña—. ¿Quieres *saludarle*? Tiene un aspecto siniestro y peligroso. Pero en realidad es totalmente inofensivo.

¿Inofensivo? En absoluto. ¿Qué está balbuceando B? Soy el lobo malo. Si B lo ve de otra manera, realmente necesito pulir mi imagen de nuevo pronto.

Me subo los brazos de la sudadera porque de repente tengo diez grados menos y me meto las manos en los bolsillos del pantalón porque no sé qué otra cosa hacer con ellas. ¿Por qué vuelvo a estar tan nervioso de repente?

¿Por qué estoy nervioso?

No tengo miedo de una niña. No me morderá. O peor aún, se echará a llorar.

—Vamos —la anima Blakely—. No te preocupes, mi niña. No te hará daño. Te lo prometo.

Clara se suelta del muslo de Blakely y se acerca tímidamente a mí con cara de recelo.

Me agacho, porque de lo contrario me siento como si midiera dos metros más que la diminuta cosita, y pongo lo que espero que sea una sonrisa amistosa.

—Hola, soy Lio —le digo con cautela y le tiendo la mano para saludarla.

Pero las manitas de Clara no la estrechan, sino mi antebrazo.

Asombrada, pasa el dedo índice por mis coloridos tatuajes.

—Eres un gran pintor —exclama— a mí nunca me queda así.

B suelta una risita de fondo.

—Eso es porque usa rotuladores diferentes a los tuyos, cariño.

—¿En serio? —pregunta asombrada—. ¿Puedes enseñarme tus bolígrafos?

Hago una mueca de diversión y miro a B, que también sonríe.

—Con mucho gusto pero en otra ocasión. Hoy no llevo los bolígrafos, ¿sabes? Pero si quieres, puedes enseñarme tus bolígrafos e intentaré dibujarte algo bonito en el brazo. ¿Qué te parece?

—¡Ah, sí! —chilla y, antes de que me dé cuenta, ya me ha cogido de la mano y tira de mí con ella, haciéndome perder el equilibrio por un momento y casi tumbarme a lo largo. Torpemente, me enderezo y camino tras ella, agachado y cogido de la mano de Clara.

Blakely nos sigue hasta la cocina, donde un chico atlético de unos diez años está escribiendo en un cuaderno con expresión estoica y sin prestarme atención.

Debe ser Josh.

Sé por B que es taciturno e introvertido y, por extraño que parezca, creo que me llevaré mejor con él que con esta criatura parlanchina que ahora tiene delante de mí todos los colores del arco iris en forma de lápiz y me exige que le dibuje una mariposa de colores en el antebrazo.

Decido no poner nervioso a Josh y dejarle en paz por el momento. Tarde o temprano se dignará a saludarme.

Mientras tanto, hago todo lo posible por tatuar una bonita mariposa en el brazo de Clara con rotuladores mientras B prepara la cena.

De alguna manera, todo esto me recuerda mucho a mi propia infancia y tengo que admitir que, definitivamente, no es un mal recuerdo.

Al contrario. Me gusta revivirlos, aunque ya no sea un niño, sino un padre en cierto modo.

CAPÍTULO 14

BLAKELY

—ESTÁN DORMIDOS —gimo completamente agotada, mientras me siento a la mesa de la cocina dos horas después y veo cómo Elliott guarda en el armario los últimos platos que ha secado.

—Gracias, pero no tenías por qué hacerlo. Debes de estar totalmente cansado y agotado.

—Como tú —replica sin impresionarse—. Llevas días llevando la casa tú sola, B. Desde luego, no voy a tumbarme perezosamente en el sofá a ver cómo friegas los platos.

—Normalmente los niños me ayudan con eso, pero ¿has visto a Clara? El tablero de la mesa ha atraído casi mágicamente su cabeza esta noche —digo con una sonrisa—. Y Josh no ha vuelto a tener un buen día. No sé qué le pasa. No habla.

—Pues déjale. Ya hablará cuando le apetezca —dice Elliott con ligereza y me tiende una copa de vino tinto.

Luego se sienta en la silla de al lado y me sonríe irónicamente.

—Brindo por Phoenix y por las aventuras que esta ciudad nos tiene reservadas.

Choco mi copa contra la suya y me relajo por primera vez ese día, quizá por primera vez desde que asumí la responsabilidad de Clara y Josh.

—¿Qué tal tu primer día en tu nuevo hogar? —pregunto, dejando mi vaso sobre la mesa de madera—. ¿Cuál fue tu impresión? ¿Cómo te imaginabas que sería?

Elliott se encoge de hombros y cruza despreocupadamente los brazos detrás de la cabeza, con la parte superior de los brazos en forma de tronco de árbol tensándose bajo la camisa.

—Estaré bien —responde taciturno. Una clara señal de que no quiere hablar de ello por el momento.

Probablemente necesita ordenarse, procesarlo todo y calmarse antes de ser capaz de expresar sus pensamientos con palabras.

¿He mencionado que Elliott a veces es bastante irascible y que hablar de sus sentimientos no es uno de sus puntos fuertes? Eso queda claro una y otra vez en momentos como éste.

Por eso sé que no tiene sentido indagar ni ofenderse. Hay que aceptarle tal y como es. Único y maravilloso.

—De eso estoy segura. Los *Armadillos* tienen suerte de tenerte y también tus hermanos y hermana. En unas semanas te sentirás como si nunca hubieras vivido o jugado en otro sitio.

Los brazos de Lio se relajan un poco bajo mis palabras y, aunque no dice nada, veo que no pierden su efecto.

—¿A qué hora tienes que salir mañana? —sigo.

—El entrenamiento empieza a las ocho.

—Vale. Entonces quizá deberíamos irnos a la cama, ¿no?

Elliott levanta las cejas con una sonrisa, lo que me hace poner los ojos en blanco, molesta.

—Déjalo, ¿vale?

—¿Por qué? ¿Qué estoy haciendo? No estoy diciendo nada —se ríe entre dientes.

—Eres la única persona en este mundo que no tiene que decir nada para molestarme. Y tú dominas ese arte de una manera espantosa —contraataco y me pongo de pie—. Nos vemos en el dormitorio.

—Caliente. Nunca me había seducido una mujer con pijama de alce —Elliott silba apreciativamente, con lo que me doy cuenta de la ambigüedad de mis palabras y me ruborizo.

—Esta fantasía, querido, probablemente seguirá siendo eso para siempre: una fantasía —digo con firmeza, aunque mi corazón late de repente más deprisa de lo que le conviene ante sus burlonas palabras.

—¿Así que mi sueño de sexo con alces asados con malvaviscos no se hará realidad?

—Algunos sueños hay que cumplirlos. ¿Por qué otra cosa merece la pena vivir?

Elliott sacude la cabeza con una carcajada y se levanta también.

—¿Y cuáles son tus sueños secretos, Beckett?

Le guiño un ojo.

—Supongo que nunca lo sabrás.

Un resoplido indignado llena la habitación.

—¡Creía que nos lo contábamos todo!

—¿Como cuando que me dijiste que te trasladaban a Phoenix?

—¡Te lo dije!

—Sí, después de que te lo preguntara. Confirmar algo no es lo mismo que contarlo.

—Traidor.

—Cobarde.

—Sabelotodo.

—Dolor en el culo.

—*Solterona de mediana edad*.

¿Perdón? ¿Solterona de mediana edad? Pongo mis manos en las caderas con hostilidad.

—¡Una palabra más y te castraré yo misma, Sloane!

Elliott se muerde el labio inferior con una sonrisa.

—Al menos tendrías una pipa de verdad en la mano, para variar, y no sólo esta patética polla de goma. Quizá eso te haga cambiar de opinión y por fin le cojas el gusto al sexo sudoroso, duro y sucio. Me sacrificaría por esta lección que cambia la vida.

—Realmente debes odiar al Sr. Conejo desde el fondo de tu corazón. ¿Por qué hablarías tan mal de él constantemente si no fuera así? ¿Te sientes amenazado por él?

Elliott se ríe a carcajadas.

—¿Amenazado? Por favor. ¿Qué cualidades tiene él que yo no tenga?

Me pongo teatralmente el dedo índice en los labios y pienso en voz alta.

—Bueno, veamos. Está siempre y listo para la acción, sin que tengas que frotarlo hasta que esté tieso primero, o desenvolverle las tetas para jugar con ellas.

—Yo también —interviene Elliott con seguridad, lo que le vale una mueca burlona por mi parte.

—Lo único que le importa son *mis* necesidades y *mi* placer. No espera nada a cambio de mí —sigo reflexionando.

—Sólo dices eso porque no sabes lo excitante que es dar durante el sexo en lugar de limitarse siempre a recibir.

Miro a Elliott con desaprobación. ¿Por qué tiene que dar su opinión sobre todo y parecer tan egocéntrico y seguro de sí mismo?

¿Se nace así o se aprende?

—Además, no deja ningún desastre —concluyo.

—Cariño —ronronea Elliott, dedicándome su sonrisa mimada, bajo la cual mis piernas se vuelven gelatina y mis bragas empiezan a sudar—. No hay sexo caliente sin desorden. El sexo es sucio, salvaje, ruidoso y de mala reputación. Y

si no lo es, es una pérdida de tiempo.

Trago saliva.

—Tú y yo tenemos ideas diferentes sobre eso. Menos mal que sólo somos amigos. En la cama, seríamos como el fuego y el hielo. No compatibles en lo más mínimo. Nuestro sexo sería terrible.

Elliott levanta una comisura de los labios divertido.

—¿Ah así?

—Sí, así. Estoy segura de que así sería.

—Si tú lo dices...

—Sí, eso es lo que digo. Y estoy encantada de repetirlo. Cuando quiera.

Las comisuras de los labios de Elliott se levantan y no puedo evitar la sensación de que me está tomando el pelo y se lo está pasando como nunca. Por suerte, me suelta el rollo en lugar de atormentarme más.

—Bien. Ahora que lo hemos solucionado, podemos irnos a la cama tranquilos, ¿no?

Asiento estoicamente y me adelanto. Elliott me sigue.

¿Por qué estoy tan nerviosa de repente?

Elliott es mi mejor amigo y eso no eran más que nuestras bromas habituales. Lo hacemos todo el tiempo. Durante años y sin ningún motivo oculto. Entonces, ¿por qué de repente me siento tan exaltada e inquieta? No hay razón para ello.

—Esta es nuestra habitación —digo, señalando con el brazo a través de la puerta abierta—. Los niños duermen arriba. En realidad este es el estudio de Summer, pero lo he convertido en habitación de invitados. Debería ser suficiente para unos días o semanas.

Elliott me empuja con curiosidad y se detiene frente a la cama de matrimonio.

—¿Duermes a la derecha o a la izquierda, Beckett?

—Eh... no lo sé. En el medio, en realidad.

Con un brillo socarrón en sus relucientes ojos castaño-verdosos, Elliott se sube el jersey por la cabeza, dejando al descubierto la parte superior de su cuerpo desnudo, musculoso y profusamente tatuado, en el que empiezo a buscar inevitablemente en vano un hueco libre.

Me pregunto si será por los tatuajes.

Sí, tiene que ser. Es la única explicación razonable y lógica.

Los delicados músculos abdominales que sobresalen probablemente sólo estén pintados y, desde luego, no son reales. Nadie tiene músculos así. Es como Photoshop. Sólo que en forma de tatuaje.

Y los piercings que atraviesan sus pezones sólo están ahí para confundir y distraer.

¡Inteligente! Pero no lo suficientemente inteligente. No me voy a dejar deslumbrar por eso.

Al menos, eso es lo que pensaba hasta que me sorprendo a mí misma mirando fijamente y apresuradamente desvío la mirada.

—Cariño, si quieres que yo también duerma en esta cama, tendrás que elegir un lado. A menos que quieras tumbarte medio encima de mí —ronronea Elliott y se abre los pantalones.

—¿Qué es eso? —pregunto, sonando como un pollito recién salido del cascarón.

—¿Qué parece? Me estoy quitando la ropa. ¿O crees que dormiré en vaqueros y camiseta? Mi cuerpo necesita espacio para desplegarse, regenerarse y respirar.

Se baja los pantalones y se queda delante de mí en calzoncillos.

—Te los dejas puestos, ¿verdad? —grazno con la garganta seca y camino hacia el lado opuesto de la cama.

—En realidad, siempre duermo desnudo, pero dadas las circunstancias, puedo dejarme los calzoncillos puestos —responde.

Qué generoso.

Suelto una risita, lo que me hace fruncir el ceño ante Elliott.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú y dejarte los calzoncillos puestos... eso es una contradicción, Sloane.

Elliott sonríe y se acaricia la barbilla.

—Con cualquier otra mujer, tal vez. Pero no contigo, Beckett. Eres mi mejor amiga y por lo tanto, estás absolutamente fuera de los límites. No te preocupes. Mi serpiente no te comerá, te lo prometo.

—Como si no supiera defenderme —respondo, intentando que no se note que estoy decepcionada por sus palabras y horrorizada por mi decepción.

¿Por qué me decepciona que no quiera acostarse conmigo?

¿Me he vuelto completamente loca o qué?

Debería concertar urgentemente una cita con el Sr. Conejo, es evidente que lo necesito urgentemente. Pero eso difícilmente va a ser posible con Elliott durmiendo a escasos centímetros de mí. Aunque ese tipo de mierda enfermiza probablemente le excitaría.

—¿B? ¿Hola?

Me apresuro a parpadear para alejar los pensamientos completamente inapropiados y levanto la vista.

—¿Eh? ¿Qué?

—Te he preguntado si querías ir al baño antes —repite Elliott despacio—. ¿Te parece bien?

—Sí —digo un poco demasiado rápido—. Sí, claro. Todo está muy bien. Todo bien. Top. Mega. Así que, el baño, sí, voy a, um, voy a ir entonces.

Elliott me mira con las cejas levantadas.

Debe de pensar que estoy loca.

Y no es el único…

CAPÍTULO 15

ELLIOTT

CUANDO ME DESPIERTO a la mañana siguiente, la cama está vacía.

A diferencia de mí, B es madrugadora, probablemente por eso lleva levantada desde las seis.

A mí, en cambio, me gusta saborear la hora de acostarme hasta el último minuto.

Pero un vistazo al reloj me dice que ya he dormido más de lo permitido. Después de todo, el entrenamiento empieza en hora y media y no quiero llegar al estadio en el último minuto. Como chico nuevo, tengo que dar buen ejemplo. Sobre todo porque Caiden es el capitán y su novia es la jefa.

Suspiro, echo la manta a un lado y me siento, solo para darme cuenta de que tengo una enorme erección en los pantalones, como todas las mañanas. La diferencia fundamental es que, de momento, no puedo hacer nada. Llego tarde y no sé si a B le gustaría que me masturbara en nuestra cama. Me doy cuenta de que no se nos permite tener otras parejas mientras estemos representando esta falsa relación para todo el mundo. ¿Pero qué pasa con la masturbación?

No hemos hablado de eso.

Pero deberíamos.

El amor propio físico es un tema que no debería ignorarse.

Tomo nota mentalmente para más tarde, abro la maleta, cojo algo de ropa y me dirijo al baño, donde me ducho, me lavo los dientes y me visto.

De camino, oigo risas y charlas en la cocina.

Parece que todo el mundo se ha levantado menos yo. Y todavía es muy temprano.

¿Quién está ya de buen humor y charlando?

Eso no es normal.

Quince minutos más tarde, entro en la cocina, donde Blakely está entregando a los niños sus fiambreras y preguntándoles si han empaquetado todo para el día.

—Buenos días, Beckett —la saludo y le doy una buena palmada en el trasero —. ¿Has dormido bien?

Cojo los copos de maíz que hay en el aparador, agarro el cuenco que me tiende B y cojo la leche que hay en la mesa para completar mi comida favorita.

—Es un gran tazón de cereales —se maravilla Clara mientras me uno a ella en la mesa donde está hojeando un libro—. ¿Tienes tanta hambre?

—Por supuesto —le contesto, masticando—. ¿Cómo si no voy a aplastar a los demás en el hielo, eh?

—¿Aplastarlos? —se pregunta, y enseguida me doy cuenta de mi descuido.

—Clara, cariño, ve a preparar la mochila. Tenemos que irnos enseguida para llegar a tiempo a mi entrevista —me recuerda B en el fondo.

Me giro hacia ella y me limpio la boca con el dorso de la mano porque, una vez más, me estoy atiborrando con tanta avidez que la leche me chorrea por la cara.

—¿Me llevo a los niños? Tengo que ir al estadio de todos modos. Si el colegio está de camino, puedo dejarlos allí —le ofrezco—. Así podrás prepararte la entrevista con tranquilidad.

B ladea la cabeza y se lo piensa.

—¿Estás seguro? Acabas de llegar y...

—Claro. Salimos dentro de cinco minutos —girándome hacia Clara, le digo — coge tus cosas y avisa a tu hermano de que estamos a punto de irnos, ¿vale?

Ella asiente y sale corriendo a buscar a Josh, que salió de la cocina cuando yo llegué.

—¿Puedo coger tu coche o lo necesitas hoy? No me dan el coche hasta finales de semana —le informo a B, que termina su café y pone la taza en el fregadero.

—Tengo que hacer unas averiguaciones sobre Summer hoy a la hora de comer y quiero reunirme con su abogado. Para eso puedo llamar a un Uber y como los niños tienen colegio hasta tarde, deberías estar de vuelta para cuando tenga que recogerlos. Así que adelante, coge el coche. Y gracias, Lio. Aprecio que me ayudes, pero por favor no te sientas obligado. No quiero añadir a tu carga.

—No lo haces. Todo está bien, B —le aseguro—. Dijimos que haríamos esto juntos y ya sabes que no hago las cosas a medias. O se hace hasta el final o no se hace.

B me dedica una dulce sonrisa que siempre me hace sentir como si el sol saliera y me calentara con sus rayos. Luego desaparece con un agradecido ‘*hasta luego*’ escaleras arriba, donde ha instalado su despacho provisional en el dormitorio de Summer.

Termino mi desayuno, me cepillo los dientes una vez más y cojo mi bolsa de entrenamiento antes de llamar a Clara y Josh, que no parecen tener ninguna prisa por llegar al colegio.

Introduzco la dirección del colegio en el móvil y arranco.

Cuando nos detenemos delante del colegio, menos de veinte minutos después, Clara me saluda alegremente al bajarse y, con una gran sonrisa en la cara, corre hacia un grupo de chicas de su edad que están juntas delante de la entrada del colegio charlando.

Josh, en cambio, no se mueve. Se sienta en el asiento trasero y mira obstinadamente al suelo.

—¿No es éste también tu colegio, colega? —le pregunto cuando, treinta segundos después, sigue sentado allí como una figura de un museo de cera.

—Sí.

—Vale, ¿entonces por qué no sales?

Se encoge de hombros.

—No estoy de humor.

Reprimo una sonrisa y le miro por el retrovisor.

—Sé que la escuela es una mierda, créeme. Eso no te impide ir. Todos hemos tenido que pasar por ello y déjame decirte, se acabará antes de que te des cuenta.

—Puede que sí. Aun así, no me apetece —murmura y permanece sentado.

Echo un vistazo al reloj del salpicadero y me giro hacia él con un suspiro. Si no quiero llegar tarde al entrenamiento, tengo que ponerme en marcha, pero no puedo echar al chico del coche.

—¿Hay alguna razón en particular por la que no estés de humor? ¿Una asignatura que te parezca una mierda o algo así?

—A quién le importa.

—Pues a mí sí. Si no, no te lo preguntaría, ¿verdad? —replico.

—No lo sé.

—Pero a mí sí. Si tienes algo en mente, dímelo. Seguro que encontramos una solución.

Miro a Josh, esperando y deseando una reacción por su parte, pero en lugar de eso se desabrocha el cinturón, abre la puerta y salta del coche sin despedirse.

Con la cabeza entre los hombros y la mirada gacha, se aleja en dirección al edificio de la escuela.

Es curioso.

Quiero decir, yo tampoco era un rayo de sol a esa edad y nunca me ha gustado mucho hablar, sobre todo de problemas y cosas emocionales de ese tipo, pero de alguna manera tengo la sensación de que a este chico le pasa algo. Pero no sé qué. Todavía no lo sé.

De momento no puedo hacer nada porque tengo que ir a entrenar. Pero me ocuparé de ello más tarde. Eso es seguro.

Es suficiente que Summer esté en problemas. No hay necesidad de que su hijo estropee las cosas también.



—Tío, ¿ya te estás volviendo loco? —me toma el pelo Shelby mientras me apoyo en los muslos y estiro la espalda después de haber hecho el mismo movimiento por décima vez consecutiva.

—Me estás tomando el pelo. Sólo estoy entrando en calor —respondo—. *Pareces* cansado. ¿Has estado follando toda la noche otra vez?

—Sólo estás celoso porque de momento no follas. Ni con los demás ni contigo mismo —bromea—. ¿Qué se siente realmente? Me refiero a la privación de sexo. ¿No te revienta la polla? ¿O los huevos?

Resoplo burlonamente.

—No todo el mundo está tan cachondo como tú, Shel.

—Puede que no. Pero tú sí. Sé que andas por ahí con una dolorosa erección y la sucia fantasía de correrte duro en algún coño caliente. Así que no me digas nada.

—Y una mierda —siseo—. Estoy durmiendo en una cama con mi mejor amiga. Lo último en lo que pienso es en sexo. Créeme.

—Eso es difícil de entender para mí. B es un jodido abejorro caliente. ¿Por qué no querrías metérsela, eh?

Dejo escapar un gruñido desconcertado ante el estúpido comentario de Shelby.

—Porque es mi mejor amiga, idiota.

Se encoge de hombros.

—¿Y qué? Puedes follártela, ¿no?

Pongo los ojos en blanco y clavo mi bate en el estómago de Shelby.

—Cierra la puta boca para variar, gilipollas y no digas gilipolleces. ¿Qué te parece?

—Mentira mi culo. Estás compartiendo la cama con una tía buenísima y no estás usando tu órgano de apareamiento. Es obvio a quién han jodido en la cabeza aquí. Tu mal humor lo confirma. Así que hazte un favor y saca la frustración de tu pecho. Aumentará tu rendimiento sobre el hielo y tu estado de ánimo fuera de él. Te lo dice alguien que sabe de lo que habla.

¿Podemos hablar del *órgano de apareamiento*? ¿Qué carajos?

—¿Quién entiende qué? —quiere saber Caiden, patinando a nuestro lado y disipando en mi cabeza la pregunta de si Hannah, la hija pequeña de Shelby, podría estar estudiando educación sexual en primaria y si es un poco pronto para eso.

—Le estoy explicando a Lio cómo una vida sexual equilibrada afecta a la vida cotidiana y profesional.

—Quiere que me folle a Blakely.

Caiden se ríe divertido y mira furtivamente en todas direcciones.

—Bueno, ella es oficialmente tu novia ahora. Así que no hay nada en contra.

¿Estoy loco?

No es nada nuevo que Shelby está fuera de sí. ¿Pero Caiden?

Caiden es de lejos el más sensato y adulto de nosotros tres. ¿Por qué iba a seguir la fantasía enfermiza de Shelby?

—Sabes que Blakely es mi mejor amiga, ¿verdad?

—La verdad es que es mucho más de lo que piensas si abrieras los ojos, colega —refunfuña Caiden, intercambiando una mirada significativa con Shelby.

Vale. Ahora es oficial: yo no estoy loco, mis hermanos sí. Los dos tienen claramente el techo dañado. Muy gravemente, por cierto.

¿Yo y B?

Eso es ridículo, por no decir completamente absurdo.

CAPÍTULO 16

BLAKELY

DOY las gracias al conductor de Uber que me deja en casa y suspiro mientras abro la puerta principal.

Menudo día. Me siento agotada y cansada, a pesar de que es primera hora de la tarde.

Después de la entrevista, tuve teleconferencia con un famoso actor que se encuentra actualmente en un viaje de autodescubrimiento por la India y tres reuniones más antes de tener que ir al centro para reunirme con el abogado de Summer.

Aunque todavía no hay indicios de si Summer saldrá de la cárcel y cuándo, al menos ahora sabemos cómo la localizó el FBI y de qué la acusan.

Resulta que había un topo en el estrecho círculo de hackers en el que Summer es activa, que se ha ganado la confianza de los miembros a lo largo de los años y, por lo tanto, fue capaz de reunir un montón de pruebas abrumadoras contra el Círculo Interno. Una operación así no se hace de la noche a la mañana. Se necesita preparación, paciencia y experiencia.

El FBI planeó y ejecutó meticulosamente esta operación durante años. Hasta que las pruebas fueron herméticas y se pudo acceder sin riesgo.

Summer no es la única que ha sido arrestada.

Sin embargo, el hecho de que ella, entre todas las personas, haya sido acusada de espionaje es una astuta jugada de las autoridades. Al fin y al cabo, se enfrenta a una pena de prisión extremadamente larga y severa.

Sin embargo, lo que las autoridades ignoran hábilmente es que Summer espió a una empresa farmacéutica que saboteó deliberadamente la aprobación de un prometedor medicamento contra el cáncer. Un medicamento mucho más eficaz y barato que el suyo.

Para no poner en peligro sus ingresos récord y los beneficios que conllevaban, la empresa prefirió aceptar la muerte prematura y agónica de

decenas de miles, por no decir cientos de miles de personas.

Un desastre que Summer destapó y dio a conocer, sabiendo perfectamente que desencadenaría un terremoto.

Por supuesto, leí sobre el escándalo en los periódicos y lo vi en la televisión, pero no me di cuenta de que Summer estaba detrás.

Tuvo mucho cuidado porque no quería involucrar a nadie y porque sabía que era una batalla de David contra Goliat. Pero obviamente la cautela que tuvo no fue suficiente.

Me enfurece que se la castigue por una buena acción como ésta.

Los ciudadanos merecen saber que los peces gordos les mienten y les joden de cabo a rabo. La única manera de llamar la atención de los políticos es hacer públicos estos escándalos. Sólo así se puede ejercer la presión necesaria para que las fuerzas del orden reaccionen y actúen con prontitud.

Sería ingenuo creer que harán algo al respecto si les escribes una bonita carta señalándoles educadamente estos juegos sucios.

Por desgracia, esta amarga constatación no nos sirve de nada.

Porque ahora un buen consejo sale caro.

El abogado dice que está intentando negociar un acuerdo.

Summer es extremadamente inteligente y capaz. El FBI necesita gente así.

Sin embargo, dudo que Summer considere trabajar para las autoridades.

Entonces tendría que someterse a normas y leyes y eso es exactamente contra lo que lucha con tanta vehemencia.

Puede que no tenga más remedio que aceptar un trato si quiere volver a ver a sus hijos antes de que crezcan.

Resignada, me quito el incómodo y odiado traje de negocios con el que me he apretado para la cita en la ciudad para parecer más respetable y me quito la incómoda ropa interior que me corta justo por dentro.

Estoy impaciente por volver a ponerme por fin mi acogedora sudadera.

Antes de hacerlo, me dejo caer de nuevo sobre la cama con un resoplido y cierro los ojos un momento.

Los últimos días han sido agotadores y angustiosos. Estoy visiblemente agotada. De alguna manera también bastante deprimida. Por Summer, que se pudre en la cárcel y está separada de sus hijos. Por sus hijos, que necesitan a su madre y la echan de menos.

¿Por qué el mundo en el que vivimos es tan injusto?

¿Por qué la justicia es sólo una palabra sin sustancia?

¿Por qué se castiga a la gente con buenas intenciones y se recompensa a la gente con malas intenciones?

Probablemente nunca lo entenderé.

El dinero gobierna el mundo. No hay refrán que contenga más verdad que éste.

Pero odio esta mierda de dinero. No trae más que ira, envidia y resentimiento.

¿Por qué no podemos dejarlo en el trueque de hace mil años, eh?

Tres cabras por una vaca. Un plátano por una manzana. Cinco flechas por un arco.

No necesitarías una cuenta bancaria. Tampoco préstamos. No habría política de tipos de interés. Tampoco habría ladrones de bancos y, por tanto, mucha menos delincuencia.

Sí, el mundo sin dinero sería un lugar mejor. Hasta suena lindo. Bueno, si eso no es una señal, no sé lo que es.

Suspiro cabizbaja y sacudo la cabeza.

Estoy un poco sobreexcitada en este momento y no parece que eso vaya a cambiar pronto.

Aunque pensaba que mi vida sería más fácil con la llegada de Elliott, ocurre exactamente lo contrario.

Su presencia me molesta y me hace sentir completamente confundida.

La diferencia entre vecino y compañero de piso es más significativa y mucho más grave de lo que esperaba.

Dormir en una cama con Elliott, sentir su aliento en mi cuello, que me toque con su pie en la pantorrilla mientras duermo, es extraño. Desconocido. Confuso.

Despierta sentimientos en mí que no deberían estar ahí. Sentimientos que me mantienen despierta y me roban el sueño. Sentimientos que despiertan fantasías en mí. Fantasías prohibidas y oscuras.

Estiro los brazos y las piernas con frustración y mantengo los ojos cerrados.

El caos reina en mi interior. Parece un tiovivo girando a gran velocidad y daría cualquier cosa por detenerlo un momento.

Inhalo y exhalo lenta y profundamente. Me obligo a bajar el ritmo y calmarme.

Efectivamente, al cabo de un rato, siento que me aflojo y que los párpados me pesan. Antes de darme cuenta, me dejo llevar por una siesta profunda y reparadora.

CAPÍTULO 17

ELLIOTT

LA CASA ESTÁ en silencio cuando llego a casa a primera hora de la tarde y tiro la maleta a un rincón.

Llamo a B, pero no contesta.

Probablemente sigue en la ciudad. Eso explicaría también por qué no ha respondido a mi mensaje de texto.

Le he mandado un mensaje hace media hora para decirle que me voy a casa y que hoy me entregan dos motos que voy a guardar en el garaje de Summer para poder trabajar en ellas.

En realidad quería alquilar una pequeña nave en el polígono industrial especialmente para este fin, pero no me siento cómodo dejando a B con los niños para dedicarme a mi hobby. Bastante tengo con no estar casi nunca en casa debido a los entrenamientos de hockey sobre hielo y a los diversos partidos que se avecinan. No necesito aprovechar mi tiempo libre y descargar todo mi trabajo y responsabilidades en B.

Me dirijo al dormitorio para cambiarme para la entrega de las motos y darme una ducha rápida antes. Como la empresa de transportes no me ha podido dar una hora exacta para la entrega, me salto la ducha del estadio para llegar antes a casa.

En el pasillo, me quito el jersey y los pantalones para ganar tiempo y estoy a punto de tirarlos junto a la cama cuando me detengo bruscamente al cruzar el umbral y casi me da un infarto.

¿Qué diablos pasa?

Hay una mujer tumbada en mi cama.

Una mujer *desnuda*.

Con las piernas abiertas.

Los brazos extendidos.

Completamente inmóvil.

¡Mierda!

¿Está... está muerta?

Salgo de mi estado de shock y me apresuro a acercarme, sólo para dar marcha atrás con la misma rapidez al momento siguiente y poco después golpearme fuertemente la espalda contra la pared, donde me golpeo la cabeza y empiezo a maldecir en voz baja y con rabia.

¡Mierda!

Eso es… ¡eso es B!

La mujer desnuda. Yo... ¡ella es... ella es B!

Oh. Dios. Dios.

¡B tiene pechos! Y... y un coño. Uno bien afeitado. Ahora está bien abierto y brillante delante de mí, así que todo lo que tengo que hacer es ir a la cama y arrodillarme para lamerlo y chuparlo con avidez.

¡Joder!

¿Lamerla y chuparla?

¿Qué clase de pensamientos pervertidos se están formando en mi cabeza ahora mismo?

¡No voy a lamer a mi mejor amiga! Ni siquiera cuando su coño prácticamente me invita a darme un festín.

Trago saliva y siento cómo se me hace un nudo en la garganta y se me pone dura la polla.

Esto está mal. Absolutamente mal. Más que mal.

Por qué sigo levantando la barbilla y dejando que mis ojos vaguen por el cuerpo desnudo de B en lugar de abandonar la habitación a toda prisa es un misterio para mí.

Me digo a mí mismo que sólo mantengo la vista en sus pechos llenos y pesados para ver si su pecho sigue subiendo y bajando.

El hecho de que ahora me acerque más a ella se debe únicamente a que no puedo saber desde la distancia si sigue respirando o no.

Quiero decir, no es normal que se tumbara desnuda en la cama a plena luz del día sin ninguna razón, y que estirara cada parte móvil de tu cuerpo, ¿verdad?

Tal vez se enfermó y perdió el conocimiento.

Entonces sería mi deber como su mejor amigo darle respiración boca a boca.

¿O no es eso lo que se hace con la gente que se desmaya?

Mierda, ¡no tengo ni idea!

Rebusco en mi memoria mi último curso de primeros auxilios, pero está todo borrado. Todo lo que encuentro son granos de arena. Tantos que fácilmente hay para todo un desierto.

Escéptico y ansioso al mismo tiempo, me inclino sobre B y le pongo dos

dedos temblorosos en la carótida cuando, de repente, abre los ojos y los dos empezamos a gritar de asombro.

—¿Por qué estás desnudo? —exclama B, enderezándose bruscamente.

—¿Por qué *estoy* desnudo? —grito yo, atónito—. ¿Por qué estás *tú* desnuda?

—¿Yo? Yo no... empieza B y se mira a sí misma, sus ojos marrones, que recuerdan a la caoba, se ensanchan horrorizados.

Tira bruscamente del edredón sobre el que está sentada para cubrirse con él, al tiempo que levanta el trasero para sacar el edredón de debajo. Pero en su pánico, está tan excitada que pierde el equilibrio y cae al suelo como un saco mojado.

Sin manta.

Con un *suspiro*, B cae a mis pies.

—¿Qué demonios estás haciendo? ¿Te has hecho daño? —murmuro, desconcertado y abrumado al mismo tiempo, e inclino la parte superior de mi cuerpo hacia ella para ayudarla a levantarse.

Sin embargo, no caí en cuenta de que no sólo B, sino que yo también, estaba desnudo y de que mi polla colgaba ahora justo delante de su cara, a escasos centímetros de su boca, que ella abre de par en par atónita al verme.

—¡Joder! —grito, doy un salto hacia atrás y me golpeo el coxis con la cómoda, que habría jurado que no estaba allí hace un minuto. Si esto sigue así, me quedaré en el banquillo lesionado el resto de la temporada. Primero la cabeza, ahora el coxis.

Maldiciendo, me froto la espalda y veo la mirada de B. Se fija en mi polla desnuda, que sigue medio erecta a pesar de este enorme desastre.

—¿Por qué la tienes dura, Lio? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué la tengo dura? ¿Qué clase de pregunta es ésa?

De todas las cosas que podría haber preguntado, ¿eso es lo que quiere saber?

—No es una erección —miento—. Si lo fuera, sería mucho más larga. ¿Y por qué me miras la polla?

—Probablemente es difícil evitarlo cuando me la estás dando en la cara.

—¿*Qué* estoy haciendo?

Me quedo boquiabierto y estoy a punto de replicar cuando suena el timbre y B y yo nos sobresaltamos.

La empresa de transportes... me viene a la cabeza. Justo en el momento adecuado.

Mierda, ¿cómo se puede estar tan agradecido?

—Mis motos. Debería abrir —señalo por encima del hombro con el pulgar, aunque la puerta principal está en la dirección exactamente opuesta.

Dios mío, estoy loco. Cualquiera diría que tengo catorce años y nunca he

visto a una mujer desnuda.

Me apresuro a coger la ropa sudada que está en el suelo, junto a la puerta, y me la pongo con cara de asco.

Cuando miro por encima del hombro, B está sentada en la cama, con la manta echada sobre el cuerpo y mirándome descaradamente.

—No me estarás mirando el culo ahora, ¿verdad?

—Claro que no —protesta indignada, pero no se me escapa el brillo travieso que siempre brilla en sus ojos cuando miente.

Me estaba mirando. Claramente.

Primero a mi polla. Y luego a mi culo.

Y no sé qué me parece peor: que me esté examinando tan a fondo o que me pregunte cómo me irá en su escrutinio.



Desmonto estoicamente mi Harley, a pesar de que es absolutamente apta para la carretera y no requiere ninguna intervención mecánica.

Sin embargo, la desmonto completamente una vez, limpio cada pieza y la vuelvo a atornillar.

Lo hago porque me tranquiliza. Sobre todo, porque me distrae de lo que ha pasado esta tarde.

Del incidente que me gustaría borrar de mi cerebro para que no se convierta en algo permanente.

¿Por qué sigo visualizando a mi mejor amiga desnuda tumbada en nuestra cama con las piernas abiertas?

Es enfermizo.

B es un tabú para mí. Es intocable, casi como una hermana.

Nunca debería haberla visto así. Ahora que lo he hecho, esa imagen se me ha quedado grabada para siempre.

Ah, joder, grito enfadado y tiro el destornillador al rincón con una floritura, aunque lo necesito para desatornillar los tornillos del soporte.

Estoy a punto de levantarme de mis cuclillas para recuperarlo cuando veo que Josh se agacha y lo recoge por mí.

¿De dónde ha salido? ¿Y cuánto tiempo lleva aquí?

Como estoy trabajando de espaldas a la puerta del garaje, no le he visto ni oído.

—Hola amigo —le digo sorprendido—. ¿Estás bien?

Asiente con la cabeza, viene hacia mí y me mira escrutadoramente.

Yo le devuelvo la mirada.

Pasan unos segundos y nadie dice nada. Entonces Josh me da el destornillador sin decir nada.

—Gracias, tío. ¿Quieres ayudarme?

Se encoge de hombros.

—Como quieras.

—¿Sabes algo de motos?

Niega con la cabeza, consternado.

—Eso no importa. Todos empezamos de cero. Nadie nació perfecto y omnisciente. Así que ven aquí. Te explicaré cómo quitar las bujías. Además del destornillador, también necesito la llave de bujías. Esa de ahí es la plateada. La que tiene la abertura redonda. ¿Puedes dármela?

Josh entrecierra los ojos y busca en mi caja de herramientas la herramienta adecuada.

Espero a que la encuentre. Entonces le explico cómo se quitan las bujías, por qué se hace y para qué se necesitan.

Trabajamos codo con codo durante un buen rato, concentrados, yo soy el que más habla y Josh sólo tararea de vez en cuando o asiente con la cabeza.

Tengo que admitir que se parece mucho a mí. Si no se trata de hockey sobre hielo o de motos, cuento mis palabras una por una, así que es normal que no me balbucee, sino que simplemente me haga compañía en silencio mientras comparto con él mis conocimientos sobre motos.

También me distrae y, por primera vez desde el incómodo encuentro con B, consigo desterrarla de mi mente y dirigir mis pensamientos en otra dirección.

Al menos es un pequeño rayo de esperanza. Aunque probablemente no dure.

CAPÍTULO 18

BLAKELY

DESPUÉS DE RECOGER a los niños del colegio los llevo a tomar un helado, a pesar del tiempo más bien invernal, y retraso el viaje de vuelta a casa todo lo posible.

Ahora llevo un rato sentada en mi estudio, mirando fijamente a la pared.

Estoy sorprendida. Y confundida. Y completamente abrumada. Aunque en realidad, eso es lo mismo que estar confundida, ¿no?

Ni idea.

¿He dicho ya que estoy confundida? ¿Y abrumada?

¿Qué demonios ha pasado hoy a la hora de comer?

En realidad, sólo quería descansar un poco antes de volver a sumergirme en el ajetreo de la vida cotidiana, que actualmente me tiene bastante ocupada con las preocupaciones por Summer y la responsabilidad por Clara y Josh. Pero me habré quedado dormida.

Desnuda. Y completamente agotada.

Lo siguiente que recuerdo es a Lio. También desnudo. Con una mirada crítica, ligeramente asustada. Inclinado sobre mí. Dos dedos presionando mi carótida.

Mierda, solo de pensarlo me pongo tan roja como un náufrago en la costa de África después de dos semanas sin crema solar en una balsa de madera.

¿Cómo voy a volver a mirarle a los ojos?

Le miré fijamente, le maldije.

Absorbí su mirada en lugar de bloquearla, como debería haber hecho.

Aquellos músculos, como cincelados. Tan perfectos, duros y sexys.

Me limpio apresuradamente las comisuras de los labios con el dorso de la mano, temiendo empezar a babear al recordar el poderoso cuerpo tatuado de Elliott.

Luego esos piercings. Sabía que tenía perforadas las orejas y que también

tiene un piercing en la nariz.

Pero el hecho de que ahora tenga ambos pezones perforados y que me resulte excitante en lugar de terriblemente doloroso es nuevo y extremadamente preocupante.

Si no lo conociera, podría decirse fácilmente que me gusta mi mejor amigo.

Pero estamos hablando de Elliott Sloane, por el amor de Dios.

El tipo no es mi tipo. Sólo el hecho de que sea un jugador profesional de hockey y un adicto a la adrenalina lo pone al límite.

No confío en ningún jugador de hockey sobre hielo y soy extremadamente consciente de la seguridad.

¿Por qué iba a subirme a una moto que no tiene ninguna zona de deformación y acelerar por la autopista con una camiseta ondeante mientras la muerte silba a mi lado frotándose las manos?

¿O saltar de un avión y retrasar la apertura del paracaídas hasta el último segundo? Si Dios hubiera querido que la gente volara, les habría dado alas. Es lógico, ¿no?

Y también es imposible que yo bucee con tiburones. ¿Por qué iba a acercarme voluntariamente a un monstruo que tiene hasta quince filas de dientes y 30.000 colmillos? No soy estúpida. Tampoco necesito una experiencia cercana a la muerte para sentirme viva.

Elliott hace todo eso y más.

También le gusta el heavy metal y el rock. Cuanto más fuerte, mejor. Mientras que yo prefiero Taylor Swift y Miley Cyrus.

Mi vida sexual, que sigue el modelo de la evolución de la Coca-Cola: primero normal, luego light y luego cero, contrasta con la mierda extravagante que le gusta a Lio.

Hace unos años, durante uno de sus partidos fuera de casa, cuando se suponía que yo estaba buscando en su habitación una entrada para un concierto que se había olvidado de enviar a Shelby, abrí accidentalmente el cajón equivocado y encontré dentro todo un arsenal de juguetes sexuales.

Butt plugs. Látigos. Vibradores. Esposas. Pinzas para pezones y muchas otras cosas que ni siquiera sabía lo que eran.

El sexo vainilla, eso es seguro, no es para Lio.

Él folla como vive: al límite.

—¿Tía B? —la voz de Clara resuena en el despacho reconvertido y me hace estremecer.

Me agarro el pecho y exhalo ruidosamente.

—¿Estás bien, tía B? —pregunta ansiosa.

Esbozo una sonrisa forzada.

—Por supuesto, cariño. Mi mente estaba en otra parte.

Con látigos, vendas en los ojos y bolas de orgasmo, para ser precisos.

Pero una niña de seis años no necesita saberlo.

—¿Sabes dónde está Josh? —pregunta, frunciendo el ceño—. Quería que me ayudara a aprenderme el poema de memoria.

—No tengo ni idea de dónde está. Pero, ¿por qué no lo buscamos juntas?

Agarro la mano de Clara y juntas buscamos en el salón, en la cocina y luego en la habitación de Josh.

Pero no le encontramos.

—¿Dónde más podría estar? —reflexiono en voz alta y echo un vistazo en el jardín delantero.

Ya es de noche y casi la hora de cenar. No creo que Josh haya salido a jugar. También porque hemos acordado que me avisará antes de salir a patinar o de quedar con sus amigos.

Mientras sigo pensando en ello, oigo ruidos procedentes del garaje vecino y mis pensamientos vuelven inmediatamente a Lio.

Hace unas horas le han entregado dos o tres de sus queridas máquinas y desde entonces está encerrado en el garaje.

Creo que mientras yo iba a recoger a los niños al colegio, él se ha duchado y se ha cambiado de ropa. Al menos eso es lo que sugiere la toalla mojada en el tendedero. Pero desde que salió del dormitorio a toda prisa, no he vuelto a verle ni a hablar con él.

Deliberadamente, eso sí.

Me doy cuenta de que esta estrategia no funcionará siempre. Al fin y al cabo, compartimos cama. Aunque la sola idea de acostarme bajo el mismo edredón con Lio esta noche me haga sentir muy diferente. Calor, frío y náuseas.

Clara tira de mí hacia el garaje y, aunque no quiero ir allí, me doy cuenta de que es uno de los pocos sitios donde no hemos buscado a Josh.

Es muy posible que quisiera ver en qué andaba Lio.

En efecto. Cuando abro la puerta, descubro a Elliott y Josh trabajando en la moto de Elliott, completamente absortos en su trabajo.

Elliott da instrucciones a Josh y le elogia cuando consigue llevarlas a cabo. Aunque Josh no dice nada, me doy cuenta de lo orgulloso que está y del esfuerzo que hace.

¿Quién iba a pensar que podría entusiasmarle el tema de las motos?

Elliott lleva unos pantalones cargo negros y desgastados con bolsillos y una sudadera igualmente negra y deslavada. Si no supieras que es un famoso jugador de hockey sobre hielo, podrías pensar que es mecánico. Uno bastante listo, pero no vayamos por ahí.

—¡Josh! ¡Ahí estás! Creía que ibas a ayudarme con mi poema —grita Clara, atrayendo su atención hacia nosotros.

Elliott gira la cabeza y levanta la mirada.

Cuando sus ojos se encuentran con los míos, me sonrojo y bajo la mirada apresuradamente.

Qué bien.

¿Será así para siempre?

—La cena en media hora —murmuro y me meto las manos en los bolsillos del pantalón, avergonzada.

—¿Necesitas ayuda? —refunfuña Elliott, poniéndose de pie y dándose palmaditas en los muslos—. En realidad ya hemos terminado aquí.

—No, no. No pasa nada. No es mucho trabajo —sopeso, porque de ninguna manera quiero a Elliott cerca de mí.

Simplemente no sé cómo tratar con él.

—¿Hay algo más que pueda hacer? —pregunta.

—Tú, ¿podrías llenar la lavadora y encenderla? —digo tímidamente.

—Claro, no hay problema —Elliott se encoge de hombros sin impresionarse y, a diferencia de mí, parece completamente frío y tranquilo—. Josh y yo ordenaremos aquí rápidamente y luego iremos.

—De acuerdo —respondo, graznando y con ganas de darme una patada por estar tan nerviosa—. Clara, ¿quieres que te ayude con tu poema mientras tanto?

Clara asiente con entusiasmo.

—Ah, sí, tía B.

—Venga, entonces. Empecemos.

Agradecida por la salida que me da Clara, salgo del garaje con ella y pongo la tan necesaria distancia entre Elliott y yo.

Cuesta creer que un solo encuentro pueda cambiarlo todo.

¿Qué es *todo*? ¿Qué significa *todo*?

No me reconozco.

De alguna manera no sé nada en este momento. Excepto que estoy en un gran aprieto.

CAPÍTULO 19

ELLIOTT

CUANDO ENTRO en el dormitorio esa noche, Blakely ya está dormida.

O eso, o al menos finge estarlo.

Durante la cena, evitó hábilmente mirarme e incluso cuando acostamos a los niños, hubo una distancia inusual entre nosotros. Después, se despidió con la excusa de que le dolía la cabeza, mientras yo veía una película tras otra en el salón para distraerme del hecho de que bailábamos el uno alrededor del otro como dos acróbatas de la cuerda sin asegurar a diez metros de altura.

Por primera vez desde que nos conocemos, hay algo raro entre nosotros.

¿Por qué?

Porque hoy nos hemos reconocido como lo que somos: hombre y mujer.

Puede que ahora suene estúpido, porque por supuesto yo ya sabía que B no era un neutro. Pero nunca me fijé en sus pechos y suprimí con éxito el hecho de que tiene un coño brillante y bien depilado.

Hasta ahora.

Me siento igual que cuando me masturbé por primera vez a los once años. Nada fue igual después de aquello. Antes de eso, no tenía ni idea de lo que se podía hacer con esa cosa que tenía entre las piernas, aparte de mear. Toda mi maldita visión del mundo cambió aquella noche.

Eso es más o menos lo que siento por B ahora.

Era como una hermana para mí. Una maldita santa.

Y ahora no puedo sacarme de la cabeza la imagen de ella desnuda en la cama.

No es que haya deseado en mi vida que una mujer en mi cama llevara más tela y enseñara menos piel. Pero en el caso de B, sí.

Quiero borrar esta tarde de mi mente. Pulsar el botón de reinicio. Pero en vez de eso sigo dándole al botón de repetir. ¿Cómo demonios es posible?

Me desvisto casi en silencio y, de repente, me siento reacio a irme a dormir

solo con los calzoncillos. Como mis pantalones de chándal y mis camisetas están en algún lugar del armario y tendría que encender la luz para encontrarlos, no me queda más remedio que tumbarme junto a B sólo con los calzoncillos. Los pantalones cargo están sucios y son incómodos, y la sudadera es claramente demasiado abrigada.

Intento deslizarme bajo la manta sin moverla, lo que es imposible, pero no por ello dejo de intentarlo.

Cruzo los brazos detrás de la cabeza, miro al techo e intento dominar la tormenta de emociones que tengo dentro.

De hecho, pensaba que el cambio a otro equipo de hockey profesional me supondría un reto, pero eso es una broma comparado con los retos personales a los que me enfrento aquí.

B es la única persona en mi vida a la que confío todo. Ni siquiera tengo ese vínculo con mis hermanos y quiero a mis hermanos más que a nada.

Por supuesto que también quiero a Ruby, pero a la pequeña dragona sólo le digo lo mínimo porque es muy fácil hacerla respirar fuego.

Con B es diferente. No me juzga. No me grita. Tampoco me pega con mi palo de hockey.

No quiero que nada cambie entre ella y yo y, sin embargo, siento que no está en mis manos. Que es demasiado tarde para eso, no importa cómo me sienta al respecto o lo que quiera.

No entiendo por qué.

B no es mi tipo en absoluto.

Me gustan las mujeres seguras de sí mismas que muestran lo que tienen y toman lo que quieren.

Minifaldas de cuero y tops bandeau en lugar de holgados jerseys y pantalones de chándal con estampado de alce. Una melena larga y salvaje en lugar de una coleta funcional. Tacones altos en lugar de zapatillas sanas. Pintalabios rojo fuego en lugar de bálsamo labial vegano. Uñas artificiales afiladas que arañan mi piel con fuerza y avidez durante el sexo.

Puede que sea superficial y machista, pero no busco una mujer para toda la vida, solo una mujer para una noche.

Para mí, se trata de sexo, no de amor.

Siempre recibí mi amor de B cuando bajaba a su casa al día siguiente después de una noche salvaje y me relajaba con ella.

Nunca me perdí nada porque sabía que B estaba ahí para mí. Siempre.

Como ella nunca tuvo novio en todos esos años y ni siquiera se lo planteó, supuse que nada cambiaría en mi situación.

Ahora no es culpa de otro chico que nada entre nosotros sea como antes, sino

el hecho de que los límites entre el amor y el sexo han cambiado. Al menos para mí.

No se puede negar que se me pone dura al ver a B. Que me pone cachondo. Que sus pechos llenos, su coño afeitado y su cuerpo curvilíneo y sedoso me la ponen dura.

Ella es diferente a las mujeres que suelo tener en mi cama.

Es natural, no artificial. No tiene estilo, pero es hermosa. Ella es familiar y no anónima. No es un cascarón vacío e intercambiable, sino una de las cosas más importantes de mi vida.

Ahora que me estoy dando cuenta de esto lenta pero inexorablemente, de repente hay algo más aparte del afecto y el amor que siento por ella. Algo que no debería estar ahí, que nunca debió estar ahí: deseo ardiente.

No puedo creer que esté pensando en cómo sería acostarme con ella, pero los pensamientos de mi cabeza cobran vida propia y se rinden a esta idea prohibida. Para mi horror, me gusta lo que veo en mi mente.

B, debajo de mí, abierta de par en par y lista. Me rodea con sus delgadas piernas mientras me deslizo dentro de ella y me besa profundamente mientras la penetro suavemente y nos llevo al clímax.

Por primera vez desde que tengo memoria, no es un polvo duro e insensible lo que me pone cachondo, sino un tierno e íntimo acto de amor.

Debo de estar realmente loco para ceder a esta idea y empezar siquiera a considerarla.

Quizá sea por la congestión de esperma que no sólo me paraliza el cuerpo, sino también el cerebro.

No hay otra explicación para que me quede despierto hasta tan tarde y fantasee con cómo sería enterrarme en mi mejor amiga en lugar de descansar para la sesión de entrenamiento de mañana.

Una cosa es segura: esto no puede seguir así.

Ni hablar.

Algo tiene que cambiar. La única pregunta es: ¿qué?



Dios, qué sensación tan maravillosa.

Suspiro satisfecho y aprieto con más fuerza el cuerpo cálido y suave que tengo delante. Froto mi erección contra el tentador bulto con fruición y jadeo ahogado por el placer que se acumula en mi interior.

Los suaves gemidos de la mujer a la que presto atención me animan a deslizar la mano hasta su entrepierna y palpar su centro.

Extrañamente, hay tela donde debería haber piel desnuda.

Así que busco un resquicio con los dedos y vuelvo a deslizarme hasta la caliente raja que me acoge con avidez.

Mientras mi polla se frota provocativamente contra el apretado culito y se agranda visiblemente bajo la fricción, mis dedos se bañan en la cálida humedad y rodean la pequeña y tentadora abertura, también conocida como la puerta del paraíso.

Introduzco el dedo índice en la abertura y gruño suavemente porque está muy apretada. Me encantan los coños estrechos. Estirarlos es un auténtico festín. La forma en que aprietan mi polla cuando me introduzco en ellos es como de otro mundo.

No voy a caber, tan apretado como está este pequeño.

Así que me ayudo con el dedo corazón y le meto suavemente dos dedos mientras mi pulgar acaricia su clítoris.

Mi otra mano se desliza por debajo de su camisa y encuentra un pecho suave y lleno que se siente perfecto en su interior.

—Oh, sí —gime la mujer en mis brazos y se arquea hacia mí, arqueando la espalda y acurrucándose contra mí.

Un aroma familiar a jazmín y azahar me inunda la nariz mientras su pelo me hace cosquillas en la cara y, de repente, mi sueño erótico se desvanece como el experimento fallido de la clase de química del instituto que hizo saltar por los aires todas las ventanas.

Abro los ojos sobresaltado y me doy cuenta de que no es un sueño. Al menos no un sueño erótico, sino mi pesadilla personal.

En mis brazos está dormida B, que obviamente está tan enamorada de nuestra pequeña comedia romántica como lo estaba yo hasta hace cinco segundos.

Pero a diferencia de mí, aún no se ha dado cuenta de que esto no es un sueño, es la puta realidad.

Bruscamente, saco mis dedos de su coño y mi mano de su pecho, ganándome un bufido de desaprobación.

Joder.

Estoy jodido.

Mi polla palpita y palpita en mis pantalones. Quiere hacer su jugada. Que se olvide.

No me voy a follar a mi mejor amiga. Me basta con haberla tocado con los dedos, agarrado sus pechos y frotarme contra ella.

Voy a ir al puto infierno por lo que acabo de hacer. Quiero decir, no es que yo no iría allí de todos modos. Mi montaña de pecados es más alta de lo que cualquier escalera al cielo podría ser jamás, pero voy a asarme como un pollo en el fuego del infierno por esa acción. Mucho más allá de la corteza crujiente marrón.

Lo más silenciosamente posible, salgo de la cama como un ladrón y me escabullo hasta la cocina, donde me preparo un café y me doy cuenta de que sólo son las cinco de la mañana.

No puede ser verdad.

Cuando amanece, llevo dormido unas tres horas y así es exactamente como me siento.

Como si me hubiera pasado por encima un tren de mercancías seguido de una brigada blindada.

Me duelen todos los músculos. Siento un desagradable tirón detrás de las sienes. Y me arden los ojos. También tengo la sensación de tener el cerebro entre algodones, pero también puede ser porque tengo la polla llena de sangre.

Me encantaría coger mi equipo y dirigirme al estadio para refrescarme en el hielo.

Pero el estadio no estará abierto tan temprano y, además, hoy me he ofrecido a llevar a los niños al colegio para que B pueda trabajar y reunirse con el abogado de Summer.

Así que no me queda más remedio que esperar a que se me pase la erección y confiar en que B no recuerde este sueño cuando se despierte, aunque parece que le ha gustado mucho, a juzgar por sus dulces gemidos.

¿Se lo digo?

¡No!

¡Joder, no!

Lo que debería hacer es olvidarme de esto rápidamente. Debería comprarme una esterilla y dormir en el suelo a partir de ahora.

Idealmente, también debería cercarme. Ya que estoy, también debería castrarme. Más vale prevenir que curar.

Me sirvo el café y miro por la ventana hacia la oscuridad.

¿Qué me está pasando ahora? ¿Con *nosotros*? ¿Y a dónde nos va a llevar esto?

Decido que pediré consejo a Caiden después del entrenamiento.

Quizá pueda alejarle de su reina para comer y contarle mi dilema.

No soy muy hablador y hablar de sentimientos y esas tonterías no es propio de mí pero ahora mismo estoy metido en un buen lío y no tengo ni idea de cómo salir de él.

Como Caiden es una de las personas más inteligentes y sensatas que conozco, estoy seguro de que sabrá qué hacer.

A diferencia de Shelby, que ya sé lo que me aconsejaría hacer. Silbaría apreciativamente, se reiría sucio y me animaría a hacer B con todos los trucos del libro.

Pero eso no es una opción.

¿O sí lo es?

CAPÍTULO 20

BLAKELY

—PROHIBIDO EL CONTACTO FÍSICO —gruñe el agente de la ley mientras atraigo a Summer entre mis brazos, sin querer soltarla nunca más.

Le dirijo una mirada furiosa y deseo que la próxima vez que tenga contacto físico consigo mismo se le caiga la polla, pero suelto a Summer a regañadientes porque no quiero arriesgarme a que me escolten a la salida. Llevo demasiado tiempo trabajando para llegar a este momento.

—¿Cómo estás? —susurro mientras nos sentamos a la mesa de madera sin adornos con dos sillas sencillas y lúgubres.

—Quiero salir de aquí —murmura, frotándose la cara con cansancio—. No soy una criminal, maldita sea.

—No susurres —advierte molesto, lo que le vale otra mirada furiosa combinada con otra silenciosa: *métete en tus asuntos*, de mi parte.

—Estoy en ello —digo ahora un poco más alto, para que el nervioso se relaje.

—¿Cómo están Clara y Josh? —quiere saber Summer preocupada.

—Bien. Pude decirle a Clara que tuviste que viajar por trabajo. Todavía no lo ha cuestionado, aunque probablemente no podré retrasarla mucho más sin que quiera hablar contigo. Hasta ahora le he dicho que no hay internet donde estás y, como es muy valiente, lo acepta. La única pregunta es cuánto tiempo más. Josh, bueno, ya lo conoces. Lo resuelve todo consigo mismo. Sabe que algo va mal, pero no deja que se le note.

Summer suspira y mira al techo para que las lágrimas que brillan en sus ojos no salgan de ellos.

Debe de ser horrible estar separada de tus hijos. Ojalá pudiera hacer algo más que cuidarlos y esperar a que el abogado de Summer los saque de allí.

—Gracias por cuidar de todo, B. No sé cómo podré compensarte —dice Summer con fuerza.

—No lo sé. Una amistad se caracteriza por dar sin esperar nada a cambio. Yo soy feliz haciendo eso, Summer. No espero nada de ti a cambio, ¿vale?

Ella asiente.

—Gracias, B. Eres la mejor persona que conozco. Sé lo difícil que es cuidar de los niños como madre soltera. Especialmente en plural.

Me muerdo el labio inferior con una sonrisa y no le digo a Summer que probablemente no habría conseguido la custodia temporal de Clara y Josh por mi cuenta y que, por lo tanto, tengo que contar con la ayuda de Lio. Con un grano en el culo para escuchar, no puedo arriesgarme a que la reacción de Summer descubra la mentira.

Quién sabe quién más nos está mirando y escuchando. Después de todo, Summer fue pillada por el FBI. Es bastante probable que hayan puesto micrófonos a Summer por todas partes. Es probable que incluso le hayan implantado un microchip para poder espiarla cuando va al baño y pajearse en el proceso.

¡Pajeros!

—Me gustan mucho Clara y Josh. Por eso no es una carga para mí pasar tiempo con ellos. No te preocupes por eso. Concentrémonos en sacarte pronto de aquí, ¿vale?

—Está bien —murmura Summer, respirando hondo.

—Te están tratando muy bien, ¿sí? Porque si no, entonces yo...

Summer pone sus manos sobre las mías, pero las aparta de nuevo cuando el desesperante carraspea ruidosamente en la esquina.

Pongo los ojos en blanco, reprimiendo el impulso de darle el dedo corazón y decirle que se relaje.

—Estoy bien. Sinceramente, B. Solo echo de menos a mis hijos. Eso es lo que realmente me deprime. No me importa la celda, la comida y estar encerrada. Conoces mi pasado. Sabes que estoy acostumbrada a cosas peores. No me deprimirán tan rápido como creen.

Sonrío afirmativamente.

—Eso es lo correcto. Mantén esta actitud. Pase lo que pase. Eres más fuerte. Puedes hacerlo. Puedes hacer cualquier cosa, ¿vale?

Summer aprieta los labios con determinación y me lanza una mirada de lucha.

Eso está bien. Caerse está bien. Hacer una pequeña pausa y recuperar el aliento en el suelo también está bien, siempre y cuando después te levantes de nuevo y sigas adelante.

Eso es exactamente lo que hace Summer.

Y yo también.

Por ella. Por Clara. Y por Josh.



Después de visitar a Summer, me tomo un breve descanso en *Green Heaven*, una cafetería muy mona donde también trabaja la novia de Shelby y madre de su hija.

Sólo había visto a Sienna una vez, en la reunión familiar de los Sloane tras el partido de los *Armadillos* contra los *Vipers*. Sin embargo, me cayó bien enseguida y prometí visitarla cuando tuviera la oportunidad.

De hecho, llego en el momento justo porque menos de diez minutos después de entrar en la cafetería, termina su turno y se sienta conmigo con su característica sonrisa cálida.

No me extraña que Shelby se haya enamorado de ella. Incluso yo me siento inmediatamente querida por ella con ese brillo cálido y esos ojos confiados. Su voz suave y tranquilizadora también hace que me relaje y me recline en la silla, respirando hondo.

—¿Cómo está Shelby? —le pregunto, lo que hace que su sonrisa se ilumine aún más, aunque apenas creía que eso fuera posible.

—Está de maravilla, gracias. Va a acompañar a Hannah al salón de manicura esta tarde. Los dos me han plantado cara, ¿sabes? Soy de la opinión de que una niña de seis años aún es demasiado joven para que le hagan las uñas. Pero Shelby piensa que cuanto antes explore su hija su valor de mercado, mayores serán sus expectativas sobre el mundo de los hombres. Espera que Hannah las eleve tanto que ningún hombre sea capaz de igualarlas, lo que a su vez significa que el corazón de Hannah sólo latirá para un hombre: Shelby.

Sonrío divertida.

—Supongo que eso le gustaría.

Sienna suelta una risita.

—No tienes ni idea... pero dime, ¿qué te trae por Phoenix? Shelby me dijo que Elliott se había unido a los *Armadillos*, pero no sabía que tú también estabas en la ciudad.

Estoy a punto de contestar cuando mi móvil empieza a sonar.

Un vistazo a la pantalla me dice que es el colegio de Clara y Josh.

—Discúlpame un momento. Tengo que cogerlo —murmuro, ganándome un asentimiento comprensivo de Sienna.

—Beckett, ¿hola? —contesto y al otro lado de la línea me saluda la voz

severa de la secretaria del colegio.

—Señorita Beckett. Tenemos que pedirle que venga al colegio. Ha habido un incidente con Josh del que tenemos que hablar con usted.

Me aprieto el corazón horrorizada y en mi cabeza se forman cien posibles escenarios de horror sobre cómo le pudo haber pasado algo a Josh.

—¿Qué le pasa a Josh? ¿Le ha pasado algo? —pregunto sin aliento, agarrando el teléfono con más fuerza.

—No, señorita Beckett. No le ha pasado nada. Se ha metido en una pelea. Y tiene que responder por ello. No toleramos la violencia en esta escuela. Hasta que se resuelva el incidente, Josh no puede asistir a clases. Así que si pudiera venir...

¿Josh se *peleó*?

¿Con quién? ¿Y por qué?

No es de los que hacen berrinches y se meten en peleas. Todo lo contrario. Es introvertido y tranquilo.

Eso no es propio de él en absoluto.

—Voy para allá enseguida —le digo, dirigiéndole a Sienna una mirada de disculpa.

—De acuerdo. Nos gusta preguntar a ambos padres en casos como este. Puesto que usted y un tal Elliott Sloane figuran como tutores provisionales, le agradeceríamos que asistiera también a esta reunión.

¿Por favor? ¿Por la pelea de un niño de diez años?

¿No es un poco excesivo?

Estoy a punto de hacerle esta misma pregunta a la secretaria, pero luego me lo pienso mejor y recuerdo que tengo que pasar desapercibida y no dar a la oficina de protección de menores ningún motivo para quitarme la custodia.

Así que decido seguirle la corriente y optar por el menor de los males: avisar a Elliott y pedirle que me acompañe.

Actualmente, mi estrategia es la contraria: después de haber tenido esta mañana un sueño increíblemente real y erótico en el que Elliott era el protagonista, he decidido que, después de todo, los dormitorios separados podrían ser aceptables.

Podríamos alegar que estoy resfriada y no quiero contagiar a Elliott, por ejemplo.

Incluso me atrevería a ponerme deliberadamente bajo la fría lluvia con la esperanza no sólo de contraer una desagradable gripe, sino de que las masas de agua detuvieran el calor que se ha ido acumulando en mi interior desde ayer.

¿Cómo se puede estar tan desesperado?

Cuelgo y me levanto con pesar.

—Lo siento, Sienna. Tengo que irme.

—¿Está todo bien? —me pregunta muy preocupada.

Otro rasgo que aprecio mucho de ella. Es increíblemente empática y compasiva.

—Sí y no. Pero eso te lo contaré otro día con tranquilidad. ¿Quieres darme tu número para que te llame y quedemos para tomar un café?

—Me encantaría —sonríe Sienna—. Me encantaría.

CAPÍTULO 21

ELLIOTT

—ESO HA ESTADO MEDIO DECENTE, pero tiene que ir más rápido —grita el entrenador Quinn desde la banda mientras Shelby me pasa el disco y yo lo meto en la red entre las piernas del portero—. ¡Otra vez!

Suelto un suspiro exasperado y vuelvo patinando a la línea de medio campo junto a Shelby.

—¿Qué te pasa, tío? —sisea, sorprendentemente serio para sus estándares—. Te conozco, Lio. Puede que el entrenador no lo vea, pero yo sí. Hoy estás completamente rígido y perezoso.

Trato de ocultar mi cansancio y mi mal humor a mis hermanos.

¿Quién iba a pensar que la ventaja de jugar en el mismo equipo podría ser también una desventaja?

Quería estar más cerca de mis hermanos para poder implicarme más en sus vidas. Y lo conseguí.

Pero de lo que no me di cuenta es de que ellos también pueden participar más intensamente en *mi* vida.

Eso no me gusta nada.

No me gusta que la gente husmee en mi vida pero eso es exactamente lo que Shelby está haciendo ahora. El tipo es condenadamente persistente una vez que ha probado la sangre.

—No he dormido bien. Eso es todo —gruño y vuelvo patinando a mi posición.

El entrenador da la señal y todo vuelve a empezar.

Con pasos rápidos y poderosos, Shelby y yo nos lanzamos hacia la portería contraria, donde la defensa nos impedirá lanzar un tiro libre.

Nos abrimos paso entre los jugadores, o al menos lo intentamos, para meter el disco en la red.

Como Caiden está asignado a la defensa, eso resulta extremadamente

problemático.

Se asegura constantemente de que pierda el disco o de que me caiga de culo en un forcejeo con él.

No es que su cara no brille en el hielo a intervalos regulares, lo hace, pero el entrenamiento sería mucho más fácil si mi oponente no fuera mi propio hermano, que me conoce al dedillo.

Eso es probablemente lo que Caiden desearía también, ya que se está batiendo a duelo conmigo ahora mismo, intentando evitar que le pase el disco a Shelby.

Por una vez es medio segundo demasiado lento.

Triunfante, lo golpeo contra mi pecho acolchado mientras Shelby hunde el disco y me choca los cinco.

—Suerte de principiante —refunfuña Caiden hoscamente.

—Eso no tiene nada que ver con la suerte. Se llama habilidad, hermano —replico, ganándome un bufido divertido por su parte.

—*Habilidad*, ¿no? Deja que te diga qué o a quién le puedes hacer algo, Lio. A mí. Puedes follarme. ¿Entendido?

—¿Qué quieres decir, Cai? ¿Quieres que tu propio hermano te folle? —Shelby se ríe maliciosamente y me choca las cinco otra vez.

—Creía que ya lo había hecho. Parece que no te das cuenta —añado, contento de poder desviar la atención de mí hacia Caiden.

—Eso es probablemente porque follas como la mierda, hermano —me sisea provocativamente Caiden—. Probablemente por eso ninguna mujer se queda contigo más de una noche.

Shelby suelta un silbido apreciativo e incluso yo no puedo evitar sonreír.

—Al menos yo no persigo a una mujer como un perro jadeante durante diez años y me castro en el proceso —interrumpo burlonamente, aludiendo a la complicada relación de Caiden con Arielle Remington, la jefa de los *Armadillos*.

—¿Ah, no? ¿Y qué pasa con el absurdo espectáculo de frikismo que ha habido entre B y tú durante años, eh? —replica, patinando a mi lado hasta la línea de banda para escuchar el informe del entrenador.

—No es un espectáculo de frikis, amigo. Se llama amistad. Pero tú no entiendes nada de eso —interrumpo a medias, molesto porque el comentario de Caiden me recuerda mi complicada situación, cuando acabo de conseguir bloquearla durante unos minutos.

—Se llama tomar el pelo —dice Shelby, dejándose caer en un asiento libre.

—Bueno, si alguien sabe algo, ese eres tú —bromeo—. Después de todo, Sienna te ha estado tomando el pelo durante siete años, ¿no?

Shelby, que acaba de quitarse el casco, entrecierra los ojos

amenazadoramente y me fulmina con la mirada.

—Cuidado, Lio —sisea—. Hay límites. Incluso para mí. No sé qué clase de puto piojo tienes en las manos, pero más te vale meter el rabo muy rápido antes de que te lo arranque.

—Vale, chicos. Ya basta.

Caiden, siendo el capitán del equipo sensato que es, se interpone entre nosotros y levanta las manos.

—Respiremos hondo y calmémonos todos, ¿vale?

—Yo *estoy* tranquilo —murmuro, mirando estoicamente al suelo.

—Por fuera, quizá. Pero a ti te pasa algo —responde dubitativo—. ¿Tienes problemas para adaptarte al equipo? La verdad es que tenía la impresión de que el cambio te resultaría fácil.

—Lo es.

—¿Entonces de qué se trata? —prosigue.

Ahora sería el momento perfecto para invitarle a comer y confesarle mi trascendental encuentro con Blakely.

Pero por la razón que sea, no me atrevo a hacerlo.

No me atrevo a pedirle ayuda.

Cada vez que lo hago, me siento como un patético debilucho que no puede rehacer su vida por sí solo y eso me enfurece.

No puedo ir corriendo a mi hermano cada vez que pasa una mierda con la esperanza de que tenga una solución para mí.

Esta es *mi* vida. *Mi* responsabilidad. Tengo que cumplirla sin descargar mi mierda en otra persona.

Caiden ya tiene bastante con lo que lidiar. Él y Arielle han tenido un tiempo extremadamente turbulento, agotador y dramático.

Se merece ser feliz por una vez en vez en la vida, de tener que lidiar con problemas otra vez. Incluso si son míos, que sin duda haría suyos, simplemente porque se toma sus deberes como hermano mayor tan en serio como los de capitán del equipo.

—No es nada, ¿vale? Sólo intento compaginarlo todo en este momento y no siempre es tan fácil.

—¿Estás hablando del asunto con Blakely y su amiga? —quiere saber—. ¿La oficina de bienestar juvenil está causando estrés?

—No. Afortunadamente no.

—¿Entonces?

Suspiro.

—No vale la pena mencionarlo. Sólo suma. Eso es todo. El cambio de equipo. La nueva ciudad. La mudanza. Dos niños. Blakely. Un piso sin terminar.

—Si hay algo que pueda hacer para ayudarte —empieza Caiden.

—Entonces te lo diré —le interrumpo.

—¿Me lo prometes?

—*Mhm* —murmuro, porque no quiero mentirle y porque *Mhm* puede significar prácticamente cualquier cosa. Es una especie de universal para decir sí, no y tal vez.

Antes de que Caiden pueda objetar o Shelby pueda hacer otro comentario estúpido, el entrenador empieza su informe y nos restriega por las narices lo que podríamos haber hecho mejor.

Parece que aún nos queda mucho trabajo por hacer.

Por suerte, hoy estoy aliviado. La noche en vela ha dejado huella y mi cuerpo me pide descanso a gritos.

No es frecuente que me sienta completamente agotado y exhausto después de un entrenamiento en lugar de fresco y motivado, pero hoy me gustaría irme a la cama y caer rendido. O hacerme un nuevo tatuaje y sentir activamente el dolor que fluye a través de mí. Paradójicamente, esto me relaja.

Quizá esto último no sea tan mala idea. Porque así podría evitar hábilmente a Blakely y retrasar un poco más mi llegada a casa.

Por fin me han entregado el coche esta mañana, así que ya no tenemos que compartir el suyo. En teoría, nada se interpondría en mi plan. Así que no hay razón para no ponerlo en práctica.

Después de ducharme y vestirme, saco la chaqueta de la taquilla y estoy a punto de preguntar a los chicos que tienen tatuajes por el tatuador de su elección cuando mi móvil me muestra un mensaje de Blakely que me hace fruncir el ceño.

Blakely:

Me han llamado del colegio de Josh. Se ha metido en una pelea y le han suspendido. Quieren que vaya, y tú también. ¿Quizá puedas organizarlo de algún modo? Voy para allá.

El mensaje llegó hace quince minutos.

Frunzo el ceño y vuelvo a leerlo, pero no entiendo nada.

¿Por qué se pelearía Josh? ¿Y con quién?

Qué extraño.

Sacudo la cabeza, cojo las llaves del coche y la mochila y me dirijo a su instituto.

CAPÍTULO 22

BLAKELY

—HOLA, grandullón —digo al ver a Josh sentado en una silla fuera de la oficina de la escuela—. ¿Estás bien?

Me siento a su lado y lo escudriño meticulosamente con la mirada pero no veo ninguna señal de que haya tenido una pelea.

Josh no contesta, sino que mira fijamente al suelo.

Suspirando, me arrodillo frente a él y busco su mirada.

—¿Quieres contarme qué ha pasado?

Niega con la cabeza.

—Lo comprendo. Sin embargo, no puedo ayudarte si no conozco tu versión de los hechos —le digo en voz baja.

Se encoge de hombros y yo reprimo un suspiro resignada.

¿Para qué le dio Dios una voz a este chico si nunca la usa? Comparado con Josh, Elliott es el más puro bocazas y eso ya es mucho decir.

¡Elliott!

Miro a mi alrededor pero no lo encuentro por ninguna parte.

No sé si ha leído mi mensaje porque no sé cuánto dura su entrenamiento ni cuándo tiene ocasión de mirar el móvil.

Por lo visto, tengo que hacerlo sola. Pero no pasa nada. Depende de la mujer. Aún así me las he arreglado sola. Así que podré arreglármelas con un niño de cuarto curso que, por la razón que sea, se mete en peleas.

—¿Seguro que no quieres hablar conmigo de ello? —vuelvo a preguntarle con suavidad.

Asiente y esta vez suspiro de verdad.

—De acuerdo. Hablaré con la secretaria entonces y tú espérame aquí, ¿de acuerdo?

No reacciona.

Lo tomo como un acuerdo silencioso y me levanto. Entro en el despacho de

la secretaria con calma y espero pacientemente hasta que deciden dejar de ignorarme.

Me trago el hecho de que llevo dos minutos aquí de pie y que mi saludo quedó sin respuesta con una educada sonrisa, aunque me hubiera gustado dedicarles unas palabras a las malhumoradas señoras.

Aquí se aplica lo mismo: volar por debajo del radar y mantener los pies en la tierra.

Aplazado no es cancelado. Lo que no es será.

Mi lista de gente a la que quiero echar la bronca en cuanto el verano vuelva a estar suelto se alarga por momentos.

Por muy bonachona que sea, soy extremadamente vengativa y alérgica a las injusticias.

¡De verdad! Siempre me salen granos, sarpullidos y se me acelera el corazón, por eso conozco el antídoto perfecto: desahogarse y llevar el corazón en la manga. De ese modo, toda la suciedad puede salir del cuerpo y del sistema en lugar de instalarse como células cancerígenas y multiplicarse en paz.

—Buenas tardes. Soy Blakely Beckett. Me han llamado porque quieren hablar conmigo sobre Josh Wilson —digo con voz dulce, sin dejar traslucir mi irritación.

La secretaria, que no se presenta, se baja las gafas y me escruta.

Resisto su mirada sin esfuerzo y espero pacientemente a que termine su escrutinio y llegue a una conclusión, sea cual sea.

—Avisaré a la directora de que están aquí —dice con expresión tensa.

Me abstengo de ser *demasiado amable* y le *doy las gracias*.

Poco después, abre la puerta de la habitación contigua, donde se encuentra el despacho de la directora, y nos invita a Josh y a mí a entrar.

Estoy a punto de cerrar la puerta cuando noto una resistencia y levanto la vista, sorprendida.

¡Elliott!

Llevando pantalones de chándal y una sudadera de los *Armadillos*, está de pie en la puerta, sobresaliendo fácilmente por encima de mí por más de una cabeza.

—Hola, cariño. Siento llegar tarde —me saluda despreocupadamente, quitándose la capucha de la cabeza y levantando los brazos.

Parece un peligroso gángster rapero y espero sinceramente que no se comporte como tal.

Mientras sigo agarrada con fuerza al pomo de la puerta, Elliott pone su mano sobre la mía, provocando un cortocircuito en mi cuerpo que me hace estremecerme.

Doy un precipitado salto hacia atrás, como si acabara de ver una rata corriendo directamente hacia mí, y me muerdo la lengua, lo que me hace entrecerrar los ojos dolorosamente.

—Vamos a sentarnos —me dice con voz autoritaria la directora.

Elliott pasa junto a mí y se sienta al lado de Josh. Lo escruta y le da un rápido apretón en el hombro antes de inclinarse sobre el escritorio y extender galantemente la mano a la directora con su mejor sonrisa.

—Elliott Sloane. El compañero de la señorita Beckett. Mucho gusto.

La directora mira a Elliott con ojos críticos y parece desaprobar los tatuajes que aparecen en sus brazos y cuello.

Pero quizá sean los pendientes o el piercing de la nariz lo que no le gusta.

No es como si Lio no tuviera suficientes quejas externas para filisteos de mente estrecha.

¿He mencionado que parece más un rapero traficante de drogas que un padre responsable?

Por suerte, con mi atuendo conservador de visitante de prisión *que no puede herir a nadie*, vuelvo a sacar las brasas del fuego por nosotros.

Al menos eso espero.

Estoy a punto de intervenir cuando la directora coge la mano de Elliott, aún extendida, y la estrecha.

—Abigail Williams. Muy bien. Vayamos al grano. Josh ha empujado hoy a un compañero en el recreo, haciéndole caer al suelo. No toleramos ese comportamiento en nuestra escuela. Estamos claramente en contra de la violencia de cualquier tipo y tenemos una política de tolerancia cero. Por eso Josh ha sido apartado de clase por el momento.

Respiro para decir algo, pero Elliott se me adelanta.

—¿Por qué? —pregunta fríamente, con los brazos cruzados delante del pecho y las piernas cruzadas despreocupadamente.

Una sola palabra. Una sola palabra, dicha con tanto énfasis y severidad y acompañada de una mirada tan afilada y ominosa que la directora se retuerce ahora como una serpiente bajo el ataque de un depredador.

—¿Por qué tenemos una política de tolerancia cero? —pregunta con cautela.

—No. Por qué Josh empujó a su compañero de clase —responde Elliott, poco impresionado.

—No quiso decírnoslo —Abigail Williams mira a Josh, cuyos ojos siguen fijos en el suelo.

—No importa lo que yo diga. De todas formas, a nadie le importa —murmura, apenas audible.

—¿Le preguntaste al chico al que empujó al respecto? —continúa Elliott, sin

responder al comentario de Josh.

—No. Estaba en estado de shock y tuvo que ir a la enfermería.

Elliott levanta las cejas divertido.

—¿Porque recibió un empujón inofensivo?

—Eso no tiene gracia, señor Sloane —advierte la directora con voz reprensiva.

—Los niños tienen diez años. Lo máximo que conseguirán con un empujón son unas piedrecitas en las zapatillas. Nada más.

No ha dicho eso de verdad, ¿no? Me clavo las uñas en las palmas de las manos y enrosco los dedos de los pies.

—Lo que el señor Sloane intenta decir… —intento salvar la situación pero Josh me interrumpe.

—Dice que mi madre no va a volver porque es una sucia puta.

Se me cae la mandíbula ante la afirmación de Josh. Me quedo mirándole, atónita. ¿Es ese el lenguaje que usan los niños de diez años para comunicarse entre ellos hoy en día?

¿Lo dice en serio?

¿Cuándo se ha convertido el mundo en un lugar tan malo?

Sinceramente, estoy conmocionada. A diferencia de Elliott, que se recupera sorprendentemente rápido.

—‘Una sucia puta’, ¿verdad? ¿Así que ese es el tipo de interacción que enseñas a tus alumnos en esta escuela? Interesante —dice Elliott, resoplando con sorna—. Creía que practicaban una política de tolerancia cero y que estaban claramente en contra de la violencia de cualquier tipo. Sin embargo, si me preguntan a mí, este dicho entra claramente dentro de la violencia verbal, también conocida como acoso escolar. Y ahora, como padre o tutor preocupado, me gustaría saber qué piensan hacer al respecto. No es aceptable que mi hijo sufra acoso y sea víctima de violencia psicológica.

Elliott levanta ambas cejas desafiante y es evidente que está tan enfadado que temo que estalle en cualquier momento.

Aunque su voz es tranquila y serena, lo conozco lo suficiente como para saber que está furioso.

Los músculos tensos de su mandíbula lo delatan. Igual que la postura petrificada y los dedos enroscados.

—Yo... bueno… —balbucea la directora—. Yo no sabía.

—Kira estaba allí. Estábamos sentados juntos hablando de mi madre cuando Philip apareció —murmura Josh.

—¿Puedo preguntar por qué Kira no fue interrogada? ¿Podría ser que Josh está siendo deliberadamente hecho el culpable aquí y las circunstancias externas

están siendo deliberadamente ignoradas, o el personal docente de esta escuela siempre trabaja tan descuidadamente?

—Elliott. —jadeo, sobresaltada, pero acaba de ponerse en marcha y está decidido a dejar un rastro de destrucción a su paso como un tornado.

Resistirse es inútil.

—Tal y como yo lo veo, el compañero de Josh inició la *violencia*, como tú la llamas, y Josh simplemente se estaba defendiendo. No digo que hiciera bien en empujarle. Pero ese es el tipo de reacción para la que tienes que estar preparado cuando difundes falsedades tan irrespetuosas y odiosas. No puedes esperar lanzar mierda y que te lluevan lluvias doradas a cambio.

—Desescalada —digo sin aliento, con la voz demasiado alta—. Yo estaría a favor de la desescalada. ¿Por qué no reunimos a los chicos y lo hablamos? La comunicación es importante.

En realidad quería volver a controlar la situación con esta sugerencia sensata, pero por desgracia sólo le estoy dando más munición a Elliott.

—Sí, exactamente. Si Josh es excluido de clase para hacer frente a la situación debido a su *política*, como usted la llama, entonces lo mismo debería aplicarse a su compañero de clase. Cualquier otra cosa sería incoherente —dice Elliott con un tono cortante.

Pongo mi mano sobre la suya y le doy un apretón tranquilizador. Por muy agitado que esté, *tiene que* calmarse si no quiere enemistarse con la directora y ser visto como el agresor.

Para mi sorpresa, la señora Williams asiente y parece más bien tomada con el arrebato de Elliott que cabreada.

Me quita un peso de encima.

Menos mal.

—Esté tranquilo, señor Sloane. Tratamos a todos los alumnos por igual y ahora que conocemos los antecedentes, volveremos a evaluar este caso.

Estupendo.

Ahora sería el momento ideal para enterrar el hacha de guerra. Pero Elliott no piensa en eso en absoluto.

—Esto no es un caso —sisea—. Se trata de un niño. Se llama Josh y me gustaría que se le tratara como tal. No como un caso, sino como una persona. Así que, por favor, ¿podemos dejar de perder el tiempo con juicios e investigaciones sin sentido y enviar al chico de vuelta a clase? Estoy feliz de quedarme aquí y esperar hasta que termine. Entonces, como ha sugerido mi compañera, podemos reunirnos todos y trabajar el incidente pedagógicamente. También puedes llamar a los padres del otro niño. Al fin y al cabo, de algún sitio habrá sacado el niño sus palabrotas misóginas. No estaría de más educar a los padres al mismo

tiempo.

Mis facciones se resbalan y me atraganto con la saliva, de modo que empiezo a toser.

Elliott me da unas palmaditas en la espalda y yo me limpio las lágrimas de los ojos mientras suelto un '*lo siento*'.

—Creo que ha dejado claro su punto de vista, Sr. Sloane, y le agradezco que defienda así a Josh. Le prometo que hablaremos con ambos niños y solucionaremos juntos este problema. Si después sigue siendo necesario hablar, involucraremos a los tutores legales de ambos.

—¿Entonces Josh ya puede volver a clase? —quiere saber Elliott.

—Sí, puede.

Esta respuesta parece satisfacer a Elliott a medias. Porque se gira hacia Josh y un atisbo de sonrisa aparece en sus labios.

—Vamos, amigo. Vamos. Pero guárdate los puños, ¿entendido?

Josh asiente y se levanta de la silla. Duda al detenerse frente a Elliott. Luego se inclina hacia delante y le abraza.

Elliott no está menos sorprendido que yo por este gesto inusual en un solitario introvertido. Lo noto en su cara de perplejidad.

Pero devuelve el abrazo y disimula su emoción con su típica indiferencia.

Un rapero gángster. Te lo aseguro.

Josh suelta a Elliott tan bruscamente como lo abrazó y sale de la habitación con expresión estoica.

—Hasta luego. Te recogeré —le digo, pero no obtengo respuesta.

Supongo que me ha oído.

—Escuche, señora Williams —le digo después de que Josh haya desaparecido—. No es fácil para él ahora. Sabe que han detenido a su madre y no se sabe cuándo la soltarán. Le está afectando, aunque no lo demuestre.

—Algunos niños sufren en silencio y en secreto. Josh parece ser un niño así. Gracias por tomarse el tiempo de hablar conmigo y también aprecio sus palabras claras y contundentes, Sr. Sloane. Aunque no esté permitido en mi profesión, yo también abogo en secreto por la comunicación directa. Ahorra tiempo y es a la vez inequívoca y eficaz. Así que permítanme decirlo de esta manera: nos aseguraremos de que ninguno de los chicos tire mierda en el futuro. Ni verbal ni físicamente. ¿Podemos vivir todos con eso?

CAPÍTULO 23

ELLIOTT

—¿QUÉ ha sido todo eso? —pregunta B mientras salimos del edificio del instituto y entramos en el aparcamiento.

—¿Qué ha sido *qué*? —respondo bruscamente, desbloqueando mi todoterreno.

—¿Por qué estabas tan *relajado*?

—No estaba relajado —resoplo.

—Sí que lo estabas.

—No, no lo estaba.

—Sí que lo estabas.

Sacudo la cabeza con desaprobación y abro la puerta del coche.

—Lo que tú digas. Nos vemos en casa.

—¿Hablas en serio? ¿Me vas a dejar aquí sin nada? ¿En serio?

No se me escapa el tono de reproche en la voz de B pero realmente no necesito esto ahora. Lo que necesito es distancia. De todo.

Así que me subo al coche, murmuro un *'perdona'* ininteligible y salgo a toda velocidad.

Si estuviéramos en Vancouver, me distraería de mi mal humor con las motos del almacén que he alquilado. Pero, por desgracia, tengo que conformarme con conducir por el barrio sin motivo.

O puedo volver a casa y sentarme en el garaje a trabajar en las dos motos que ya me han enviado.

Opto por lo segundo, pongo la radio a todo volumen y elijo la ruta más rápida para llegar a casa de Summer.

Como no respeto el límite de velocidad, llego mucho antes que B.

Me siento un rato en el coche, enfadado conmigo mismo y tentado de llamar a B porque me remuerde la conciencia. Tratarla con tanta dureza no fue justo, y dejarla tirada delante del colegio tampoco fue justo.

Me doy cuenta un poco tarde...

En algún momento, salgo del coche y entro en casa de mala gana.

Mientras me cambio, lucho conmigo mismo. Mi maldito orgullo y la rabia que aún no se ha desvanecido del todo se interponen en mi camino. Sé que lo correcto sería llamar a B, pero no me atrevo.

Molesto, entro en el garaje, enciendo la luz y miro a mi alrededor.

—Maldita sea —suspiro y golpeo la pared con el puño, lo cual es bastante estúpido porque la pared es mucho más dura que mi puño.

Maldiciendo, me meto la mano adolorida en el bolsillo del pantalón y estoy a punto de sacar el móvil y tragarme mi orgullo para llamar a B cuando oigo su coche llegar a la entrada.

Poco después, oigo cómo se abre la puerta principal.

Bueno, probablemente ahora sea el momento ideal para disculparme con ella.

Respiro hondo y salgo del garaje para hablar con B.

Cuando me ve, aprieta los labios y me dedica una pequeña sonrisa.

No entiendo por qué sigue sonriéndome.

Probablemente me habría dado un puñetazo en la cara por mi comportamiento.

Pero así es B. Demasiado buena para este mundo.

—Lo siento —digo y miro hacia abajo con culpabilidad.

—¿Qué ha pasado? —quiere saber.

Me tenso y exhalo ruidosamente.

—En realidad, nada.

—¿Nada?

—La situación con Josh me recordó a mi propia infancia. *Josh* me recuerda a mi infancia.

—No se me ha pasado por alto que os parecéis —comenta B con diversión en la voz—. No sois precisamente del tipo hablador.

—Los dos somos solitarios —añado—. Lo que nos convierte en víctimas fáciles. Somos diferentes. A la gente no le gusta vernos diferentes. Si no encajas en el molde habitual de la sociedad, eres raro e indeseado.

—Ya veo. Así que por eso te convertiste en rebelde, ¿eh?

Levanto la mirada y miro los ojos chispeantes de B.

—¿Te estás burlando de mí ahora? Este es un asunto serio, B. Prácticamente me estoy desahogando aquí.

—¿Burlarme de ti? Nunca me atrevería. Sigue desahogándote. Te estoy escuchando.

—De acuerdo. *Te* estás burlando de mí.

Levanto una comisura de los labios y me dirijo hacia B, que retrocede,

soltando una risita.

—Estás suplicando que te hagan cosquillas, Blakely Beckett. Te das cuenta, ¿verdad? —siseo siniestramente y la agarro.

Grita e intenta zafarse de mi agarre, rozándome la mano herida. Doy un respingo, pero ella no se da cuenta.

Desconcertada, su mirada se desvía hacia mi mano y enarca las cejas.

—No me dirás que te has peleado de camino a casa, ¿verdad?

Me coge la mano y la examina detenidamente.

—¿Qué has hecho, Lio?

—Nada —sopeso e intento quitársela.

—Esto hay que limpiarlo. Siéntate en la cocina. Traeré desinfectante y vendas. No queremos arriesgarnos a que se infecte y ya no puedas sostener un palo de hockey.

Sí, debería haber pensado en eso *antes de* tener mi duelo con la pared, maldita sea.

Sin oponer resistencia, obedezco la orden de B y me siento en una de las sillas de la mesa de la cocina.

No me había dado cuenta de que me había cortado el borde de la mano, que ahora chorrea sangre. Qué bien.

—Déjame ver —dice B cuando entra en la cocina con unos cuantos frascos, bastoncillos y vendas.

Se pone delante de mí y me examina la mano una vez más. Luego vierte un líquido de un frasco en un algodón y lo frota.

Aprieto los dientes porque me escuece, pero no dejo que se note porque puedo aguantar mucho más.

B me pone una venda y me la pega. Luego me sujeta los dedos y los dobla antes de volver a abrirlos.

—No está muy apretado, ¿verdad?

Sacudo la cabeza.

—No, está bien.

Quiere soltarme la mano, pero la sujeto con fuerza y la miro.

—Gracias —digo con dificultad.

—No pasa nada —balbucea avergonzada—. Es sólo una venda.

—No me refiero a eso.

Mi pulgar se desliza sobre su muñeca desnuda. Acaricio suavemente su piel cálida y suave.

—Siempre estás ahí para mí. Me comprendes. Me aceptas como soy. Aunque me comporte como un gilipollas y no pueda saltar por encima de mi sombra. Quiero darte las gracias *por eso*.

B traga saliva y asiente.

—Es que tengo debilidad por los jugadores de hockey rebeldes y adictos a los cereales.

—¿Ah, sí?

Se muerde nerviosamente el labio inferior y, por primera vez desde que nos conocemos, me doy cuenta de lo carnosos y suaves que parecen esos labios.

Subo a B a mi regazo y le acaricio la mejilla con la mano intacta. Observo atentamente su reacción.

Esperaba que se levantara de un salto y huyera de mí, pero en lugar de eso, se queda sentada y me mira insegura con sus grandes ojos marrones.

No tengo la menor idea de lo que estoy haciendo aquí. Eso es porque en este momento no pienso con la mente, sino que siento con el corazón.

Tiro suavemente de la cara de B hacia mí y paso el pulgar por sus labios, que abre ligeramente para mí.

—¿Puedo saborearte? —pregunto con voz ronca y apoyo la frente en la suya.

B me agarra de las muñecas, cierra los ojos y asiente casi imperceptiblemente.

Con cuidado, casi con reverencia, mis labios tocan los suyos y se detienen en ellos.

—¿Bien? —susurro contra su boca.

—Mmm, sí —jadea y mantiene los ojos cerrados.

—¿Más?

B asiente y jadea de nuevo.

—Más...

Vuelvo a besarla. Esta vez con más audacia. En lugar de que mis labios se detengan en los suyos, la acarician con pequeños mordiscos burlones.

Sabe dulce. A miel. Y a fresas.

Mi mano le agarra la barbilla y le inclina la cabeza. Necesito más. Quiero conquistar su boca. Quiero penetrarla.

B abre más los labios, permitiéndome explorarla. Mi lengua se zambulle en su boca y busca la suya, rodeándola exploradoramente.

Hago a un lado con vehemencia el hecho de que estoy besando a mi mejor amiga y poniéndome rígido bajo estas caricias afiladas. De todos modos, ya es demasiado tarde para echarse atrás. La bola está rodando y ya no se puede parar.

Le rodeo el cuello con las manos y aprieto juguetonamente, haciendo que B gima con lujuria y hunda las manos en mi camisa.

—Gimes como si quisieras que te follara, cariño —murmuro contra sus labios—. ¿Lo interpreto correctamente? ¿Quieres mi polla dentro de ti?

Los párpados de B se abren y me estremezco bajo el calor parpadeante que

se acumula en sus pupilas.

—Sí, lo quiero —grazna con voz ronca—. Lo he deseado durante tanto tiempo...

Mi corazón se detiene durante dos latidos ante su excitada confesión.

¿Hace tanto que lo desea?

¿Cómo dice?

¿Por qué no sé nada de eso?

Los besos de B, unidos a su salaz confesión, me producen escalofríos calientes y fríos alternativamente.

Soy un hombre que se excita con besos sucios, sí, pero hacía tiempo que no estaba tan descaradamente cargado.

Los pantalones me aprietan, y la polla me aprieta dolorosamente contra la cremallera.

Siento que la sangre de mi cabeza se desconecta y me pongo en piloto automático.

En este estado de excitación, es imposible pensar con claridad o pensar en absoluto.

Con B en mi regazo, me levanto bruscamente y la coloco de espaldas sobre la mesa de la cocina.

Desabrocho el botón de sus pantalones de trabajo con dedos temblorosos, se los bajo de un tirón por las piernas junto con las bragas y casi tiro a B de la mesa en mi excitación cuando se le enganchan en los tobillos.

Yo también estoy demasiado excitado e impaciente por quitarme los pantalones. Me los abro un poco, saco mi polla de ellos y los recorro con la mano un par de veces con calma mientras contemplo los muslos de B abiertos de par en par y su coño reluciente de humedad, casi volviéndome loco.

¿Cómo de seductora y despampanante puede ser una mujer, por favor?

Me describiría a mí mismo como un puto macho que se folla cualquier cosa que sea medianamente hermosa, pero esto, joder, esto es diferente. Esto es mejor. Esto está en una liga completamente diferente.

B ha apoyado los talones en el borde de la mesa y yace indefensa, expuesta y abierta frente a mí.

Me lanzo literalmente sobre ella. Sin previo aviso, entierro mi cara en su coño, que chupo y devoro con avidez. Normalmente me controlo. Empiezo despacio y luego aumento la velocidad a un ritmo pausado.

Ahora me estoy volviendo completamente loco, chupando, lamiendo y mordiendo tan rápido y con tanta fuerza como si no hubiera comido en semanas.

B grita por encima de mí. Sí, así es. Está *gritando*. No está jadeando. Tampoco está gimiendo. No, está gritando. De lujuria. Tan fuerte que mis oídos,

que ya están palpitando, zumban y mi polla casi estalla.

Me enderezo y le tapo la boca con la mano para ahogar sus gritos de placer. Con la otra mano, le introduzco la polla.

No lentamente. Ni tampoco suavemente. No, mi autocontrol ha estado en el exilio desde que mis labios tocaron los de B.

Con un fuerte tirón, me introduzco en ella hasta la empuñadura y suelto un gemido ahogado al sentir mi polla agarrada con fuerza y firmeza por su húmedo coño.

Mi mano libre se desplaza hacia su elegante cuello y lo agarra. La cara de B se sonroja y mi otra mano capta sus gritos de éxtasis. Puedo sentir cómo suben por su garganta, salen de su boca y se disuelven en la palma de mi mano. Y eso me pone jodidamente cachondo.

—Grita para mí, cariño. Muéstrame cuánto te gusta que te folle —murmuro con una sonrisa diabólica y dejo que mi pelvis golpee provocativamente su centro.

Me introduzco en el regazo de B con fuerza y rapidez. Los gritos de placer y las lágrimas calientes que brillan en sus ojos me azotan y casi hacen que se me salga el corazón del pecho.

Debería ir más despacio. Debería calmarme. Pero en lugar de eso, intensifico mis embestidas y me follo a B con tanta fuerza que me caen gotas de sudor por la frente.

Retiro las manos de su boca y su cuello y me coloco junto a su cabeza. Cuando inclino la cabeza hacia ella, me rodea el cuello con las manos y me atrae hacia sí.

Su boca choca contra la mía, exigiéndome un beso apasionado y vertiginoso que amenaza con hacerme correr duro y caliente.

Gimo devotamente en la boca de B, uso la última gota de mi fuerza de voluntad para separarme de sus labios y apoyo mi frente sin aliento contra la suya.

—Dime que el Sr. Conejo no tiene ninguna posibilidad contra esto —jadeo entrecortadamente, enderezándome.

Coloco las piernas de B sobre mis hombros y tiro de sus caderas hacia el borde de la mesa con un fuerte tirón,

—El Sr. Conejo se las arregla para que me corra —respira B con aliento entrecortado.

—Eso es un juego de niños. Pero, ¿puede también hacerte gritar? —replico burlonamente y me sitúo a su puerta.

Sin esperar la respuesta de B, me hundo profundamente dentro de ella y soy recompensado con un grito agudo.

Los tobillos de B se apoyan en mis hombros y mi polla está tan dentro de ella que llega hasta el final de su coño. No puede estar más profundo.

—¿Estás lista para gritar o ya estás ronca? —sonrío y dejo que mi dedo se deslice por su húmeda raja—. Súbete la blusa. Quiero verte los pechos mientras te follo.

B respira agitadamente. No está acostumbrada a que le hable así. No está acostumbrada a *que nadie* le hable así. Y que me aspen si no soy el único hombre al que se le permite.

—¿Lo harás? ¿O te tengo que ayudar? —gruño impaciente mientras mis dedos rodean su clitoris abierto y sacan a B de sus casillas.

Mi polla descansa profundamente dentro de ella y podría quedarse en esta cueva caliente y húmeda durante toda la eternidad.

Con dedos temblorosos, B se sube la blusa y me descubre el sujetador.

Alargo la mano e impetuosamente tiro de las copas hacia abajo. Quiero piel desnuda y pezones rígidos. Nada de telas castas.

—Tócalos. Enséñame cómo juegas con ellos.

La garganta de B se mueve, lo que se debe a que mis crudas palabras la hacen tragar saliva.

Y de repente tengo dudas.

¿Le estoy pidiendo demasiado en este momento?

No está acostumbrada a tener sexo, y menos con un gilipollas como yo.

Hago una pausa y mi mirada se vuelve dulce.

—¿Estoy siendo demasiado duro? Lo siento, yo... estoy bastante cargado. Y tú, así gritando y...

—Confío en ti —me interrumpe—. Tú me conoces. Sabes lo que necesito. Probablemente mejor que yo misma.

Ahora soy yo quien tiene que tragar saliva mientras sus palabras resuenan en mis oídos.

Ella confía en mí. Me confía su cuerpo, su alma y su lujuria. Sólo ahora me doy cuenta de la responsabilidad que tengo y de lo que está en juego.

Esto no es un polvo insignificante con una desconocida.

Esta es mi oportunidad de demostrarle a mi mejor amiga, mi alma gemela, lo mucho que significa para mí y lo mucho que se mete en mi piel.

Como oportunidades como esta se presentan una vez en la vida, si es que alguna vez lo hacen, será mejor que la aproveche al máximo.

Agarro los tobillos de B y me los quito de los hombros con cuidado, haciendo que la mirada embelesada de B parpadee insegura.

—¿Vamos a parar?

—No pararemos hasta que te corras —le hago saber—. Pero lo haremos de

otra forma.

Deslizo las manos por debajo de su trasero y la levanto. Gracias a Dios, entreno los bíceps con tanta constancia cada día que me resulta fácil llevar a B en mis manos, literalmente.

Me rodea las caderas con las piernas y, con ella en brazos, entro en nuestro dormitorio improvisado, donde la coloco frente a la cama y le doy la espalda.

Le agarro el dobladillo de la blusa y se lo pongo por encima de la cabeza. Luego aparto a un lado su largo y sedoso pelo castaño y empiezo a darle tiernos besos en el hombro izquierdo.

Me tomo mi tiempo. Mucho tiempo. Y mientras mis labios acarician la piel flexible de B, mis dedos recorren sus costados y acarician burlonamente su vientre plano.

Mi boca se desplaza hasta su cuello y besa la zona erógena de su arteria. Paso rápidamente la lengua por la fina piel de detrás de su oreja y le muerdo suavemente el lóbulo.

Noto que B empieza a temblar bajo mis dedos. Le gusta lo que le estoy haciendo. Ya lo hizo antes, en la mesa de la cocina. No me parece bien follarla dura y primitivamente sobre una mesa por primera vez, que podría ser la última.

B merece ser amada. A todos los niveles. Merece ser adorada. Que la mimen. Ser deseada.

Mis dedos recorren su vientre hacia abajo, abriéndose paso entre sus piernas, hacia su centro, que está húmedo e hinchado.

—Tu coño gotea sobre mis dedos, cariño. Si no hubiera decidido serenarme, ahora mismo estaría frotando y follándote el culo, pero hoy seré bueno y me conformaré con tu inocente coñito.

—Lio —jadea B, tropezando con mis palabras.

La apoyo y me río suavemente en su oído.

—A alguien le gusta la idea de que le den placer anal, ¿eh? Apuesto a que al señor Conejo aún no se le ha permitido entrar en este reino prohibido, ¿verdad?

B sacude la cabeza casi imperceptiblemente.

—Entonces sería el primero.

Asiente, lo que me hace estremecerme de nuevo.

Cierro los ojos e interiormente cuento hasta cinco. Me recuerdo a mí mismo que estoy decidido a proceder de forma controlada. Sin excesos salvajes. Nada de sexo anal. Y tampoco doble penetración.

Aunque esto no es nada típico en mí, hoy quiero hacerlo con suavidad y ternura.

Le desabrocho el cierre del sujetador, suelto los tirantes de sus hombros, giro a B para que me mire y le paso el dedo índice desde la barbilla por el cuello,

pasando por la clavícula y entre los pechos, antes de girar a la izquierda y volver a acariciarle la parte exterior del pecho. Los círculos que trazo se estrechan cada vez más hasta que finalmente tocan el capullo de B y hacen que se contraiga con excitación.

Guío con cuidado a B hasta la cama y le digo que se tumbe en ella.

Me arrodillo entre sus piernas y agarro sus pechos con las manos, que amaso suavemente y luego me llevo a la boca para chuparlos.

—Ah, Dios… —B jadea y entierra sus manos en mi pelo—. Te deseo, Lio. Quiero sentirte. Dentro de mí.

Escucho sus roncos gemidos. Saboreo cómo pronuncia mi nombre. Me excita lo caliente que la pongo.

Sólo cuando su agarre de mi pelo se vuelve férreo y su impaciencia aumenta desmesuradamente, aprieto la parte superior de su cuerpo contra las sábanas, me levanto, me quito la ropa y me tumbo encima de ella.

Le abro las piernas con la rodilla y me arrastro hasta la posición adecuada para introducirme en ella.

Su centro está tan empapado que mi polla se desliza dentro de ella como por sí sola y se hunde sin esfuerzo.

B gime y yo hago lo mismo.

Joder, qué bien.

Tan caliente. Tan suave. Tan húmedo.

Me apoyo en los codos y paso los dedos por las mejillas de B.

—Mírame —murmuro, sonriendo cuando su mirada encapuchada capta la mía—. Quiero que mantengas el contacto visual. No me quites los ojos de encima y mantenlos abiertos. Incluso cuando te corras. ¿Entendido?

B se lame los labios ligeramente separados y asiente.

—Dime, cariño. Dime qué vas a hacer —le exijo mientras empiezo a moverme lentamente dentro de ella.

—Yo —gime— te estoy mirando.

Mis manos se deslizan hasta las suyas, donde se enredan con los dedos de B y los envuelven con fuerza.

No tengo ni idea de cuándo fue la última vez que me acosté con una mujer en la posición del misionero pero ahora mismo no hay otra posición en la que quisiera estar.

Saboreo cada uno de mis cuidadosos empujones y me maravillo al darme cuenta de lo satisfactorio que puede ser el sexo vainilla.

—Las piernas. Abrázame fuerte, B —le insisto, deseando estar más íntimamente conectado a ella. Quiero que seamos uno. Plena y completamente.

Mis manos atrapadas en su agarre. Mi polla dentro de su coño. Mi mirada

conectada a la suya. Mis caderas abrazadas por sus piernas delgadas y firmes. Quiero sus talones clavándose en mi culo. Que me empujen. Forzándome a hacérselo mejor y más intensamente. A hundirme más en ella.

Todos mis músculos tiemblan por el esfuerzo que supone penetrar a B con deliberación y control.

Siento cómo la bestia que llevo dentro tira de sus cadenas, intentando liberarse con todas sus fuerzas. Pero no lo consigue.

Hoy no soy la bestia salvaje, sino el príncipe atento. No me había dado cuenta de que era capaz de esto. Pero la mujer que yace debajo de mí, gimiendo y retorciéndose, su mirada llena de lujuria clavada en mí, llena de esperanza, confianza y anhelo, me hace querer poner el puto mundo entero a sus pies.

Que se joda el lobo malo y lo depravado que soy. Seré el puto cordero cuando se trate de homenajear a esta mujer y hacerle justicia.

—Lio —jadea B, clavándome las uñas en el dorso de la mano— yo voy a llegar.

—Te correrás cuando yo te lo diga y ni un segundo antes, cariño —respondo amenazadoramente y cambio el ángulo de mis embestidas para introducirme en ella más fácil y rápidamente, maximizando la estimulación de su punto G.

El cuerpo de B tiembla y sé que se acerca a toda velocidad al orgasmo.

—Por favor, Lio. No puedo aguantar más. Tengo que, yo, Dios, por favor. Por favor, déjame... déjame correrme.

—¿Cuánto lo deseas? —jadeo sin aliento, ahogándome en el mar de lágrimas que se forman en sus ojos de brillo caoba, derritiéndolos—. Tanto, ¿eh? —sonrío con indulgencia, enterrando las ganas de torturarla más tiempo por miedo a que no sea capaz de manejar las emociones que se apoderarán de ella si lo hago—. Ven por mí, B. Déjate llevar y ven.

No hacen falta más que esas palabras para que ella se encienda y despegue.

El éxtasis desenfrenado de B y su deseo impaciente avivan mi lujuria y hacen que mi polla se hinche peligrosamente.

Voy a correrme con fuerza y me preocupa que el coño de B sea demasiado pequeño para contener lo que tengo que darle, por no mencionar el hecho de que ahora me doy cuenta de que no estoy usando condón.

Extrañamente, este pensamiento no me asusta, aunque debería, porque nunca me acuesto con una mujer sin condón.

Pero con B es diferente. Como si de alguna manera todo lo relacionado con esta situación surrealista nos estallara en la cara en cuanto nuestras mentes vuelvan en sí y nos demos cuenta de lo que hemos hecho aquí.

Por ahora, estoy disfrutando de este estado de completa locura y entregándome plenamente y sin remordimientos.

Sin pensar. Sólo sentir. Sentir y... vivir.

B se encabrita y explota ruidosa y desinhibidamente bajo su orgasmo. Verla me da por fin el descanso. La ola que se abate sobre mí me arrastra y me sumerge en el agua. Al mismo tiempo, siento como si una poderosa fuente me disparara directamente hacia el cielo.

Cuando golpeo a B con fuerza y violencia, me siento más vivo y resistente que nunca sobre el hielo.

Es como una droga, sólo que mucho más fuerte. Mucho más intensa. Y mucho... más aterradora.

Me siento invencible. Poderoso. Infinitamente feliz.

Y lo peor es que he tardado más de treinta años en comprender que algo así es posible.

CAPÍTULO 24

BLAKELY

MI CORAZÓN MARTILLEA contra mi caja torácica. Tengo los ojos empañados por las lágrimas y siento que no puedo respirar.

¿Quién iba a decir que había tanta verdad en la frase ‘follarle los sesos a alguien’?

Resisto el impulso de tantear mi cabeza en busca de un agujero por el que mi cerebro haya desaparecido para nunca más volver a ser visto. Sin embargo, esto se debe únicamente al hecho de que no me quedan fuerzas para levantar el brazo hacia la cabeza.

Estoy agotada. No he sido yo quien ha hecho el trabajo principal, sino Elliott.

Elliott está tumbado encima de mí, con la cara hundida en el hueco entre mi cuello y mi hombro, sin moverse. Siento su aliento caliente haciéndome cosquillas en la piel al exhalar, y su polla larga y gruesa retorciéndose en mi centro, su jugo caliente goteando fuera de mí por los bordes.

Debería darme una patada por acostarme con mi mejor amigo y sin condón.

Pero estoy demasiado agotada y... feliz.

No me acuerdo de la última vez que me sentí tan ligera y satisfecha como en este momento.

Las lágrimas que brotan de mis ojos y corren por mis mejillas no se calman.

Estoy tan agotada que no tengo fuerzas para detenerlas. Ni siquiera sé por qué lloro. Pero lo hago. Y de qué manera.

Las lágrimas saladas ruedan por mi cara, gotean sobre mi cuello y se abren paso hasta mis hombros.

A Elliott tampoco se le escapa. Levanta la cabeza, parpadeando, y cuando su mirada roza mi cara, se congela.

—Mierda, B, ¿te he hecho daño? Yo... bueno, pensé... pensé que querías... que querías conmigo... por favor, no me digas que no fue consentido. Yo... mierda...

—Pssst —interrumpo su torrente de palabras presa del pánico y sonrío mientras sigo llorando.

Es un poco como una tormenta a pleno sol, completamente absurdo y, sin embargo, eso es exactamente lo que está pasando.

—Lo deseaba. Y disfruté cada segundo.

—Entonces, ¿por qué lloras? —pregunta Lio con escepticismo, aún muy dentro de mí—. ¿Fui demasiado brusco?

Sacudo la cabeza.

—Estuviste perfecto. Tan perfecto que ahora mismo estoy bastante alterada. Lloro porque soy feliz, Lio. Porque nunca me he sentido tan bien como ahora. Como ahora mismo. Aquí. Contigo.

—Entonces, ¿te ha gustado acostarte conmigo? —pregunta con cautela, y la sola idea de que un dios del sexo como Elliott Sloane sea tan inseguro como para sentir la necesidad de hacer esta pregunta en voz alta me hace sonreír.

Al mismo tiempo, me hace darme cuenta de por qué Elliott es mi mejor amigo y mi persona favorita.

Puede parecer brusco y superficial por fuera. Como un jugador egocéntrico y ensimismado pero esta pregunta y la preocupación en su voz demuestran una vez más que no es así y que se preocupa de verdad por el bienestar de su pareja.

—Ha sido el mejor sexo de mi vida —confieso, porque mi cerebro, que espero no haya abandonado mi cabeza, sigue completamente nublado por las hormonas de la felicidad que se han liberado.

Elliott levanta una ceja divertido y la expresión preocupada de su rostro desaparece.

—¿El mejor sexo de tu vida?

—No te fíes de mi palabra. Los valores comparativos son más bien, bueno, bajos.

—Pero el Sr. Conejo no fue tu primero, ¿verdad? Porque eso significaría que *yo* fui tu primer hombre *de verdad*.

Los ojos de Elliott brillan esperanzados, haciéndome casi sentir lástima por tener que poner un freno a su ego.

—Me rompe el corazón romper tu ilusión, pero no, no eres el primero, vaquero.

Las comisuras de los labios de Elliott se crispan. La sonrisa que tira de ellas lucha contra su deseo de parecer ofendido.

—Pero sigo siendo el mejor, ¿no?

—Eso parece —sonrío—. ¿Y ahora qué?

—¿Qué, ahora qué?

—¿Esta es la parte en la que nos damos cuenta de lo que hemos hecho? ¿La

parte en la que estamos profundamente conmocionados y nos aseguramos mutuamente que ha sido un error que no se repetirá jamás?

Elliott respira hondo y exhala ruidosamente. Su cabeza vuelve a apoyarse en mi nuca, de modo que sus palabras entre dientes sólo me llegan amortiguadas.

—¿De verdad quieres tener esta conversación mientras aún estoy dentro de ti y mi semen gotea fuera de ti, o quieres ducharte y vestirte primero antes de abordar esto?

—Sinceramente, ni siquiera sé si quiero tenerla —confieso y suspiro.

—¿Prefieres que hagamos como si no hubiera pasado?

Mis manos se deslizan por la espalda musculosa de Lio, explorando las hebras aceradas de músculo que corren justo debajo de su piel flexible.

—Eres mi mejor amigo, Elliott, que durmamos juntos, eso es...

—No lo digas, B. Por favor, no digas que es o fue un error —murmura Elliott, levantando la cabeza.

—Pero tampoco está bien.

—Pero se sintió condenadamente bien —replica él.

—Define *bien*, ¿bien para qué? ¿Para una aventura? ¿Ahora somos amigos con ciertos beneficios?

Elliott me mira en silencio y luego vuelve a dejar caer la cara en las almohadas. —No lo sé. Probablemente tengas razón y no deberíamos estar teniendo esta conversación —gime.

—Entonces, ¿hacemos como si nunca hubiera pasado y seguimos como antes? —pregunto.

—¿Es eso posible? Quiero decir, ¿puedes hacerlo?

—¿Puedes hacerlo?

—No tengo ni idea. Ahora mismo no sé nada...

Bueno, yo siento lo mismo. Todo lo que sé es que me acosté con mi mejor amigo y que me dio el orgasmo más caliente que he experimentado nunca.

No tengo ni una explicación ni una idea para nada más allá de eso. No sé cómo o si continuará. Si debe y puede repetirse. Tampoco sé cómo serán las cosas entre nosotros a partir de ahora.

Todo lo que sé es que lo cambió todo.

Ya sea bueno o malo, no puedo decirlo.

Afortunadamente, no tengo que hacerlo porque cuando salgo del baño después de ducharme, Elliott ha desaparecido.

CAPÍTULO 25

ELLIOTT

—BUENO, ¿cómo te encuentras? —pregunta Caiden, acomodándose a mi lado.

Estoy sentado en la cabina del estadio de los *Denver Demons*, preparándome mentalmente para mi primer partido con los *Arizona Armadillos*.

—Igual que antes de cualquier otro partido —gruño, aunque no es del todo cierto, pero no soy de los que llevan sus emociones a flor de piel. No voy a mostrar debilidad delante de mi hermano y del capitán del equipo, que en este caso es la misma persona.

—Es bueno saberlo porque espero el mismo rendimiento de ti que de Shelby —dice Caiden con severidad—. No la cagues.

—No voy a hacerlo —refunfuño molesto y me conecto los auriculares para ponerme música rap a todo volumen antes de que tengamos que salir al hielo.

En realidad, me gusta más el metal, pero para animarme antes de un partido, llevo años recurriendo con éxito al rap agresivo con letras casi ofensivas.

Salimos de Phoenix en la mañana y volamos de vuelta al día siguiente al mediodía.

Debería alegrarme de haberme alejado por fin de todo, pero el esperado alivio de la distancia con B y los niños aún no se ha materializado.

Desde que B y yo nos acostamos y acordamos barrer el tema bajo la alfombra, las cosas han cambiado entre nosotros.

Ya no hacemos cabriolas nerviosas como después de nuestro embarazoso acto de desnudez inconsciente en el dormitorio, pero ahora, al menos yo, tengo un problema completamente distinto.

Porque estoy permanentemente caliente. Y es por B.

El sexo con ella no me deja en paz y atormenta mis pensamientos. Y mis entrañas. Ni siquiera entiendo por qué.

He tenido sexo mucho más inusual, sucio y caliente que en el dormitorio en

la posición del misionero. Cuando te pones a ello, fue probablemente uno de los actos más inofensivos, educados y suaves que he tenido.

Sin embargo, me pareció altamente satisfactorio y significativo.

Es una locura, ¿verdad?

¿Es lo prohibido lo que me excita tanto? ¿El saber que me he acostado con la mujer que nunca se me ha permitido tener?

Entonces, ¿por qué fantaseo con volver a hacerlo?

¿Lo prohibido no pierde su atractivo tan pronto como lo has hecho?

¿Y qué pasa con B? ¿Cómo se siente al respecto? ¿Acaso piensa en ello?

Si no la conociera a fondo, pensaría que todo sigue igual entre nosotros. Pero aunque ella piense que no me doy cuenta de las miradas de reojo que me dedica en secreto, yo sí me doy cuenta.

Lo que daría por saber qué pensamientos pasan por su cabeza en esos momentos.

De repente, alguien me da un golpecito en el hombro acolchado, haciendo que mis pensamientos se detengan. Parpadeo y levanto la vista.

Es Shelby. Me dice algo, pero no puedo distinguirlo porque la música está tan alta en mis oídos que ahoga todo lo demás.

Me quito los auriculares del oído y frunzo el ceño.

—Allá vamos, colega. Empieza el espectáculo. Guarda tus cosas y pon el culo en el hielo —grita Shelby y pasa por delante de mí hacia la puerta.

Asombrado, me doy cuenta de que somos los últimos en el vestuario.

¿He estado tan metido en mi túnel que me he perdido todo lo que me rodea?

Eso nunca me pasa.

Estoy centrado en la preparación del partido, sí. Concentrado, también, pero completamente fuera de mí, no.

Me apresuro a dejar los auriculares a un lado y sigo a Shelby fuera de la cabina y hacia el hielo.



Los *Denver Demons* son un rival molesto. Siempre lo han sido. Son fuertes, disciplinados y muy talentosos.

Un partido contra ellos nunca es fácil.

La última vez que se enfrentaron, los *Armadillos* perdieron contra los *Demons*, por eso hoy quieren saldar cuentas.

Caiden, en particular, está deseando patearles el culo a los *Demons*, aunque

sea por motivos personales relacionados con su novia y ahora jefa del equipo de los *Armadillos*, Arielle Remington.

La última vez que Caiden jugó contra los *Demons*, estaba en un momento completamente diferente de su vida y se encontraba en un mal momento.

No fue hace tanto tiempo y una vez más me asombro de lo rápido que la vida puede dar un vuelco y todo puede cambiar.

Me pongo en la posición inicial con Shelby, la de delanteros, y durante los siguientes noventa minutos, o los que acaben siendo, ignoro por completo todo lo demás.

Con esto me refiero también al nerviosismo previo a mi primer partido *con los Armadillos*, que nunca admitiría que se apodera de mí.

Lo último en lo que pienso antes de ponerme en modo batalla es en el mensaje de texto de B que me ha llegado al entrar en el estadio.

Acaba con ellos. Creo en ti y estaré frente al televisor, así que no olvides sonreír a las cámaras y saludarme.

x B

B sabe que nunca miro a las cámaras y que cuando captan mi mirada, siempre frunzo el ceño en lugar de sonreír amablemente. Todo el revuelo mediático me molesta y, como me importa una mierda cómo me perciben en el exterior, no oculto mi aversión, cosa que a B le hace mucha gracia y siempre aprovecha para burlarse de mí por ello.

Pero la primera parte de su mensaje significa más para mí que la parte de las burlas. La parte en la que escribe que cree en mí y que me vigilará.

B no es una persona que diga algo que no piensa sólo para ser amable o complacer a los demás.

En otras palabras, si ella dice que cree en mí, así es. Como no voy a hacer el tonto para no estar a la altura de sus expectativas, sólo hay un resultado posible para mí esta noche: salir patinando del hielo como un ganador.

—Vamos —le grito a Shelby mientras intercepto el disco, piso el hielo con los patines y corro hacia la portería contraria.

Shelby patina a mi lado. No puedo verlo, pero sé que está ahí. Es esa

conexión invisible que tienen los hermanos entre sí.

Cuando un jugador de la defensa contraria se coloca delante de mí, le paso el disco a Shelby sin mirar en su dirección y no me sorprendo lo más mínimo cuando por fin giro la cabeza y me doy cuenta de que está a punto de disparar.

Apunto, golpeo, acierto.

¡Golpea!

El disco entra.

Suena el timbre y los espectadores saltan de sus asientos, vitoreando.

Bien, damas y caballeros. Ese fue el primer golpe.

Choco los cinco con Shelby y vuelvo patinando a nuestra posición para repetir todo de nuevo y ampliar nuestra ventaja.

La segunda vez es al revés: Shelby toma la delantera, lo bloquean y me lanza el disco, que yo introduzco en la portería.

Es pan comido y, por lo que a mí respecta, podría durar eternamente.

Pero, por supuesto, no es así. Los *Demons* no van a seguir cayendo así para siempre. No deben ser tan estúpidos como para que podamos pasar una tercera vez con la misma estrategia.

Lo intentaremos de todos modos. Después de todo, nunca se sabe y tienes que explotar las debilidades mientras te den la oportunidad.

Los *Demons* nos descubren en el tercer intento y nos quitan el disco, que aprovechan para dirigirse a nuestra portería.

Sin embargo, no han contado con Caiden, que está esperando para enfrentarse a ellos.

¿He mencionado que se está tomando este partido como algo muy personal?

El hecho de que su amada esté sentada en las gradas viéndole hoy, igual que entonces, aunque en circunstancias completamente distintas, le anima aún más a no dejar que le metan un gol.

Cualquiera que conozca a Caiden Sloane sabe que es mejor no interponerse en su camino cuando está cargado.

Los jugadores de los *Demons* también lo saben, y se acobardan cuando él los persigue, decidido a arrebatarles el disco. A cualquier precio.

Caiden está rodeado de tales destellos de furia que resulta cegador. No es de extrañar que coja el disco casi sin esfuerzo y se dirija a la portería de los *Demons* en fila con Shelby y conmigo.

Va a meterla. Solo.

Lo sé incluso antes de cruzar la línea de medio campo.

Una gran sonrisa se dibuja en mi cara y si las cámaras captaran mi expresión ahora, B tendría por fin la sonrisa que ha deseado durante años.

Pero por suerte el casco oculta mis emociones y así el secreto de lo mucho

que disfruto en el hielo con mis hermanos y pateando culos se mantiene a salvo.

Si tenía alguna duda sobre si había hecho bien en dar la espalda a Vancouver y empezar de nuevo con los *Armadillos*, se desvanece en el momento en que Caiden marca el tres a cero a favor de los hermanos Sloane.

Juntos somos simplemente imbatibles. Supongo que ahora es un hecho.



—¿Vais a salir esta noche? —pregunto mientras subimos a uno de los transbordadores que nos esperan después del partido y volvemos al hotel.

—No. Estoy esperando a que Elle termine sus reuniones y me recompense por ganar por goleada.

Caiden sonríe asquerosamente y puedo ver literalmente en su mente una película porno en la que él y Elle son los protagonistas.

—Tío, debe de ser increíble follarse a la jefa —le digo—. Te agarra de los huevos todo el día y luego te los acaricia por la noche. Qué suerte tienes.

—Eso se llama una relación. Deberías probarlo cuando tengas ocasión. Tiene sus ventajas —responde Caiden, poco impresionado—. Hasta Shelby le ha cogido el gusto, y eso es mucho decir.

Shelby gruñe divertido.

—Quien diga que el principio de una relación es el fin del sexo no tiene ni idea. Sienna me exige más de lo que puedo darle y eso es realmente imposible.

—Porque está embarazada, amigo. Es un secreto a voces que las embarazadas siempre están cachondas —interviene Caiden.

—¿Sienna está embarazada? —pregunto, perplejo—. ¿Por qué no lo sabía?

Caiden y Shelby intercambian una mirada significativa que no consigo descifrar.

—Tienes muchas cosas entre manos en este momento y no queríamos añadir más —dice Shelby.

—Mentira —grito indignado—. Me mudé a Phoenix porque quería formar parte de vuestras vidas. Así que es completamente contraproducente excluirme.

—Lo siento, tío. Tienes razón —Shelby se muestra sorprendentemente manso—, pero últimamente pareces muy tenso y serio. Si no supiera que de todas formas no me lo dirías, te preguntaría qué pasa, pero he decidido que la mejor manera de ayudarte es mantener alejado de ti cualquier tipo de estrés.

—¿Qué tipo de estrés? El estrés es todo tuyo. Te das cuenta de que pronto tendrás *dos* hijos entre manos, ¿verdad?

La sonrisa de Shelby se ensancha.

—Sí. Y no parará ahí.

Sacudiendo la cabeza, miro a mi hermano pequeño, que hasta hace unos meses era considerado un mujeriego incorregible.

—Creo que deberíamos brindar por eso. Una cerveza en el bar del hotel estará bien, ¿o es que ahora estáis los dos bajo el yugo de vuestras esposas y tenéis que estar en casa a las ocho en punto?

—Si ese fuera el caso, estaríamos en un montón de problemas ahora mismo porque son casi las diez.

—Sí, ¿y qué? Antes ni siquiera empezábamos la fiesta antes de medianoche.

—Los tiempos cambian —dice Shelby encogiéndose de hombros, lo que me hace sacudir la cabeza una vez más.

—¿Ah, sí? ¿Hacen eso? Se me debe haber pasado.

¿Dónde demonios se ha metido mi hermano pequeño? ¿El que nunca se perdía una fiesta y nunca era demasiado bueno para una orgía? ¿Qué le habrán hecho?

Aunque antes no creía en la existencia de los extraterrestres, ahora sí porque no hay duda de que el hombre que está a mi lado es un extraterrestre que se ha apropiado de la apariencia de mi hermano.

¿Qué otra explicación podría haber para su confuso comportamiento?

El transbordador se detiene frente al hotel y bajamos.

Afortunadamente, un tabique nos ha aislado del conductor para que nadie, aparte de nosotros tres, haya oído nuestra conversación privada.

—¿Qué pasa ahora? ¿Bar? —pregunto impaciente.

Shelby y Caiden ponen caras de angustia y finalmente asienten.

—Shelby paga —les informo mientras nos acomodamos en un rincón tranquilo y esperamos nuestras cervezas.

Es lo menos que podemos hacer.

—Dime, ¿cómo van las cosas entre tú y B? —quiere saber Caiden mientras la camarera deja nuestras cervezas y brindamos el uno por el otro.

—¿Qué quieres decir? —me hago el tonto.

—Bueno, vivís en la misma casa, fingís ser una familia, dormís en la misma cama...

—Quiere saber si por fin lo habéis hecho —se ríe Shelby.

—¿Hacer *qué*?

—¿Ahora en serio? ¿Quieres hacer *ese* truco conmigo? —dice Caiden, molesto—. ¿Has olvidado que te conozco desde hace más de treinta años, Lio? Por eso acabas de darme la respuesta a mi pregunta con tu pésima cara de póquer.

—¿Qué es eso? —doy una respuesta beligerante y me arrepiento en el momento en que Caiden abre la boca y continúa.

—Te la follaste. Te follaste a tu mejor amiga.

Shelby se atraganta con su cerveza y empieza a toser.

—Mierda, tío, ¿en serio? —jadea—. Entonces, ¿cómo fue? Increíble, ¿verdad?

Eso es tan típico otra vez. Aunque se podrían hacer mil preguntas empáticas, discretas y diplomáticas en esta situación, a Shelby sólo le interesa una cosa.

Inhalo lenta y profundamente. Luego exhalo de nuevo.

Me recuerdo a mí mismo que pegarle un puñetazo en la cara a mi hermano pequeño no resuelve los problemas, sino que crea otros nuevos. Por desgracia. Porque me habría encantado arrancarle a Shelby la sonrisa sucia de la cara.

—Ahora cuéntame. ¿Cómo es tirarse a tu mejor amiga? ¿Se excitó mucho? ¿Gimió tu nombre? Eso debe haber sido muy raro, pero de alguna manera también totalmente increíble, ¿verdad?

—Fue… —empiezo y veo cómo Shelby y Caiden se inclinan hacia mí, expectantes.

Sus caras de expectación me hacen reír, aunque en realidad estoy totalmente cabreado porque me han descubierto.

—Ha sido increíble, ¿vale? ¿Estáis contentos ahora?

Caiden mira a Shelby, que a su vez me mira a mí.

—¿Satisfecho? Eh, ¿no? Por supuesto que no. Queremos detalles. Montones y montones de detalles. Detalles detallados. ¿En serio crees que vas a librarte de nosotros? ¿*Fue increíble*, sin más?

Suspiro.

Eso era obvio.

¿Por qué insistí tanto en tomar una cerveza con mis hermanos? Por qué no les dejé irse a su habitación y disfrutar de mi cerveza en paz y a solas?

Esto me está dando una puta lección para toda la vida.

Me gustaría levantarme e irme ahora mismo. Pero como mis hermanos me seguirían hasta el retrete para satisfacer su curiosidad, no me queda más remedio que comerme mi orgullo y contarles todo.

Genial.

CAPÍTULO 26

BLAKELY

ESTOY TUMBADA en la cama mirando al techo, ensimismada, cuando mi móvil empieza a vibrar y anuncia una llamada de Elliott.

Es tarde, más de las once. En realidad había supuesto que Elliott y los chicos estarían celebrando su victoria contra los *Demons* en algún bar y dejándose llevar, pero cuando contesto a la videollamada, Elliott ya está en la cama.

Lleva una camiseta negra y parece que está relajado, más que de fiesta, lo que me hace dudar.

—Hola, ¿estás bien? —le pregunto escéptica.

—Sí, claro. ¿Por qué no iba a estarlo? —me responde.

—Bueno, parece que estás en el hotel. Eso es inusual.

—Me tomé una cerveza con Shelby y Caiden en el bar del hotel y luego ya no me apetecía salir de fiesta —responde encogiéndose de hombros.

—¿Te estás haciendo viejo o estás enfermo? —me burlo de él—. ¿Desde cuándo te saltas voluntariamente una fiesta?

Suspira y se frota la cara con la mano libre.

Me pongo seria y me siento.

—¿Qué te pasa, Lio?

—No lo sé. Yo... no sé. Probablemente sólo estoy cansado.

—Hoy has tenido un partido importante, que te ha supuesto un reto mental y físico. Es normal que estés cansado —le digo suavemente.

—No es eso —contradice.

—¿Entonces qué es?

—Sienna está embarazada otra vez. Shelby va... va a ser padre por segunda vez.

Sonrío porque esta noticia en realidad no me sorprende. Era de esperar.

—Bueno, eso es genial.

—Sí, lo es, supongo.

—¿Y por qué te preocupa?

—Bueno, es difícil para mí imaginar a Shelby como un padre obediente. Tú lo conoces, sabes lo que le hace funcionar y no es exactamente el epítome de una figura paterna responsable.

—La gente cambia, Lio. Todos crecemos a partir de nuestros desafíos y de las circunstancias que nos trae la vida. Shelby ha seguido adelante. Ha completado la fase salvaje de su vida y estaba listo para el siguiente paso. Ha descubierto por sí mismo lo que le hace verdadera e indiscutiblemente feliz y ha encontrado el valor para ir a por ello.

Elliott emite un sonido indefinible, pero no dice nada más.

Una clara indicación de que es mejor cambiar de tema. De momento.

—¿Qué sentiste al jugar con los *Armadillos*? ¿Te divertiste?

—¿Viste el partido? —quiere saber Elliott.

—Claro que lo vi. Con Clara y Josh. Les pareció genial verte en la tele.

—Entonces te diste cuenta de que salí, ¿no?

—¿Porque marcabas goles? Por supuesto. No me refiero a eso y tú también lo sabes, Lio. Así que dejémonos de juegos y hablemos claro, ¿vale?

Elliott cierra los ojos y exhala ruidosamente.

—Lo siento —murmura—. No soy yo mismo en este momento. Me siento inquieto y agitado. No consigo calmarme.

—Si ese es el caso, tal vez deberías salir, tomar unas copas y ligarte a alguna tía buena para endulzarte la noche. Eso ha funcionado siempre en el pasado, ¿no?

—Sí —suspira—. Sí, ha funcionado pero no quiero poner en peligro nuestra falsa relación y además, ahora mismo preferiría estar tumbado en la cama hablando con mi mejor amiga. Si te soy sincero, preferiría estar en casa. Contigo.

—Dices eso en cada partido fuera de casa —sonrío.

—Porque es verdad. Sabes que no me gusta estar lejos de ti. Eres el yang de mi ying.

—Soy la guardiana de tus cereales, querrás decir. Siempre te quejas de que no tienen los cereales adecuados en los hoteles de lujo en los que te alojas. Esa es la verdadera razón por la que prefieres estar en casa, porque sabes que, a diferencia de tus chabolas de cinco estrellas, yo siempre tengo tus cereales favoritos en stock.

Lio sonríe y sacude la cabeza.

—¿Crees que soy tan ingenuo?

—Sí —respondo sin dudar, pero mi risa me delata.

—Ay —sonríe Elliott y luego se pone serio—. ¿Cómo le va a Josh? ¿Le van

bien las cosas en el colegio?

—No he oído nada en contra, pero él quería saber cuándo volverás a casa. No es que lo admita, pero está muy unido a ti. Cuando fui a llamarlo para cenar esta noche, lo encontré en el garaje. Estaba sentado mirando tu moto como esperando a que entraras por la puerta y la empezaras a trabajar con él.

—Dile que nos pondremos al día mañana por la noche.

—¿En serio? ¿No es demasiado para ti? Pensé que querrías un poco de paz y tranquilidad primero.

—No, está bien. Lo haré encantado.

—Gracias —sonrío—. Es bueno para él pasar tiempo contigo. Le quita de la cabeza la incertidumbre que rodea a Summer. Aunque no lo diga, se que le molesta mucho estar lejos de su madre. A diferencia de Clara, se da cuenta de la gravedad de la situación.

—Sí, yo también lo sospecho —responde Lio pensativo—. ¿Hay noticias de Summer? No pueden retenerla para siempre.

—Creo que todo se reduce a un trato. Si coopera con las autoridades, dejarán el asunto estar. Summer no quiere eso y puedo entenderlo, pero puede que no tenga otra opción.

—¿En serio no tiene otra opción?

—Por lo que parece, no. He investigado por mi cuenta y he buscado la forma de ayudarla, pero los hechos no se pueden negar. Violó la ley, aunque con la mejor intención, y la pillaron.

Parpadeo y se me saltan las lágrimas de rabia al pensar en lo impotente que soy. Me duele no poder hacer nada más para ayudar a Summer que proporcionarle un abogado competente y cuidar de sus hijos.

—B, cariño, vamos. No seas tan dura contigo misma.

La voz mantecosa de Elliott es como una caricia que me toca la piel. Aunque esté a miles de kilómetros, puedo sentirlo en este momento. Puedo sentir su mano acariciando mi cuerpo y consolándome. De repente le echo tanto de menos que se me corta la respiración y sólo puedo respirar a trompicones.

—Ojalá estuvieras aquí —suelto antes de pensarlo mejor.

—Volveré mañana —susurra con ternura—. No puedo pasar más de una noche sin mis cereales favoritos. Ya lo sabes.

Resoplo y sonrío torcidamente.

—Eres un idiota, Lio.

Me guiña un ojo con picardía.

—Lo sé. Pero por eso me quieres.

Si supiera cuánta verdad hay en esta afirmación tan frívola.

Quizás sea mejor para todos que no lo sepa. Así es como debe seguir. Al

menos hasta que me dé cuenta de lo que quiero hacer con nosotros. Hasta que mi mente y mi instinto, o debería decir mi *corazón*, se pongan de acuerdo.

Aunque he intentado convencerme de que el sexo entre nosotros no significó nada, sé que sólo me miento a mí misma. El sexo no fue más que la confirmación de lo que he estado llevando conmigo durante muchos años y que siempre he reprimido enérgicamente.

La confirmación de lo que mi instinto, que siempre he ignorado con éxito, ha estado intentando decirme durante mucho tiempo.

Elliott Sloane es mucho más para mí que un simple compañero o amigo.

Pero como no me gustan mis posibilidades con él, ni quiero poner en peligro nuestra amistad, nunca he admitido esos pensamientos y sentimientos. Desde que estamos tan unidos, su presencia se ha vuelto de repente omnipresente, lo que me hace imposible seguir cerrándome a la verdad.

Tengo que afrontarla. Tengo que aceptarla. Al mismo tiempo, tengo que admitirme a mí misma que puede que no me llene, pero al menos era mucho más fácil vivir con una mentira.

CAPÍTULO 27

ELLIOTT

CUANDO ABRO la puerta principal y atravieso el umbral, Clara ya está corriendo hacia mí, riéndose y rodeándome el muslo con los brazos.

—Has vuelto —me grita exultante.

Tengo que admitir que este saludo me deja boquiabierto, porque no estoy acostumbrado a que me reciban con tanto cariño.

Normalmente, después de un partido fuera de casa, siempre vuelvo a un piso vacío donde sólo me recibe el silencio. Por eso suelo tirar mi bolsa de viaje al pasillo antes de bajar a donde B para relajarme con ella.

Me quedo inmóvil, sin saber dónde poner las manos.

Palmeo torpemente la cabeza de Clara y espero a que me suelte.

Cuando levanto la mirada, me encuentro con los ojos de Blakely que brillan divertidos. Está de pie en la puerta de la cocina, con los brazos cruzados delante del pecho, observándonos divertida.

Josh está de pie junto a ella, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y una expresión ligeramente malhumorada en el rostro.

—Bueno, ¿eres un héroe? —sonríe B, mientras Clara me suelta, me coge de la mano y tira de mí hacia la cocina, hablando alegremente.

—Hola, cariño —digo al pasar, dándole a B una palmada en la frente a modo de saludo y esforzándome por seguir escuchando atentamente a Clara.

—Cariño, ¿por qué no dejas que Elliott llegue primero, eh? —B sonríe mientras Clara me hace un gesto para que me siente y se sube a mi regazo. Gesticulando con entusiasmo con las manos y los pies, me habla de su proyecto escolar, para el que tienen que ir de excursión a una granja cercana.

—¿Qué tal si entramos en Internet y vemos algunas fotos de la granja que visitaréis mañana? Así Elliott podrá descansar mientras tanto.

—Ah, sí, estupendo —dice Clara con aprobación—. ¿Te parece bien que vaya con la tía B? —pregunta, girándose hacia mí.

—Por supuesto —respondo con seriedad, pero sonrío en secreto.

—¿Entonces no te ofendes ni nada?

—No, no me ofendo. Te lo prometo.

Clara me mira un momento, como si intentara calibrar si le estoy diciendo la verdad. Luego parece llegar a la conclusión de que está bien dejarme en paz y se baja de mi regazo.

—Hasta luego —digo a B y Clara, y me levanto para deshacer las maletas y cambiarme.

Josh me mira de pie en silencio en la esquina. Parece que quiere decir algo.

—¿Todo bien, colega? —intento sonsacarle.

Asiente con la cabeza.

—¿Te apetece trabajar un poco en mi máquina? Estoy completamente agotado y me vendría bien un poco de ayuda. Por supuesto, entiendo si no tienes tiempo o no te apetece pero me harías un gran favor.

Eso es una total gilipollez, por supuesto.

No estoy acabado ni dependo de la ayuda de Josh ni de nadie, pero no puedo sacarme de la cabeza la conversación de ayer con B y su afirmación de que Josh está sufriendo por la ausencia de su madre.

Quiero ayudarle y como he visto que él, al igual que yo, no es alguien que pueda o quiera hablar de sus sentimientos, tengo que trabajar con lo que sé que funciona.

En este caso, eso es la distracción.

—Sólo tengo un poco de tiempo —refunfuña, haciendo todo lo posible por ocultarme su evidente alegría ante mi pregunta.

Le hago un favor y finjo no darme cuenta.

—Gracias, tío. Nos vemos en el garaje dentro de diez minutos. Te veo ahí.



Observo atentamente como Josh limpia cuidadosamente el filtro de aire con un cepillo. Parece muy concentrado.

Mi estrategia parece estar funcionando. Está tan concentrado en su trabajo que parece olvidar todo lo demás, especialmente sus preocupaciones.

Me arrodillo a su lado y dejo que se ponga manos a la obra. Es naturalmente bueno, por eso no tengo que corregirle ni una sola vez.

Cuando termina, me entrega la pieza para que la examine. La inspecciono meticulosamente y asiento con satisfacción.

—Tiene buena pinta. Puedes encajarla. ¿Recuerdas cómo?

—No soy estúpido —gruñe Josh.

—No, de verdad que no lo eres —le respondo, poco impresionado.

—¿Tú crees?

—¿Qué?

—Bueno, que no soy estúpido —murmura tímidamente.

—Sí, claro que lo digo en serio. Si no, ¿por qué iba a decirlo?

—No sé, la gente dice muchas cosas que no quiere decir.

—Pues yo no. Prefiero decir poco a decir mucho, pero cuando digo algo, lo digo de verdad.

—Yo también —admite Josh, sin decirme nada nuevo.

—Mantén esa calidad, amigo. Ya hay suficientes charlatanes en el mundo que sólo dicen estupideces y difunden palabrería.

Josh sonríe. No es frecuente que las emociones se agiten en él. Me alegra aún más que mi comentario, que en realidad era un sabio consejo, le haya arrancado una sonrisa.

—Eres muy guay, Elliott —dice, haciendo que se me escape una sonrisa.

Me doy la vuelta precipitadamente y me aclaro la garganta para que no pueda ver lo mucho que me afecta este cumplido.

Para una persona ajena puede ser una simple declaración irrelevante, pero yo sé que es mucho más que eso. Y lo aprecio. Muchísimo, en realidad.

—Gracias, colega. Tú también eres muy guay —respondo, haciéndome el interesante y acariciándome los pantalones—. Cuando hayas instalado la pieza, abriremos la puerta del garaje y arrancaremos el motor para comprobarlo.

Josh asiente y vuelve al trabajo.

Veinte minutos después, parece feliz y orgulloso mientras observamos con satisfacción nuestro trabajo terminado.

Puede estarlo. Porque aprende muy rápido y sin mucha ayuda.

—¿Qué te parece? ¿Sorprendemos a las chicas encargándonos de la cena de esta noche? —le pregunto mientras destapo la máquina.

—¿Sabes cocinar? —pregunta Josh con escepticismo, dando en el clavo.

Aunque no soy un completo novato como Shelby, tampoco soy un profesional como Caiden. Soy un mediocre aceptable, pero eso no satisface mis estándares. Sin embargo, no tengo tiempo ni ambición para cambiar eso.

—Creo que si trabajamos juntos, conseguiremos algo decente en el plato. Entonces, ¿te apuntas? ¿O te acobardas?

—Nunca me acobardo —Josh muerde, levantando la barbilla con determinación.

—Buena actitud. Entonces ve a cambiarte rápido y luego ven a la cocina. Y

piensa en lo que podemos hacer para que tu hermana y B sean felices.

CAPÍTULO 28

ELLIOTT

SÍ, lo admito. Soy un cobarde que prefiere esconderse y huir de sus problemas en lugar de afrontarlos.

¿Por qué si no paso cada minuto libre en ese maldito garaje escondido detrás de mis motos, dos más de las cuales han sido entregadas mientras tanto?

B acaba de irse al colegio con Josh y Clara después de que yo me quedara dormido porque mi erección no me dejó dormir en toda la noche.

Si hubiera sabido el calvario que supondría tumbarme obedientemente junto a mi mejor amiga y no tocarla después de haberme enterrado profundamente en su dulce y apretado coñito unos días antes, nunca me habría arriesgado.

Estoy jodidamente cachondo y lo suficientemente patético como para pajearme en la ducha mientras imagino a B chupándomela.

¡Joder!

¿Qué me pasa?

Nunca pensé que estaría contando los días hasta el próximo partido fuera de casa, pero ahora mismo este mal es lo de menos.

—Buenos días, dormilón —llega la voz de B desde el otro lado de la moto.

Me sobresalto y la llave inglesa se me cae de la mano.

¡Jesús! Empiezo a dudar de mí mismo.

B se acerca a la máquina y me tiende una taza de café humeante.

—¿Qué te pasa, Lio? No se te podía despertar esta mañana.

Me levanto con un suspiro y cojo la taza, de la que bebo un sorbo revitalizante del oro negro.

—¿Vas a callarte y esperar a que olvide mi pregunta o vas a cambiar de tema? —sonríe B—. Esa estrategia no funcionará.

Dejo la taza en el armario contra la pared y apoyo las manos en el estante. Agachando la cabeza, sopeso mis opciones y luego me decido por la verdad desnuda, porque cualquier otra cosa me volvería loco.

—Bien, ¿qué te parece esto? He estado despierto porque me habría encantado follarte con todos los trucos del libro. ¿Qué te parece la respuesta? ¿Te satisface?

Me giro hacia B con expresión de dolor. Ella se queda mirándome, atónita.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan callada ahora? ¿Estás esperando a que olvide mi pregunta o a que cambie de tema? Bueno, esa estrategia no va a funcionar —la golpeo con sus propias palabras.

Traga saliva y se frota el cuello con nerviosismo.

—¿Tú... tú querrías hacerlo otra vez? —balbucea—. ¿Con... conmigo?

—¿Es tan descabellado, o por qué lo dices como si te acabara de confesar que me gusta la zoofilia?

—Bueno, yo, bueno… —se aparta un mechón de pelo de la cara con un movimiento vacilante—. No pensé que fuera lo suficientemente interesante y excitante para ti.

—¿Eh? Me temo que ahora mismo no te entiendo muy bien, B. ¿Te importaría iluminarme?

Ella junta los dedos y raspa nerviosamente la punta de su zapato en el suelo. ¿De qué tiene tanto miedo? Estaba dentro de ella hasta la empuñadura y me corrí dentro de ella. Mi puto semen salió de su coño. ¿Por qué está tan avergonzada ahora? Ambos sabemos que hemos cruzado la línea, pero pensé que habíamos dejado atrás el baile.

Al parecer, me equivoqué.

—Conozco tus preferencias, Lio. Te gusta duro y sucio. Inusual. El otro día, no eras tú. No lo haces en la posición del misionero. No te gusta el sexo de flores.

—Y lo sabes tan bien porque me has visto tener sexo muy a menudo, ¿verdad?

—Te he oído gemir bastantes veces, Lio.

—Entonces, ¿no gemí cuando te follaba?

—No creo que sea suficiente para ti. No soy como las mujeres que sueles tener. Soy buena y aburrida, supongo.

—En primer lugar, ninguna mujer es como tú. Eres una puta excepción a la que quiero más que a nada por esa misma razón, ¿vale? Y segundo, no eres buena ni aburrida. Eres inexperta, B. Esa es una gran diferencia. No sabes lo que te gusta porque apenas has experimentado hasta ahora —contradigo.

—Te equivocas —susurra, haciéndome hervir la sangre—. No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—No, *tú* te equivocas —respondo con rotundidad, agarrándola del brazo y tirando de ella con fuerza hacia mí—. Quítate la ropa. Ahora mismo.

—¿Qué? —chilla sin aliento.

—Ya me has oído. Quítate la ropa. Ahora.

B respira agitadamente. La incertidumbre parpadea en sus ojos cálidos y atentos.

—Confía en mí —susurro con un tono más suave y retrocedo un paso.

Con manos temblorosas, se quita la blusa por encima de la cabeza, se descalza y se quita los pantalones.

—El resto también. Te quiero desnuda —gruño—. Y si puede ser, hoy.

Veo cómo se le pone la piel de gallina al oír mis palabras. Le gusta que le den órdenes. Lo recordaré.

Se quita el sujetador, las bragas y las medias y me mira, con los ojos muy abiertos por la incertidumbre.

Acorto la distancia que nos separa, la agarro por las caderas y la siento de espaldas en mi moto.

—Inclínate hacia atrás, agárrate al sillín con las manos y abre las piernas —le ordeno.

B se estremece ante la frialdad del tapón de gasolina, pero se echa hacia atrás y apoya las manos en el asiento. Se pone de puntillas con las piernas a derecha e izquierda del tubo de escape de la moto. Su coño está abierto de par en par y completamente a mi merced.

Joder, qué calor.

Me inclino hacia delante y entierro mi cara en su pubis sin previo aviso.

Mi lengua se desliza por su raja y le arranca un grito agudo.

Normalmente me calentaría lamiendo lentamente, pero estoy tan jodidamente hambriento que no puedo contenerme de nuevo y devoro el coño de B con ávidos lengüetazos.

Chupo con fuerza e intensidad y cuanto más grita ella, más salvaje me pongo. Mis manos vagan por mi cabeza, buscando sus suaves y turgentes tetas y amasándolas con lujuria.

El jugo de B gotea sobre el sillín, formando un charco e invitándome a penetrarla analmente una vez más. Y maldita sea, lo haré. Pero quizás hoy no.

Pasan menos de dos minutos antes de que se levante y se corra con fuerza. Suelta el sillín, me agarra del pelo, me aprieta la cara contra su coño y gime roncamente mi nombre.

¡Joder!

Me enderezo, la agarro por el culo y me tambaleo hacia la pared con ella en brazos. La apoyo contra ella, apoyo su pierna izquierda en el suelo, me rodeo la cintura con la pierna derecha, me abro los pantalones a toda prisa y le meto la polla en el agujero. Temblando de lujuria.

—Perdona, cariño, pero me has puesto tan cachondo que tengo que usarte ahora.

Apoyo la frente en la suya y la penetro con fuerza. Con cada embestida, el pie de B se levanta del suelo. Sus dedos se clavan en mis hombros y el dolor mordaz sólo aumenta aún más mi lujuria.

—Mierda, qué bien —gimo excitado, mirando nuestra conexión—. Realmente me estás matando apretándome así.

B jadea bajo mi penetración y chilla cuando agarro su pierna que está en el suelo, la envuelvo alrededor de mi cintura y la inmovilizo contra la pared con pequeños y firmes empujones.

Me clavo en ella, follándola sin piedad ni consideración. A juzgar por sus gritos de placer, es exactamente lo que quiere y necesita.

El segundo orgasmo también la invade como un aguacero. Inesperado, incontrolado y violento.

Su apretado coñito se envuelve alrededor de mi polla y le saca todo el jugo.

Echo la cabeza hacia atrás y doy rienda suelta a mi lujuria.

Me importa una mierda que nos oigan los vecinos o que venga la policía a encerrarnos por molestar con el ruido. Este orgasmo es como un terremoto fuera de la escala de Richter y desencadena una ola monstruosa que voy a cabalgar hasta la orilla redentora.

Eso es exactamente lo que hago mientras me derramo caliente y pesadamente dentro de B.

—¿Y bien? —murmuro entrecortadamente contra sus labios cuando vuelvo a pensar con cierta claridad—. ¿He gemido lo bastante sucio?

La dejo en el suelo con cuidado, la apoyo contra la pared y, cuando me he asegurado de que sus piernas no la dejan caer, voy a mi caja de herramientas y saco unas bridas.

Agarro a B de la mano y la conduzco hasta el radiador, que baña el garaje con un agradable calor.

Como B está todavía tan aturdida y entre algodones por el clímax, sólo se da cuenta de lo que estoy haciendo cuando ya es demasiado tarde.

La pongo de espaldas al radiador, le sujeto las muñecas por encima de la cabeza y la ato al tubo con la brida.

—¿Qué haces? —jadea sorprendida, pero no le contesto y salgo del garaje sin decir palabra.

—¿Lio? —me llama asustada—. ¡Lio, vuelve aquí ahora mismo!

Sonrío y entro en nuestro dormitorio, donde rebusco en el armario con la esperanza de encontrar un par de zapatos de tacón.

Aunque B no les tenga mucho aprecio, toda mujer debería tener al menos un

par de zapatos de follar.

Efectivamente. Encuentro un par de tacones rojos al fondo del armario. Con una sonrisa triunfal, entro en el garaje, donde B me recibe con las mejillas sonrojadas y un brillo furioso en los ojos.

Me chupo los labios con fruición y saboreo la visión de su cuerpo desnudo y atado, indefenso a mi merced.

—¿Qué demonios haces? —me suelta.

Le guiño un ojo y me agacho para ponerle los zapatos. Por supuesto, se resiste, lo que lo hace aún más interesante. Para que se quede quieta, tengo que agarrarle la entrepierna como advertencia, de la que gotea mi jugo caliente y corre por sus delgados muslos.

Con un gruñido de satisfacción, me enderezo y le sonrío descaradamente.

—Vamos a ver qué te apetece hoy, cariño.

—¿Qué? —pregunta sorprendida.

—Hoy vas a ser mi putita, Blakely Beckett. Voy a divertirme contigo. Con todo lo que esté a mi alcance. A veces suavemente y a veces —levanto una ceja provocativamente— no tan suavemente.

Un escalofrío recorre el cuerpo de B. Sus yemas se endurecen y se estiran lujuriosamente hacia mí.

—Hola, preciosa— murmuro tentadoramente y me inclino para meterme los dedos en la boca—. Quieres que papá te cuide, ¿verdad?

B jadea, maldice y maldice, pero su cuerpo, apretándose contra mí en señal de invitación, la traiciona.

—Eres un depravado, Elliott Sloane —gime mientras le acaricio los pezones con la lengua y amaso su culo con avidez con la mano libre.

—Mimado, sí —murmuro con su pecho en la boca—, pero, ¿por qué voy a pajearme cuando puedo follarte a voluntad? ¿Qué tendría eso de divertido?

CAPÍTULO 29

BLAKELY

MIS OJOS lanzan destellos de ira a Elliott, que silba alegremente mientras desmonta la última máquina que le entregaron, sin prestarme atención en absoluto.

Se ha quitado la camisa y trabaja sin camiseta, lo que es puro cálculo e intención.

Su cuerpo, cubierto de tatuajes y acerado por los músculos, brilla bajo una fina película de sudor por el trabajo físico que está realizando y... por el sexo sucio de la pared que aún puedo sentir entre mis piernas.

—Tengo que trabajar —grito enfadada—. Desátame.

Levanta la vista y me dedica una sonrisa sucia.

—¿Has dicho algo? —pregunta, haciéndose el sordo.

Luego enciende la radio que está en el armario contra la pared, impidiendo cualquier otra conversación entre nosotros.

Maldito bastardo astuto.

Suelto un grito de rabia y maldigo a Elliott, que tiene en la mano alguna pieza de mierda de su máquina y la inspecciona como si fuera lo más interesante que ha visto en su vida.

Cada sacudida de mis ataduras es en vano. Necesitaría unas tijeras o un cuchillo, ¿pero de dónde voy a sacarlos?

Es inútil. Estoy completamente a merced de Lio y sus caprichos. Aunque me odio por ello, esta constatación me excita. Igual que la expectación, mezclada con el miedo a lo que me va a hacer.

Pasan otros diez minutos antes de que se levante y se acerque a mí tan ágilmente como una pantera.

—Bueno, guapa. ¿Qué tal nosotros dos? —sonríe—. ¿Te apetece?

—Que te jodan, Lio —siseo, resistiéndome a su mirada provocadora.

—¿Quieres que me folle, sí? ¿Así? —me pregunta, bajándose la cremallera

de los pantalones que le caen sobre las caderas y sacando su polla medio erecta, que empieza a frotar con fruición.

—¿Te gusta, cariño? ¿Lo estoy haciendo bien, o prefieres que *te* folle yo o que me folles tú? —susurra seductor al pillarme mirando su paja con las mejillas encendidas.

Cierro los ojos y sacudo la cabeza. Intento calmarme. Todo mi cuerpo palpita, pulsa y arde, pidiendo a gritos que Elliott lo toque.

Dios mío, nunca me he sentido tan electrizada y excitada en mi vida como en este momento. Si esto sigue así, me va a dar un infarto a este ritmo y moriré miserable y desnuda, atada a un radiador con bridas.

Grandes perspectivas, ¿verdad?

Abro los ojos horrorizada y chillo cuando algo helado me golpea la nalga derecha.

—¿Te he dado permiso para cerrar los ojos? —murmura Elliott siniestramente, levantándome la barbilla con el destornillador que acaba de utilizar para darme un buen golpe en el trasero.

—Parece que has olvidado que tu situación actual dicta que me obedezcas.

—¿Obedecerte? Creo que te has equivocado. No eres el irresistible Christian Grey que crees ser, Sloane —siseo despectivamente, provocando una risa profunda y gutural de Elliott—. Y esto no es Cincuenta Sombras de Grey: La Versión de Garaje.

La risa de Elliott aumenta. Echa la cabeza hacia atrás y se ríe a pleno pulmón, lo que, por desgracia, es tan contagioso que tengo que unirme a él.

¡Mierda!

Pero estoy enfadada con él.

—Te quiero, B. Dios, te quiero tanto —jadea cuando se ha calmado de nuevo —. Y me encanta que los juegos de rol calientes contigo muten en un mejor espectáculo de Punch y Judy.

—Ese es un buen punto. No es como si estuvieras encadenado y desnudo —refunfuño.

—Cariño, me encantaría desnudarme para ti y dejar que me encadenes si eso significa que me usarás una y otra vez. Úsame. Acaríciame. Chúpamela. Fóllame. Bésame. Hasta que ya no tenga fuerzas para mantenerme en pie. Hasta que no quede ni una gota. Joder, ¿ves lo que me provoca sólo de pensarlo?

Elliott se pasa la mano nervuda y venosa por la polla larga y gruesa, que sobresale tiesa y preparada.

Vale, después de todo, puede que no me importe volver a ver ciertas escenas de Cincuenta Sombras.

Me relamo los labios resecos. Un tópico ridículo que me haría poner los ojos

en blanco si no estuviera tan caliente.

Hipnotizada, veo cómo Elliott se acerca a mí y acaricia su polla erecta a través de mi raja.

El sonido que hace su erección al pasar por su semen mezclado con mi humedad me hace jadear.

—¿Necesitas más? —sonríe cuando mi boca se encuentra con su pecho desnudo y beso con avidez su piel caliente.

—Sí —respiro excitada, deseando que mis manos estuvieran libres para poder introducir su palo profundamente y sentirlo dentro de mí.

—¿Cómo lo quieres, B, eh? ¿Cómo te gustaría?

—Yo… —balbuceo y me interrumpo— quiero montarlo.

—¿*Montarlo*? —se asombra Elliott—. ¿Así que quieres ser mi sucia vaquerita y montar de verdad al toro?

—Sí —gimo—. Joder, sí.

Elliott resopla triunfante y, por mucho que me hubiera gustado darle una patada en los huevos por esa mirada arrogante y ensimismada que tiene, prefiero, al menos de momento, aprovechar sus pelotas de otra manera.

Elliott se marcha y vuelve poco después con un cuchillo, que utiliza para cortar las bridas de los cables.

—Hora del rodeo, cariño —susurra, dándome una palmada en el culo desnudo con la palma de la mano—. Si ésta fuera nuestra casa, te lo haría en la alfombra del pasillo. Pero tenemos que comportarnos. Así que al dormitorio. Ahora mismo.

Me coge de la mano y me lleva a grandes zancadas a nuestro dormitorio, donde me suelta, se quita los zapatos, las medias y los pantalones, y se tumba tentadoramente en la cama.

Apoya la cabeza en la palma de la mano y me mira, esperando, con los ojos brillantes de pasión.

Los músculos de sus brazos están tensos y la fuerza brutal, unida al aura peligrosa e indomable que le rodea, no sólo hace que mis nervios se agiten, sino que también hace que fallen por completo.

—Creía que querías montar, B. Si es así, deberías subirte a la silla despacio y darme las espuelas —se burla de mí con esa voz increíblemente sensual y ronca que me dice lo mucho que él también desea eso.

Trago saliva y espero no haber hablado demasiado. Porque la última vez que estuve encima durante el sexo fue hace media eternidad. Con el Sr. Conejo sólo hay una posición y eso basta para que me corra. Pero con Elliott, que no conoce límites, mi imaginación se dispara.

La idea de tenerlo debajo de mí y controlar así nuestra lujuria hace que mi

centro palpite tan violentamente que me duele.

Cuando llego a la cama, Elliott extiende su mano libre hacia mí, me agarra de la mano y me acaricia las muñecas.

—Todo está bien, B —me dice con la cálida sonrisa que suele lucir cuando se está tomando sus cereales en mi presencia, feliz consigo mismo y con el mundo—. Tú marcas el ritmo y la intensidad. Yo te ayudaré.

—¿Qué es esto, Elliott? ¿Qué estamos haciendo aquí? —susurro sin aliento.

—Lo que deberíamos haber hecho hace años, cariño. Escuchar a nuestros corazones y dejar que nuestros sentimientos piensen —responde con ternura—. Y ahora vamos, súbete y demuéstrame lo que sientes por mí.

Sus dedos rozan mi palma y se entrelazan con los míos. Es como si este contacto no sólo conectara nuestras manos, sino también nuestros corazones.

Hay una confianza básica incondicional. Una conexión indescriptiblemente profunda. Y esta familiaridad tranquilizadora.

Me subo a la cama con él, me siento en su regazo y abro las piernas.

Elliott se gira de modo que su espalda está sobre las sábanas y coloca su mano libre en el interior de mi muslo. Un simple gesto que envía un mensaje claro e inequívoco: *mía*.

Le pertenezco. Y él es mío.

Con una respiración agitada, levanto la pelvis, agarro su dureza y exhalo lentamente mientras me acomodo sobre él.

Es grande y me estira hasta mis límites.

En esta posición, lo siento tan intensa y profundamente que puedo oír los latidos de su corazón en mis oídos y sentirlo en la punta de los dedos de mis pies.

Es increíble y tan intenso que amenaza con reventar mi percepción.

Elliott está tumbado debajo de mí, con la mandíbula tan apretada que su rostro, ya de por sí llamativo, está tan tenso que cualquier cuchillo afilado quedaría romo contra él.

Su mano derecha se posa en mi muslo mientras la izquierda sigue aferrando la mía.

Siento nuestra íntima conexión en los rincones más profundos de mi alma y, cuando empiezo a girar la pelvis, me doy cuenta de lo que quería decir Elliott con lo de dejar que sean nuestros sentimientos los que piensen.

Cierro los ojos y me dejo caer. De repente me doy cuenta de por qué bloqueamos el mundo que nos rodea cuando besamos y también cuando soñamos y nos concentramos en lo que sentimos.

Cerramos los ojos porque algunas experiencias son intangibles para nuestra mente y sólo podemos verlas con nuestros corazones latiendo al unísono.

Es muy sencillo y absolutamente obvio. Sin embargo, es inimaginable hasta que lo experimentamos por nosotros mismos.

CAPÍTULO 30

ELLIOTT

ESTOY COMPLETAMENTE AGOTADO y acaricio la grácil espalda de B con la punta de los dedos, ensimismado.

B está medio tumbada encima de mí. Tiene la cara apoyada en mi hombro. Tiene una pierna sobre mi cintura. Respira suave y pausadamente. Su mano descansa sobre mi corazón.

Creo que nunca me he sentido tan a gusto y contento como en este momento.

—Supongo que la táctica de fingir que no ha pasado nada se ha acabado, ¿no? —murmura lánguidamente y suspira—. ¿Ahora somos mejores amigos con derecho a roce?

—Somos más que eso, B. Mucho más. ¿Y sabes qué es lo más absurdo? Que todo el mundo lo ha visto menos nosotros —murmuro.

Ella levanta la cabeza y enarca las cejas interrogante.

—¿Qué quieres decir?

Una sonrisa pesarosa aparece en mi rostro mientras acaricio suavemente la mejilla de B.

—Tu padre lleva años diciendo que tú y yo seríamos la pareja perfecta. También Caiden y Shelby. Todos me lo han profetizado pero yo siempre lo descarté como una tontería. Tenían razón. En todo.

—Pero tú amas tu libertad —interviene Blakely.

—Por encima de todo, te quiero a ti. Te quiero por dejarme ser quien soy y no intentar cambiarme. Amarte no me limita porque me dejas ser libre, porque incluso me animas a ser libre.

—Elliott —dice B con seriedad—. No sé en qué burbuja estás ahora, pero ¿puedo recordarte que tu libertad no se limita a montar en moto, sino también a practicar sexo salvaje y desenfrenado con mujeres que cambian constantemente? Tienes la sensación de tener una distinta cada noche. O varias.

—Sí, ¿y sabes por qué? Porque ninguna de ellas pudo nunca satisfacer mi

deseo. Ninguna de ellas pudo domar el anhelo dentro de mí. Estaba inquieto, B. Buscando algo que ni siquiera sabía lo que era hasta que me acosté contigo. Hasta que estuve dentro de ti y encontré mi redención en ti. Tuve mi realización frente a mí todos esos años. Siempre estuvo a mi alcance. ¿Por qué crees que salía contigo todo el tiempo? Porque eres mi persona favorita. La persona que significa todo para mí. Sólo que nunca me permití pensar que nuestra conexión era mucho más profunda de lo que queríamos admitir porque secretamente temía perderte si metía la pata. No podía imaginarme la vida sin ti. Ahora… ahora sólo de pensar en un solo *día* sin ti me enferma de miedo.

—¿Así que estás diciendo que me amas? No como amigo, sino como... ¿como compañera?

—Te quiero a todos los niveles, B. Como mi mejor amiga. Mi compañera. Mi santa y mi puta.

B pone los ojos en blanco y sonríe.

—Realmente eres la única persona que conozco que pondría un santo y una puta en la misma frase.

—Eso es porque están muy unidas. Y quien diga lo contrario es un hipócrita —respondo, sin impresionarme.

—De acuerdo. Pero, ¿cómo sabes que yo también te quiero?

Me río divertido.

—¿Qué clase de pregunta absurda es esa, B? Claro que me quieres. Y de qué manera.

—¿Será que los hermanos Sloane os despojasteis de todo vuestro surtido de autoestima cuando nacisteis? No me extraña que no quedara nada para el resto de nosotros —resopla.

—¿Intentas decirme que *no* me quieres o qué? —gruño.

—Yo… —B se interrumpe y se sienta— estoy un poco agobiada. Eso es todo.

—¿Agobiada? ¿De qué?

—*¿De qué?* ¿De qué, me pregunto? De nosotros. De esto. Fuimos amigos durante años y ahora... —tartamudea torpemente.

—Todavía lo somos ahora. Y un poco más, también. Nada ha cambiado.

—*Todo ha cambiado* —contradice ella.

—Ah, sí, ¿qué ha cambiado? ¿Que mi polla se ha abierto camino hasta tu coño? —pregunto burlón.

—No seas tan vulgar, Lio.

—Ya ves, ahora eres tú la puta que se hace la santa, porque hace diez minutos no podía ser lo suficientemente vulgar para ti y ahora pretendes ser decente. Querida, tu codicioso coño está lleno de mi esperma, que sale a chorros

y gotea sobre mi estómago. Y parece que te gusta. En cualquier caso, no estás haciendo ningún esfuerzo por cambiar eso. Así que quítate el halo falso y coge tu tridente en su lugar. Definitivamente te queda mejor.

—¿Podemos ser serios por una vez?

—*Hablo* en serio.

B pone los ojos en blanco, lo que le vale una palmada en su trasero apretado de mi parte.

Un error. Porque el tentador sonido que hace mi mano en su piel sedosa hace que me ponga rígido de nuevo.

—Vale —me tranquilizo—. La versión adulta y sofisticada. El hecho es que hemos tenido cientos, si no miles de citas, B. Nos conocemos a la perfección. Nos ponemos de los nervios. Discutimos. Nos abrazamos. Charlamos. Nos reímos. Diablos, incluso lloré delante de ti cuando mi madre estaba enferma. Para usar las palabras de Shelby, somos como una vieja pareja casada. Un matrimonio que guardó el sexo no sólo hasta la noche de bodas, sino hasta sus bodas de oro y que ahora tiene ganas.

B resopla divertida y sacude la cabeza casi imperceptiblemente.

—¿Y cómo te imaginas que funcionará esto con nosotros? Nunca has tenido una relación, Lio, al menos no por mucho tiempo.

—Sí, la he tenido. He tenido una relación durante ocho años. Contigo.

—No soy fan de las relaciones abiertas.

—Eso es bueno. Yo tampoco, así que piensa en ella como cerrada. Eso va para ambas partes. El Sr. Conejo va a la papelera. No volverás a verle.

B se inclina cerca de mi oído y susurra prometedoramente:

—Sí, lo harás. Si juegas fuera de casa y tenemos sexo por video...

—Lo dice la mujer que afirma que no es lo bastante sucia y salvaje para mí —me río entre dientes—. Amén a eso. Realmente no necesitas hablarme de vulgaridad, Queen B.

—Bueno, en cuanto a eso...

—En cuanto a eso, estoy deseando adiestrarte a mis necesidades.

—No soy un perro, Lio.

Hago una mueca de diversión.

—Cariño, cuando acabe contigo, suplicarás llevar un collar y arrastrarte a cuatro patas.

B se ríe a carcajadas.

—Sigue soñando, bicho raro.

Le guiño un ojo y tiro de ella hacia mí.

—¿Nos darás una oportunidad? ¿Vamos a intentarlo juntos? Es verdad cuando digo que básicamente nada cambiará entre nosotros. No tenemos que

probar si una relación entre nosotros funcionará. Ya lo sabemos. Y con la cantidad de orgasmos que mi polla y mi boca ya te han dado, sólo puede haber una respuesta a mi pregunta.

—Crees que es tan fácil… —interviene ella.

—Es tan fácil, o tan difícil, como nosotros lo hagamos. Ése es el problema de las mujeres, pensáis demasiado.

—Sí, porque tenemos que pensar por vosotros, los hombres.

—¿Hola? Como si los hombres no pensaran.

—Pensáis con el rabo. Nosotras pensamos con el corazón.

—Pues entonces somos súper compatibles —me regocijo.

B frunce el ceño.

—¿Y eso por qué?

—Uno tiene lo que le falta al otro y viceversa. Así que juntos formamos un todo. Si esa no es la razón definitiva para entablar una relación, entonces no sé cuál es.

CAPÍTULO 31

ELLIOTT

HAN PASADO tantas cosas en los últimos días que me cuesta seguir el ritmo.

Desde que B y yo acordamos intentarlo juntos como pareja, todo ha ido bien y sin problemas.

Ahora me siento aceptado y respetado por los *Armadillos*. Summer saldrá de prisión mañana: ha hecho un trato con el FBI que le permitirá recuperar su libertad. Estoy deseando que llegue el partido en casa esta noche. Es más, me siento preparado y confiado por primera vez.

Aunque todo esto es motivo de alegría, no sé qué pasará a partir de mañana.

Cuando Summer sea dada de alta y vuelva a casa, ya no necesitará la ayuda de Blakely con sus hijos, lo que significa que Blakely podrá volver a Canadá. Eso a su vez significaría que vamos a estar separados a partir de ahora.

Por supuesto, sólo nos separarían unas horas de vuelo, pero la idea de verla sólo los fines de semana no me atrae en absoluto.

Nos hemos visto casi todos los días durante los últimos ocho años y ahora que prácticamente nos estamos redescubriendo, siento que el tiempo juntos es más necesario que nunca. Sobre todo porque actualmente estamos manteniendo un perfil extremadamente bajo y centrándonos en Clara y Josh más que el uno en el otro.

En teoría, todo esto terminaría mañana y por fin tendríamos tiempo para comprometernos como pareja, pero no sé qué pasará después de mañana. Hasta ahora hemos eludido con éxito esta conversación.

Lo único que sé es que B, Clara y Josh estarán esta noche en el estadio para ver el partido con Sienna y Hannah.

Hasta hoy, no entendía por qué Shelby se preocupaba tanto y se desvivía por ganar cuando su familia va al estadio. Ahora no entiendo cómo *no* pude entenderlo antes.

Perder delante de B y de los niños, a los que he cogido mucho cariño, es

completamente impensable.

Cuando esa tarde piso el hielo ante el rugido ensordecedor de los aficionados, estoy más decidido que nunca.

Más concentrado. Más centrado.

La voluntad de ganar es casi sobrehumana.

Tengo tantas ganas de patearles el culo a los *Vermont Vikings* que mis patines hacen agujeros en el hielo por el calor que se acumula en mi interior.

Busco a B y a los niños en las gradas de la familia de jugadores y cuando los veo, no puedo evitar sonreír.

Me alegro de que hoy estén aquí para apoyarme.

Antes pensaba que podía arreglármelas perfectamente solo y que no necesitaba a nadie. Probablemente eso sea cierto pero, sinceramente, la sensación de saber que hay alguien que te quiere y te anima es realmente edificante y fortalecedora.

¿Por qué luchar solo si no tienes que hacerlo?

¿Por qué ser un lobo solitario cuando se está mucho mejor en manada?

¿A quién quiero demostrarle algo? ¿Y para qué?

Siempre pensé que dejarme llevar por los sentimientos y mostrarlos era un signo de debilidad. Ahora me doy cuenta de que no hacerlo es la verdadera debilidad.

Dejarse guiar por sentimientos que no pueden ser justificados lógicamente por la razón es un riesgo. Un gran riesgo. Y arriesgarse requiere valor. No es para pusilánimes ni mucho menos.

Es un poco como saltar al mar desde un acantilado sin saber si hay rocas afiladas bajo la superficie.

Lo único que sabe es que el vuelo será impresionante.

Pero, ¿lo pagarás caro con un impacto duro y mortal?

¿O llegarás sano y salvo al fondo donde podrás saborear la euforia del vuelo incluso después de aterrizar?

Sólo podrás averiguarlo si te arriesgas y saltas.

Si te quedas al borde del precipicio, nunca golpearás con fuerza el suelo, pero nunca experimentarás lo que se siente al volar.

Sin riesgo. Sin diversión.

Aunque he seguido este lema toda mi vida, nunca lo había aplicado a algo intangible como los sentimientos. Hasta ahora. Hasta que me dieron una buena razón para hacerlo. Por B. Con B.

—Jo, Lio, ¿estás soñando? —Shelby me saca de mis pensamientos.

Parpadeo y le miro.

—Hora de jugar, tío. A gobernar. Hora de aplastarlos.



Duchado, satisfecho, pero también cansado, espero fuera del vestuario después del partido a que Ruby me recoja para las entrevistas de prensa.

No fue un partido fácil y sólo conseguimos ganarlo en la prórroga. Pero lo que cuenta es el resultado, eso está claro.

Como hay un ajetreo frenético fuera del vestuario, me alejo unos pasos y me apoyo en la pared unos metros más atrás, ligeramente molesto.

Estaría bien acabar cuanto antes con las entrevistas para poder llegar hasta B y los niños, que nos están esperando para salir a comer algo juntos.

La verdad es que es la parte de la noche que más me apetece. Bueno, aparte de la parte en la que desnudo a B y me la follo tranquilamente hasta que se duerme.

Estoy mirando aburridamente el móvil para pasar el tiempo de espera cuando, de repente, siento que dos manos me rodean la nuca y tiran de mí hacia ellas.

Al principio, estoy tan sorprendido que dejo que ocurra.

No es propio de B lanzarse sobre mí en público, pero acepto lo que puedo de ella.

Sin embargo, cuando levanto la vista, no es B quien tira de mí hacia ella, sino Layla.

Me sonríe coqueta, me aprieta los pechos y salta sobre mí sin previo aviso.

Si no la hubiera rodeado con mis brazos por reflejo, habría caído con fuerza. Con el cemento que hay aquí, eso habría acabado mal.

—¿Qué...? —empiezo, pero no llego más allá de esa palabra porque sus labios ya se han posado sobre los míos.

Me pilla completamente por sorpresa y me sobresalto pero hay una pared detrás de mí, así que no me alejo demasiado.

Pasan dos o tres segundos y soy incapaz de reaccionar porque no esperaba este encuentro ni este saludo. Entonces dejo enérgicamente a Layla en el suelo y me separo decididamente de ella.

Estoy a punto de decir algo cuando me atacan de nuevo. Esta vez no es Layla, sino Josh.

—Eres un traidor —me grita y me da un puñetazo en el estómago—. Creía que eras diferente. Creía que podía confiar en ti pero eres como todos los demás.

¿Qué demonios es esto?

Estoy completamente mudo y tan perplejo que ni siquiera me defiendo de sus

puñetazos, simplemente me quedo parado sin entender nada.

—Josh, ven aquí, colega —consigo decir por fin, pero él no me escucha en absoluto, sino que se da la vuelta enfadado y se aleja.

—Josh, espera un momento —le digo.

En vano. Se ha ido.

—¿Quién era? —pregunta Layla, cuya presencia había olvidado por completo.

—El hijo de una amiga de mi amiga —murmuro y me tiro de los pelos—. ¿De qué iba todo eso?

Ella se encoge de hombros y sonríe cohibida.

—Cuánto tiempo sin verte. Te he echado de menos, Lio. Ahora que juegas con los *Armadillos*, podríamos vernos más a menudo. Después de todo, nos divertimos mucho juntos.

—Énfasis en *tuvimos* —gruño.

Layla es una conejita con la que me he divertido en el pasado después de mis partidos en Phoenix. Es sexy y desinhibida. Vale la pena pecar con ella, pero no es rival para B en ningún aspecto, y por eso no tengo que pensármelo dos veces antes de rechazarla.

He encontrado mi hogar. Sé cuál es mi sitio y no voy a hacer una mierda para ponerlo en peligro.

—¡Elliott, ahí estás! Te he estado buscando —dice Ruby por encima de las cabezas de los transeúntes, acercándose a mí.

—¿Cómo que me estabas *buscando*? Llevo esperándote al menos un cuarto de hora —le respondo, molesto.

Si hubiera llegado a tiempo, me habría ahorrado tanto el encuentro con Layla como el arrebato de Josh.

—No es que esté de brazos cruzados, créeme —replica—. Ahora vamos. Los periodistas están esperando.

—Entonces probablemente tendrán que esperar aún más.

—¿Qué? —Ruby frunce el ceño sorprendida.

—Josh acaba de estar aquí. No sé qué quería, pero está bastante cabreado y ahora se ha ido. Tengo que encontrarle antes de que meta la pata.

—¿Y eso por qué? ¿Qué ha pasado?

—No es importante —sopeso—. Tengo que...

El timbre de mi móvil me interrumpe. Es el tono de B.

Descuelgo inmediatamente.

—Hola, yo...

—Lio, me voy a casa con Clara y Josh, ¿vale? No estoy segura de lo que acaba de pasar, pero Josh quería pasarse por aquí a la salida, así que uno de los

camareros de la sala familiar accedió a llevarlo. Menos de cinco minutos después, apareció y estaba completamente nervioso. Murmuró algo sobre haberte visto con una mujer en brazos y besándola. ¿Es cierto? —quiere saber B. Su voz es tranquila, pero puedo oír la incertidumbre en ella.

—Sí, pero no es lo que piensas… —empiezo.

Incluso para mis oídos, esta afirmación tan manida suena completamente hueca, estúpida e inverosímil. Aunque sea la verdad.

—Puedo explicarlo. Dame cinco minutos y estaré contigo.

—Las entrevistas —sisea Ruby.

Levanto la mano molesto y le digo que se calle. ¿Qué me importan las putas entrevistas?

—No te enfades conmigo, Lio. Pero no creo que sea una buena idea. Josh está muy molesto y no creo que te quiera cerca en este momento. Lo que ha visto debe haberle disgustado mucho. ¿Puedes quedarte con uno de tus hermanos o en tu piso esta noche? Está listo para mudarse, ¿no?

¿Perdón?

¿Estoy a punto de que me echen de mi casa?

—B, vamos, no hubo nada, ¿vale?

—¿No hubo nada? Tú mismo admitiste hace un minuto que besaste a otra mujer. Así que tuvo que haber habido algo, Lio.

El tono de B es ahora más agudo y tenso que antes, lo que me pone en alerta máxima.

—Ya te he dicho que yo...

—Ahórratelo, ¿vale? No se trata de mí. O de nosotros. Se trata de Josh en este momento. Está enfadado. Y molesto. Y herido. Quiero ponerlo en un ambiente seguro y tratar de entender lo que está pasando dentro de él. Porque ahora mismo no lo sé. Todo lo que sé es que no quiere verte. Así que vamos a hacerle un favor, ¿de acuerdo?

—¿Puedo volver a casa cuando esté dormido? —pregunto a regañadientes.

Ella suspira. Es un suspiro cansado y resignado.

—Te vería por la mañana cuando se levante. No creo que sea buena idea.

Siento que un pánico glacial se apodera de mí y un sudor frío de miedo se filtra por mis poros.

Es lo malo de conocer a la otra persona tan bien como B y yo nos conocemos. Sabes exactamente cuándo algo va mal. Aunque B no lo admite y echa la culpa a Josh, puedo sentir claramente que se está distanciando de mí en este momento.

—¿Esto cambia algo entre nosotros? —pregunto con voz tranquila y quebradiza, y trago saliva.

—Estaré en contacto, ¿vale? —ignora mi pregunta—. Nos vemos entonces, Lio.

—¡B, espera! Yo…

Miro la pantalla del móvil y me doy cuenta, con el corazón palpitante, de que ha colgado.

—¡Joder! —grito, pateando con rabia la pared del estadio—. ¡Joder, joder, joder!

—Vale, cálmate. Ahora mismo —me sisea Ruby y tira de mí—. Por el amor de Dios, baja aquí ahora mismo y cuéntame qué ha pasado.

—Nada —consigo decir entre dientes apretados—. Hagamos estas putas entrevistas para que pueda largarme de aquí.

CAPÍTULO 32

BLAKELY

—POR FAVOR, no empieces a llorar ahora, si no todos mis esfuerzos habrán sido en vano —se lamenta Summer mientras la abrazo con fuerza fuera de la comisaría.

—Bienvenida a la libertad —murmuro con voz ahogada y me siento tan feliz de haber recuperado a mi amiga que las lágrimas me nublan la vista. Me apresuro a parpadear—. Venga, vámonos. Vámonos de aquí.

Subimos a mi coche y dejamos atrás el edificio gris.

—¿Te gustaría ir a casa? ¿O prefieres tomar algo?

—Me conoces demasiado bien, Beckett —sonríe Summer, pasándose los dedos por el pelo—. Me vendría muy bien una copa ahora mismo, pero ¿quién va a recoger a los niños al colegio?

—Pues té en vez de tequila —sonrío, ganándome una mirada de disgusto de mi amiga.

—¿Qué nos ha pasado, eh?

—Lo dice la mujer que acabo de recoger de la cárcel —me burlo de ella, sabiendo que no quiere compasión.

—Definitivamente, nunca volveré allí —dice Summer con rotundidad—. ¡Nunca!

—Hiciste lo correcto. Y hacer lo correcto rara vez es lo más fácil. Por eso muy poca gente lo elige. La mayoría toma el camino de menor resistencia.

Summer emite un sonido abatido.

—No es tan estúpido, B. Les ahorra ir a la cárcel.

—Sí, puede ser. Pero no cambian nada. No consiguen nada dejándose llevar ciegamente por la corriente, sin cuestionar sus actos ni usar su voz —contraataco.

—Pero al menos no se meten en problemas ni a sí mismos ni a la gente que les importa. Es muy difícil ser una buena persona —suspira Summer—. El

precio es jodidamente alto.

—Pero valió la pena. El fármaco fue aprobado. Gracias a tu investigación. Ayudará a miles, probablemente millones de personas. Salvará la vida de muchos de ellos. Eres una heroína. ¿Te das cuenta de eso?

—Ahora soy principalmente una prisionera del FBI. Me tienen en sus manos. ¿Te lo imaginas? ¿Yo trabajando para el gobierno?

Chasqueo la lengua y pienso en las palabras de Summer.

—Sabes, quizá no sea tan malo que ahora trabajes para ellos. Les vendría bien alguien con tanto talento como tú para acabar con los malos y, además, estoy convencida de que no te intimidarán. Tienes voz y la usarás. Les guste o no.

—Claro que sí —gruñe Summer—. Tendrán el paquete completo y seguirán deseando haberme dejado en paz.

—Si les das una oportunidad, puede que descubras que no son el enemigo en absoluto y que puedes hacer mucho más con sus recursos de lo que podrías por tu cuenta —señalo.

—Estamos hablando del gobierno, B. Ni tú misma te lo crees.

—¿Sinceramente? Yo no me precipitaría. Dales una oportunidad y juzga cuando te hayas formado una opinión. Siempre decimos que no hay que dejarse influir por las opiniones de los demás. Así que tenemos que cumplirlo nosotras mismas. Todos estamos de acuerdo en que no estamos a favor del Gobierno como tal pero, ¿quién sabe? A lo mejor el departamento de ciberdelincuencia y espionaje con el que vas a trabajar no es tan malo. Apuesto a que están llenos de empollones como tú y puede que incluso encuentres allí al hombre de tu vida.

Summer suelta un bufido sin poder contenerse. Obviamente, piensa que mi línea de pensamiento es bastante absurda pero lo que digo va en serio.

El hecho es que no tiene elección. Si quiere seguir libre, tiene que cooperar y trabajar con el FBI. No hay nada que decir al respecto. Así que puede complicarse innecesariamente la vida odiando todo lo relacionado con esta situación, o puede abordarla con una mente abierta y sacar lo mejor de ella.

Espero que Summer elija este último camino pero es ella quien debe decidirlo. Es adulta. Sólo puedo compartir mi opinión con ella, pero la decisión es enteramente suya.

—Cambiando de tema, ¿qué he oído? ¿Tú y Elliott Sloane? ¿Estuvisteis cuidando juntos de Clara y Josh? ¿Por qué no me lo dijiste? No me había dado cuenta de que ahora estabais...

—Es complicado —la interrumpo—. Los servicios sociales insistieron en que tus hijos fueran colocados en una familia intacta. Así que Elliott y yo les hicimos creer que éramos una familia intacta, feliz y cariñosa. Como Elliott se

había pasado a los *Armadillos*, esta mentira piadosa era perfecta. Era la única forma realista de salvar a Clara y Josh de un hogar de acogida.

Summer me mira de reojo, atónita. Le devuelvo la mirada mientras nos detenemos en un semáforo.

—¿Qué?

Ella baja los ojos con culpabilidad.

—No me había dado cuenta de los problemas que te he causado y de la posición en la que te he puesto, B. ¡Mierda, lo siento mucho!

—No lo sientas. Estaba feliz de hacerlo. Y Elliott también. He hecho de su hermana o de su prima tantas veces que seguro que podría devolverme el favor. Además, sólo han pasado unas semanas. Así que no te preocupes.

—¿Eso significa que en el futuro Elliott y tú viviréis en países diferentes?

Me mordisqueo pensativamente el labio inferior, meditando la pregunta de Summer.

—No quieres dejarle marchar, B. Y lo sabes —dice cuando no respondo a su pregunta.

—Su vida está aquí ahora y la mía en Vancouver —replico torpemente.

—Tu vida está donde está la suya y viceversa. Me gusta recordarte lo que...

—No hace falta —suspiro con desgana—. Sé que crees que Elliott y yo somos la pareja perfecta. Aparentemente, todo el mundo menos nosotros lo ha visto.

—¿Qué quieres decir? —inquiere Summer, frunciendo el ceño.

—Mi padre y los hermanos de Elliott también creen que deberíamos ser algo más que amigos.

—¿Cómo sabes eso? ¿Qué me he perdido? Mierda, realmente te pierdes la vida en la cárcel. ¿Qué más me he perdido? ¿Se ha demostrado la existencia de extraterrestres? ¿Hemos colonizado Marte? ¿Las mujeres cobran ahora lo mismo que los hombres? ¿Ha sustituido el aire a la gasolina? ¿Se ha retrasado la edad de jubilación hasta los 90 años?

—Mucho mejor —digo misteriosamente y me uno a su juego—. O mucho peor. De momento no estoy tan segura.

—¡Oh, no! ¿Ha pulsado Kim Yong Dumm Bumm el botón?

Sonrío divertida y digo que no.

—Eso no, pero aún así hubo una gran explosión: me acosté con Elliott.

—¿*Tú* qué? —chilla Summer, sobresaltándome tanto con su reacción que casi provoco un choque.

—¡Jesús! ¿Te has vuelto loca? —jadeo.

—¡No, pero por fin has entrado en razón! Tenemos que celebrarlo. Tequila en vez de té. Ahora mismo. Todavía puedo ser una buena madre mañana. Gira a

la derecha. Quiero saberlo todo. Cada detalle. ¿Me oyes?

CAPÍTULO 33

ELLIOTT

—¿QUÉ le pasa al tío Elliott? —le pregunta Hannah a su padre, mirándome con preocupación.

—El tío Elliott está enfermo de amor. Es una enfermedad terrible que hace que te duela el corazón, ¿sabes?

Hannah entrecierra los ojos y piensa.

—Creo que a mí también me dolió el corazón cuando le gritaste a mamá y no quisiste ser mi papá.

La sonrisa de Shelby se derrumba. La consternación se extiende por su rostro. Levanta a Hannah en brazos y apoya la frente en la suya.

—Barbie Girl, no ha habido un solo momento en mi vida en el que no haya querido ser tu papá. Ni uno, ¿vale?

—Pero te escapaste. Y mamá lloró.

—Gran actuación, tío. La has cagado como siempre —murmuro, aunque sé que estoy cometiendo una injusticia con Shelby.

La situación no fue fácil para nadie en aquel momento, y menos para Shelby, a quien la noticia de su paternidad pilló completamente desprevenido.

—Sólo necesitaba un poco de aire fresco para despejarme. Además, he vuelto, ¿recuerdas?

—Me alegro de que hayas vuelto, papi.

—Yo también, ratoncita. Yo también —Shelby sonríe con nostalgia y le da a Hannah un cariñoso beso en su cabeza rizada.

Un timbre en la puerta interrumpe nuestra conversación. Debe de ser Caiden. Gimo y me levanto del sofá para dejarle pasar.

—Que pases buena noche —sonríe y me pone un pack de seis cervezas en el pecho—. Toma, bébete esto.

—¿Por qué estás de tan buen humor? —refunfuño irritado.

—Me la acaban de chupar y ha estado de puta madre —responde

encogiéndose de hombros.

—¿Qué, ahora estás engañando a tu futura esposa o algo así?

—Tonterías. ¿O es que tengo *Elliott* escrito en la frente? Además, mi futura esposa hace las mejores mamadas de todos modos. Así que, ¿por qué iba a hacerlas en otro sitio?

Miro hacia el pasillo vacío y frunzo el ceño.

—¿Y dónde está entonces?

—¿Quién?

—Bueno, Arielle.

—Está aprovechando el tiempo que estoy aquí para trabajar porque sabe que se acaba en cuanto llego a casa.

—¿Por qué todo el mundo tiene una vida tan terriblemente llena y feliz? Es insoportable. —Suelto una de las latas de cerveza de su soporte y la abro con el pulgar, siseando—. Salud.

—Gracias por ofrecerme una a mí también —se burla Caiden.

—Lo siento, colega. Pero son todas para mí. Se llama regalo para el anfitrión.

—Excepto que este piso no te pertenece, sólo eres un invitado aquí hasta que tu piso se estrene oficialmente mañana —replica mi hermano.

—Exacto, eso es lo que he dicho: un regalo para el huésped.

Resopla divertido y me pasa un brazo por los hombros. Volvemos juntos al salón, donde Shelby se despide de Hannah, a la que Sienna está acostando.

—Dale otro beso a tu padre, cariño, y luego dejaremos que papá, tío Elliott y tío Caiden disfruten de su noche de chicos en paz, ¿de acuerdo?

—Gracias, cariño —murmura Shelby, acariciando tiernamente la espalda de Sienna con esa mirada cariñosa que solo se reserva para ella—. Te cuidaré bien más tarde. Te lo prometo.

Sienna se muerde el labio inferior y se sonroja, sabiendo exactamente lo que quiere decir, y nos dedica una cálida sonrisa.

—Nos vemos.

Aún no hay rastro de su barriguita, probablemente porque aún está en las primeras fases del embarazo.

A diferencia de su primer embarazo con Hannah, Shelby no quiere perderse nada esta vez. No se separa de ella y quiere saberlo todo al detalle. Por eso ha insistido en que Sienna y Hannah se muden con él en lugar de seguir viviendo en pisos o casas separadas.

Caiden se deja caer en el sofá y yo hago lo mismo.

—Empecemos otra vez. ¿Por qué te echaron ayer, porque te estabas besuqueando con otra?

—No lo hice y lo sabes —gruño, porque Caiden se está burlando de mi miseria—. Layla apareció de repente y me pilló por sorpresa. No sabía lo que me estaba pasando cuando saltó sobre mí y me morreó.

—El pequeño lo vio, se lo contó a B y ahora está enfadada contigo —conjetura Shelby y se une a nosotros.

—Lo sabría si B me estuviera hablando, pero no he podido hablar con ella desde la llamada de anoche. Intenté llamarla, pero no contestó. Me acaba de mandar un mensaje diciéndome que tiene muchas cosas en la cabeza en este momento porque hoy le han dado el alta a Summer y que quiere apoyarla hasta que todo vuelva a la normalidad. Ni una palabra sobre nosotros o cómo y si las cosas continuarán entre nosotros.

—¿Quieres que continúen? Realmente no eres un tipo al que le gusten las relaciones —dice Shelby, lo que me hace reír.

—Desde luego, no dejaré que me digas eso. Tú, que recorriste media población femenina mundial como un abejorro a los prados de flores antes de conocer a Sienna, ¿eh?

Shelby cruza los brazos delante del pecho en señal de ofensa y responde malhumorado:

—Soy capaz de aprender y resultó que buscaba el amor, aunque ni siquiera lo sabía, pero cuando Sienna se puso delante de mí, todo cobró sentido de repente.

—Sí, y yo siento lo mismo por B.

—Tonterías. Ha estado delante de ti casi todos los días durante ocho años. Como no eres ciego ni tienes problemas de visión, ahora no puedes robarme la historia —refunfuña Shelby—. ¿Por qué no buscas tu propia historia?

—Pongámonos de acuerdo en que Elliott podría haber tenido un par de tomates grandes en frente de los ojos que le impedían ver, ¿vale? —intenta mediar Caiden.

—Entonces debían ser tomates gordísimos —continúa Shelby con beligerancia—. Tomates rellenos. O una tomatera entera.

—Los tomates no crecen en los árboles —gruño—. Lo sabrías si tuvieras más de una neurona en la cabeza.

—Oye, hola, ¿puedo recordarte en qué piso estás disfrutando del asilo? Una frase más como esa y estás fuera. Entonces podrás dormir bajo el puente.

—Corten el rollo —suspira Caiden, molesto—. Así no vamos a llegar a ninguna parte.

—Entonces, ¿por qué no nos dices cómo crees que vamos a llegar a alguna parte? —refunfuño, no menos molesto.

—Es obvio, tienes que hablar con B. La comunicación es importante.

—Acabo de decirte que he intentado llamarla.

—No la llames. Conduce hasta allí. Resuelve las cosas en persona.

—Pero ella dijo…

—Amigo —Caiden interviene—. Estoy saliendo con una de las mujeres más complicadas, tercas y testarudas que ha visto el mundo y te lo digo que en casos como este, sólo hay dos opciones: o la buscas y hablas con ella, o la buscas y te la follas. Te aconsejo que hagas lo primero, porque lo segundo a veces puede poner en peligro tu vida si está muy enfadada contigo. Podría tirarte platos, morderte la polla o, si crees lo que Chase dice de nuestra hermana cuando está borracha, te dispara discos por el culo.

Hago una mueca de dolor. Mi hermana pequeña es realmente una lunática. Una lunática a la que quiero a muerte, pero una lunática. No sé cómo Chase la soporta pero a juzgar por sus ojos de corazón, está totalmente enamorado de ella. Y lo ha estado desde la universidad.

—Muy bien, entonces. Mañana iré a casa de Summer y hablaré con Blakely —cedo.

—¿Y qué le vas a decir? —quiere saber Caiden.

—Voy a explicarle lo que pasó con Layla.

—No, para —me interrumpe de nuevo y empiezo a enfadarme de verdad.

—¿Por qué *parar*?

—Tienes que abrir con una declaración contundente y quitarle hierro al asunto —interrumpe Shelby, lo que le vale un gesto apreciativo de Caiden.

—Ya ves, hasta él lo sabe.

—¿Una *declaración* contundente *de qué*?

—Una declaración fuerte. Algo así como: te amo más de lo que todas las playas del mundo tienen granos de arena, o, la vida sin ti es como un mundo sin hockey sobre hielo. Brillas más que el sol. Algo así.

—Vale, ya lo tengo. Aunque no creo que a B le guste algo tan cursi.

—A todas las mujeres les van esas cosas, créeme. Es mejor si caes de rodillas o empiezas a lloriquear. Entonces es más creíble. Tío, Lio, tienes mucho que aprender —se ríe Shelby, volviéndome loco.

He llegado tan lejos como para dejar que sea él quien me dé lecciones.

No, gracias.

Mañana por fin me mudo a mi propio piso.

Está en el mismo edificio que el de Caiden y Shelby, pero al menos nos separarán unos cuantos pisos y estoy muy agradecido por ello.

Como me estoy dando cuenta, no siempre es una ventaja vivir en la misma ciudad que mi familia. Ahora mismo me gustaría poder dispararles, especialmente a Shelby, a la luna.

CAPÍTULO 34

ELLIOTT

ME SIENTO en mi coche y sigo mirando la puerta de la casa de Summer.

Salir y llamar al timbre. Es tan sencillo y, sin embargo, mi mano está en la manilla de la puerta de mi coche y no se mueve.

Odio admitirlo, pero tengo miedo.

¿Y si B me dice que lo nuestro fue un error? ¿Y si no me hace caso y no tengo ninguna posibilidad de aclarar este estúpido malentendido?

Me siento como en una mala película romántica en la que la solución al problema es tan fácil como que las personas implicadas hablen entre ellas.

Sin embargo, B y yo somos un equipo muy unido. En ocho años, nada nos ha separado y ahora que hemos pasado a un nivel más frágil, ¿de repente se supone que todo se ha acabado?

¿Una ligera ráfaga de viento y todo se derrumba?

Eso no puede ser. No *puede* ser.

Un golpe en el cristal de la ventana me saca de mis pensamientos.

Es Summer.

Aprieta la frente contra la ventanilla e intenta ver algo dentro del coche con la mano sobre los ojos.

Bajo el cristal de la ventanilla y me esfuerzo por sonreír.

—Hola, hermana de la cárcel. ¿Cómo estás?

—Hola, gángster de los cereales. Yo diría que me va mejor que a ti ahora mismo. ¿Estoy en lo cierto?

—No sé lo que quieres decir.

—¿De verdad que no lo sabes? Pareces bastante abatido.

—Puede ser —admito—. ¿Qué te ha dicho B?

Summer abre la puerta y sube al coche conmigo.

Me mira de reojo y sonríe.

—¿Qué pasa? —pregunto, molesto.

—Nada. Es que me alegra ver que por fin habéis *congeniado*. Después de todo, sólo han hecho falta ocho años. Fue relámpago.

—Tardó ocho años y ni siquiera duró ocho días —suspiro—. Es un gran récord.

—¿Das por hecho que se ha acabado? —quiere saber Summer.

—¿No lo está?

—No, ¿por qué iba a estarlo?

—Bueno, por el beso, que no fue consentido. Aunque a nadie parece importarle.

Summer me mira divertida y no puedo evitar la sensación de que sabe más que yo.

—Josh pilló a su padre y el de Clara tirándose a otra. En nuestra cama. También se dio cuenta de lo disgustada y devastada que estaba por ello. Eso lo marcó. Para mi vergüenza, tengo que admitir que en los años que siguieron no dije nada bueno sobre los hombres. A menudo bebía demasiado y cuando estaba de mal humor, me ponía a hablar de cómo todos los hombres son unos sucios cerdos y unos traidores.

Summer suspira resignada.

—Realmente era una madre de mierda, Sloane. No me extraña que Josh sea como es. Todo es culpa mía. También que le cueste confiar en los hombres porque lo único que ve en ellos es traición, engaño y miseria. Sé por B que ha formado un vínculo especial contigo. Le caes bien. Te respeta. Ha confiado en ti. Se abrió y decidió salir de su caparazón por ti. Luego te vio con esa mujer y todo volvió a hervir. Se sintió traicionado por ti. Quería proteger a B de lo que me pasó a mí. De ahí esta reacción.

—Ya veo —murmuro—. Lo siento, Summer. El padre de Clara es un idiota. Debería haberte tratado mejor. Que Josh haya tenido que ver todo eso... joder. El chico es un tío muy valiente.

—Sí, lo es, pero eso ya pasó. Es cosa del pasado. B y tú, en cambio, sois el presente. Está en vuestras manos. Sé que no pasó nada, Elliott. No eres tan estúpido como para engañar a B en público. Además, la respetas demasiado como para traicionarla y humillarla así. Ella también lo sabe.

—¿Pero entonces por qué no me habla? ¿Por qué me evita?

—Porque tiene miedo, Lio. Porque la situación de ayer le hizo darse cuenta de que eres condenadamente famoso, increíblemente rico y extremadamente deseable. No cree que pueda ser suficiente para ti a largo plazo porque sabe todo sobre las mujeres de las que sueles rodearte. Por desgracia, son todas muñecas Barbie extremadamente guapas, top models con piernas de alfiler y alguna que otra actriz porno con tetas XXL. ¿Cómo va a seguirles el ritmo?

Dejo escapar un sonido de incredulidad.

—No tiene por qué.

—¿Y por qué no? ¿Por qué de repente quieres cambiar la mini de charol rojo y los tacones de veinte centímetros por zapatillas de felpa con forma de pata y pantalones de pijama con estampado de alce? —me pregunta.

—Porque me encanta B. Todo de ella. Porque estoy a gusto con ella. Porque no sólo me toca la polla, sino también el alma. Con ella puedo ser yo mismo. Ella no me juzga. No intenta cambiarme. Me quiere tal y como soy. Con todas mis rarezas.

—Eso suena como las cualidades de una mejor amiga —Summer interviene con una sonrisa ladrona, sacándome de mi caparazón.

—Vale, bien, si realmente quieres oírlo, su coño es tan estrecho y pequeño que se me pone dura como el acero sólo de pensar en meterme dentro de ella. Además, ninguna mujer grita más fuerte que B. Y me encanta cuando grita y gime mi nombre. Joder.

Me miro los pantalones, que empiezan a apretarme al pensar en sexo con B, y Summer sigue mi mirada.

Levanta las cejas divertida y se ríe por lo bajo.

—En nombre de Dios, ¿qué hicisteis en mi casa, Sloane?

Hago una mueca de culpabilidad.

—No quieres saberlo.

—No, tienes razón. No quiero —se ríe.

—De acuerdo, entonces. Haremos lo siguiente, engañaré a B. La invitaré a cenar esta noche como agradecimiento por su ayuda y apoyo. Acaba de dejar a los niños en el colegio porque después quiere hacer algo en la ciudad. Esta tarde tiene una entrevista con un candidato a la alcaldía, por lo que sé. Le diré que la veré después en *Frozen Delight* pero yo no estaré allí. Estarás tú. Entonces aprovecharás tu oportunidad y la convencerás tan impresionantemente como acabas de convencerme a mí.

Exhalo ruidosamente.

—¿Y cómo se supone que voy a hacer eso?

—Tienes que hacerla sentir que es suficiente, Elliott. Que la quieres y la necesitas en tu vida. Dile que se mude a Phoenix para que sepa que lo dices en serio. Hazle ver que la vida sin ella no es una opción. Que quieres el paquete completo y no sólo su amistad. Que la deseas. Sobre todo, no dejes que se te escape. Mantente los ojos en el balón o en tu caso, en el disco. ¿Entendido?

Asiento y agarro el volante con las dos manos porque necesito algo a lo que agarrarme.

—¿Summer?

—¿Sí?

—Me gustaría hablar con Josh y explicarle lo que vio. Es importante para mí quitarme esto de encima para poder seguir pasando tiempo con él en el futuro. ¿Es posible?

Summer me sonríe agradecida.

—Claro que es posible. Gracias por querer hacer esto. Significa mucho para mí. Y se que para Josh también.

CAPÍTULO 35

BLAKELY

ENTRO en el *Frozen Delight* y miro a mi alrededor, buscando.

Summer dijo que se reuniría conmigo aquí y siempre es puntual. Como llevo diez minutos de retraso, ya debería estar aquí. No la veo por ninguna parte.

—¿Señorita Beckett? —me saluda una guapa camarera con una sonrisa simpática.

¿Cómo sabe quién soy?

—Eh, sí —digo y dejo que mi mirada recorra la sala una vez más.

—Ya la están esperando. Pase, por favor. Le acompaño a su mesa.

—De acuerdo. Gracias.

La sigo por el restaurante hasta una sala lateral que suele estar reservada para los jugadores de los *Armadillos* cuando quieren comer o celebrar en paz.

¿Por qué Summer ha elegido un lugar tan apartado?

—Aquí está —dice la camarera, haciéndose a un lado.

La saludo con la cabeza, pero me quedo paralizada al instante cuando veo a Elliott, y no a Summer, detrás de ella.

—Lio —jadeo sin aliento—. ¿Qué haces aquí?

—Cenando con mi novia —responde, poco impresionado, y se levanta—. Hola, cariño.

Se acerca a mí y me besa en la mejilla.

—¿Puede nuestra encantadora camarera traerte algo de beber? ¿Un mojito? ¿Como siempre?

Asiento en silencio y Elliott le hace una señal a la camarera.

—Enseguida —dice y desaparece.

—Tengo una cita con Summer —digo débilmente, dándome cuenta ya de lo que está pasando.

—No la tienes. Summer, bueno, te ha tendido una trampa supongo. Dijo que estabas un poco insegura sobre nosotros dos en este momento y pensó que sería

una buena idea que los dos habláramos.

—Te habría llamado —protesto—. Pronto. En algún momento, supongo.

—Sabes que la paciencia nunca ha sido mi punto fuerte. Además, te echo de menos. Cada día sin ti es una mierda y un día perdido. Así que cuanto antes hablemos de lo que hay entre nosotros, antes podremos volver a abrazarnos y a hacer algunas otras cosas. ¿Por qué no te sientas?

Elliott me aparta la silla y espera a que me siente. Luego se sienta él también.

—Entonces, Layla. La chica que Josh dijo que besé. Es una conejita y sí, hemos estado juntos en la cama en el pasado, pero eso fue hace mucho tiempo. Me tomó por sorpresa en el estadio. Antes de que pudiera reaccionar, sus labios ya estaban sobre los míos. En cuanto me di cuenta de lo que pasaba, la aparté de mí. Así que, por favor, créeme, no hubo nada consentido. Sólo fue un momento raro con exceso de hormonas.

—Te creo —respondo con calma, lo que parece sorprender a Elliott. Obviamente, esperaba más drama. Bueno, tengo que decepcionarle. Nos conocemos demasiado bien como para que dude de él.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. Nunca me harías daño deliberadamente. Engañándome, incluso en público, estarías haciendo precisamente eso. No hay duda de que nada estaba pasando.

—¿Entonces por qué me evitas?

—No te estoy evitando, sólo estoy ordenándome.

—¿Ordenándote? Eso es sólo otra palabra para *evitar* —Elliott resopla, recostándose despreocupadamente en el cojín de su asiento de la esquina.

—No lo es. Sólo quería tomarme mi tiempo para pensar qué hacer ahora que Summer vuelve a estar suelta y ya no me necesitan aquí.

—Te necesito aquí, B. Te quiero conmigo. Todos los días. Así que deberíamos negociar que te mudes aquí. A mi casa. Quiero vivir contigo. No en pisos diferentes, no. Te quiero conmigo. A mi lado. Quiero que seas lo primero que vea al abrir los ojos por la mañana y lo último en lo que me fije antes de dormir por la noche. Cualquier otra cosa es imposible para mí.

—Pero yo… —balbuceo—. No soy como las demás. Tú...

—Tienes toda la razón. Eres absolutamente única. El ser único más hermoso y precioso que este mundo haya visto jamás. Y el hecho de que seas mía me enorgullece. Haré todo lo posible para detenerte. Preferiría atarte al radiador con bridas.

—No sería la primera vez —sonrío.

—Si eso es demasiado aburrido para ti, la próxima vez usaré esposas. O una cuerda. O un cinturón. O una corbata. Las posibilidades son infinitas.

Mi sonrisa se ensancha un poco.

—Contigo estoy segura.

—Te deseo, Blakely Beckett, ¿me oyes? *Te* quiero a *ti*. A nadie más. Te quiero tal y como eres. Por supuesto, no me importaría que cambiaras tus pantalones de alce por un ardiente vestido de seda de vez en cuando, pero como de todos modos te prefiero desnuda, en realidad no importa.

Su firme afirmación me alegra el corazón. Murmuro con voz ahogada:

—¿No te parece extraño que hayamos sido amigos todos estos años y nos hayamos llevado tan bien y ahora, de repente, ya no? ¿Qué ha cambiado?

—Todo y nada —responde Elliott tan seguro de sí mismo, como si tuviera la respuesta a todas las preguntas del mundo—. Siempre nos hemos sentido atraídos el uno por el otro, pero nunca quisimos admitir que entre nosotros había algo más que una simple amistad. Supongo que no queríamos poner en peligro lo que teníamos. Y ahora que sabemos lo que se siente al tener más de lo que hemos tenido todos estos años, ya no estamos dispuestos a conformarnos con menos. Te quiero toda, B. Sin restricciones. Y creo que tú también me quieres. Así que seamos valientes juntos y vayamos a por ello.

Elliott me coge la mano del otro lado de la mesa y le acaricia suavemente el dorso con el pulgar.

—Así que quieres que renuncie a mi vida en Vancouver por ti, ¿verdad?

—Por nosotros —me corrige—, por nosotros, no por mí. A menos, claro, que puedas vivir una vida feliz y plena en Vancouver. Como tu felicidad es mi máxima prioridad, debería aconsejarte que te quedaras allí en ese caso. ¿Pero sinceramente? El egoísta que hay en mí probablemente seguiría viniendo a por ti si no te quedaras conmigo voluntariamente.

—Lio —suspiro—, tengo miedo…

—¿De qué? ¿De ser feliz conmigo?

—De que un día te hartes de mí.

—Podría decir lo mismo de ti.

Sacudo la cabeza.

—Eso es imposible. Eso nunca ocurrirá.

—¿Y por qué no? —pregunta Elliott, alzando las cejas.

—Porque no puedo imaginarme la vida sin ti.

—¿Y por qué debería sentirme diferente contigo?

—Porque eres el puto Elliott Sloane. Eres rico. Eres sexy. Eres famoso. Eres el sueño húmedo de toda mujer.

—Estoy lleno de una cosa por encima de todo: anhelo. De ti. Porque eres mi hogar, B. Lo has sido desde que nos conocimos. Y siempre lo serás. Así que, por favor, déjame volver a casa. Por ti.

—¿Me lo suplicarías?

—¿Suplicar qué? —Elliott frunce el ceño, perplejo.

—¿Me suplicarías? Así, de rodillas. Atado. Desnudo. A mi merced. Deseando copos de maíz que te tiro como migas de pan y te obligo a comerlos del suelo.

Las comisuras de los labios de Elliott se crispan.

—Eres realmente estúpida, B, ¿lo sabías?

—¿Qué pasa, Sr. Grey? Creía que te gustaban esas cosas —suelto una risita.

—Me gusta todo lo que tenga que ver contigo y estoy deseando explorar y cruzar nuestros límites.

Un destello peligroso pasa por los ojos de Elliott, haciéndome sonrojar.

He traído una bestia indomable a mi cama y a mi corazón y ahora pasaré el resto de mi vida intentando domarla.

Si eso no es el trabajo de una vida, entonces no sé lo que es.

De una cosa estoy segura. No puedo esperar.


SLOANE

EPÍLOGO

2 MESES DESPUÉS

BLAKELY

Vl el partido de los *Armadillos* por televisión. En realidad hubiera querido estar allí en directo, pero debido a la entrevista con un candidato presidencial tuve que volar a Boston, así que sólo tuve la opción de ver el partido por televisión.

Los *Arizona Armadillos* vencieron a los *Atlanta Aces* y alcanzaron las semifinales del campeonato.

Me alegro mucho por ellos y estoy deseando volar a casa mañana para felicitar a Elliott, Caiden y Shelby en persona.

Los tres son sencillamente un equipo imbatible y ya los anuncian como el Dream Team de la Major League en todos los periódicos del país.

Apago el televisor, abro el portátil y sigo trabajando para imprimir cuanto antes la entrevista que he realizado hoy.

Una hora y media más tarde, suena mi teléfono.

Es Elliott.

—Hola, cariño —le saludo y sonrío—. Gran partido.

—¿Lo has visto?

—Todo.

—¿Así que yo estuve genial?

Las eufóricas palabras de Elliott me hacen sonreír.

—Sí, eso también.

—Entonces seguro que estamos de acuerdo en que merezco una recompensa.

—La tendrás. Mañana mismo. En cuanto vuelva a casa.

—Lo siento, cariño, pero no puedo esperar tanto. Tienes que darme algo ahora. Estoy tan nervioso que si no, no podré dormir.

Elliott está tumbado en el sofá, con un brazo bajo la cabeza, mirándome diabólicamente.

—¿Qué tienes en mente?

—Liarte con el Sr. Conejo y enseñármelo —dice como disparado por una pistola.

—Creía que odiabas al Sr. Conejo —replico burlona.

—Yo también. Pero en vista de la falta de alternativas, hoy voy a dejar de

lado mi odio hacia él por una vez.

Me levanto con el móvil en la mano y me dirijo a la cama, donde el Sr. Conejo ya está tumbado preparado, porque sabía exactamente lo que Elliott querría.

No es nada nuevo que siempre esté cargado y caliente después de un partido. Pero el hecho de que sea yo quien satisfaga su apetito hace que mis mejillas sigan brillando.

Estoy tan indeciblemente feliz y enamorada que floto en el aire y me paseo con una sonrisa permanente en la cara.

Cada día espero despertarme y darme cuenta de que todo es una quimera. Pero no es así.

Esto no es un sueño. Es la realidad.

Nosotros, Elliott y yo, somos la realidad.

Nunca pensé que podría ser tan fácil si lo dejas ser. De alguna manera, los humanos siempre pensamos demasiado y escuchamos muy poco a nuestro instinto y a nuestro corazón.

Si seguimos la voz de nuestro corazón y confiamos en que nos llevará exactamente adonde tenemos que ir, todo irá bien.

Mi traslado de Vancouver a Phoenix, mi nuevo trabajo, vivir con Elliott, nuestra relación... nada de esto ha sido difícil para mí porque he dejado que las cosas siguieran su curso sin cuestionarlas ni pensarlas demasiado.

Siempre pensamos que todo tiene que ser complicado y por eso nos complicamos la vida. Y también entiendo la razón, hace falta valor para confiar en tus sentimientos. En algo que no puedes tocar ni justificar lógicamente.

No puedes demostrar que los sentimientos reflejan la verdad. Tienes que confiar en ellos. Y la confianza es una actitud básica frágil de la que la mayoría de la gente ha abusado a menudo a lo largo de los años. Por eso sienten la traición a la vuelta de cada esquina y, por miedo a que les vuelvan a hacer daño, cierran su corazón y confían en experiencias pasadas.

Si supieran lo que se están perdiendo quizás entonces todo sería diferente. Mejor. Más hermoso.

Pero como ocurre con todo en la vida, también ocurre con el amor: sólo los que tenemos el valor de dejarnos caer y confiar en que nos atraparán, experimentaremos alguna vez lo que significa volar y amar incondicionalmente.

ELLIOTT

Observo embelesado cómo Blakely se tumba en la cama del hotel, abre lascivamente el albornoz que lleva puesto y me descubre sus pechos desnudos.

¡Impresionante!

Llevo esperando esto todo el día. Lo mejor de cada día es volver a casa con ella. Lo ha sido durante ocho años, pero desde que estamos juntos, las ganas de llegar a casa lo antes posible se han vuelto aún más fuertes, aunque en realidad no creía que fuera posible.

—Tócate, cariño —murmuro con voz sombría y goteante de excitación, deslizando mi mano dentro de mi pantalón de jogging.

—Eres un espectador, nene. Disfruta y cállate —me contradice y me guiña un ojo descaradamente.

No es nada nuevo. B siempre ha sido rebelde y testaruda pero el hecho de que me encadene a la cama, como hizo el otro día, y me utilice para satisfacer su lujuria, ha llevado nuestra relación a un nivel completamente nuevo.

Uno que me hace gemir, maldecir y gritar como nunca antes lo había hecho con ninguna otra mujer.

No puedo imaginar lo que había entre nosotros antes. Que en serio pasé ocho años con esta mujer sin tomar posesión de toda ella.

Debo haber estado loco. Y ciego. Y estúpido.

Ni siquiera puedo pensar en lo que tuve que escuchar de Max. Se rio tanto y tan fuerte cuando se enteró de lo de B y yo que su cara se puso roja como el fuego y temí que le estallara la cabeza.

Caiden, Shelby y Ruby nunca pierden la oportunidad de restregarme por la nariz que me dijeron enseguida que B y yo éramos la pareja perfecta.

Suspiro y alejo sus pensamientos. Basta con que nos reunamos todos el domingo para celebrar el compromiso de Caiden y Arielle, que también es la fiesta del bebé de Shelby y Sienna.

Summer, Clara y Josh también estarán allí.

He acordado con Summer dejar un par de mis máquinas en su garaje para que Josh y yo podamos jugar con ellas juntos. Con el permiso de Summer, también le compré a Josh una moto de cross Honda y monto con él regularmente en las pistas de motocross de los alrededores de Phoenix.

Es agradable verle florecer cuando pasamos tiempo juntos y espero por él que algún día deje de lado su timidez y su reserva con la gente y se permita

sentir lo que yo siento ahora, gracias a mi amor por Blakely.

A Summer le gusta el trabajo en el FBI más de lo que esperaba, lo que también se debe a que no es una mujer que se deje decir lo que tiene que hacer o ceda sin luchar.

Ella y B pasan mucho tiempo juntas. Sienna y Susan, la hermana de Sienna, también se han unido a este club tan unido. Incluso Arielle participa, cuando tiene tiempo.

Aunque me lo he pasado muy bien en Vancouver todos estos años, no se puede comparar con el hogar que he encontrado aquí en Phoenix.

Es perfecto tal y como es ahora. Me gustaría que siguiera siendo así.

Estoy tranquilo, contento y relajado mientras veo cómo B se pasa el Sr. Conejo por los pechos y luego baja lentamente la mano con el vibrador entre las piernas.

Observo hipnotizado cómo separa los muslos, enciende el vibrador y se estimula el clítoris con él.

—Sí, nena, acarícíate. Humedécete —murmuro con voz ronca y aprieto la polla con más fuerza.

B se tumba en la cama y hunde los talones en las sábanas.

Ha encontrado la posición perfecta para el móvil, desde la que puedo ver todo. También veo cómo empuja lentamente la polla de goma hasta el fondo y gime.

Trago saliva y me quito los pantalones de las caderas con la mano libre. Joder, necesito espacio.

Empiezo a trabajar en mi polla con fuertes movimientos de la mano, sin dejar de mirar a B.

Lo que daría por llevarla de la A a la Z ahora mismo. Pero, por desgracia, está en la otra punta del país, así que tengo que conformarme con el espectáculo que me está dando e imaginarme que soy el Sr. Conejo.

—Sí, cariño, hazlo. Muéstrame lo bien que sabes mimarte —ronroneo y me recuerdo lo increíble que se siente cuando me hundo en Blakely y la penetro larga y duramente hasta que ella se corre y yo también.

Apenas consigo subirme la camiseta con la mano libre antes de chorrear caliente sobre mi estómago y correrme con un fuerte gemido.

Me excita cada vez lo débil y sin fuerza de voluntad que soy cuando veo a B hacérselo a sí misma. No pasan ni dos minutos antes de que explote. Me encantaría alargarlo eternamente.

El único consuelo es que B no es diferente. Ella también estalla como un cohete y me sigue en el delirio poco después.

Sin aliento, deja caer la cabeza a un lado y sonríe a la cámara con las mejillas

sonrojadas.

Cómo me gustaría cogerla en brazos y abrazarla. Sé lo mimosa que es después del sexo y me encanta poder besarla, acariciarla y abrazarla.

No hay nada mejor que correrse dentro de la mujer de mis sueños y luego dormirme relajado y feliz con ella.

—Ven a casa, cariño —se me escapa—. Te necesito.

—Yo también te necesito —susurra ella.

—¿Por qué? —le susurro de vuelta.

—Porque te quiero, Elliott Sloane.

Una sonrisa traicionera se dibuja en mi cara. Ella me quiere. Blakely Beckett me quiere. Y aunque me lo confiesa todos los días, no me canso de oírlo.

—Yo también te quiero, cariño —le respondo, besándome las yemas de los dedos y tocando con ellos la cámara—. ¿Podemos volver a hablar del tatuaje que quieres hacerte?

B hace una mueca y suelta una risita.

—Quieres que me lo haga. Yo no quiero hacerme nada.

—Tú también lo quieres.

—Sigue soñando, Lio.

Me muerdo el labio inferior y suelto una risita suave.

Llevo semanas intentando convencer a B de que se tatúe a *Elliott* en el pecho izquierdo y a *Sloane* en el derecho. Pero hasta ahora se ha negado.

A ver cuánto dura su resistencia.

—Si los pechos son demasiado llamativos para ti, también podríamos hablar de tu coño.

—Olvídalo, bicho raro —se ríe, haciendo que mi corazón lata más rápido con su risa brillante y atractiva.

No hay palabras suficientes para expresar lo mucho que quiero a esta mujer. Pero eso es exactamente lo que tanto deseo: poder expresarlo con palabras.

Como eso es imposible, en su lugar se lo mostraré. Pronto llevaré su nombre. Tendré su nombre tatuado en un vibrante rojo sangre después del campeonato. En mi pecho. Más precisamente, en mi corazón.

Porque ahí es exactamente donde Blakely Beckett pertenece, en mi corazón. Para siempre.



¿Te gustaron los tres volúmenes de la serie de los hermanos Sloane? Entonces no

puedes perderte mi novela de hockey sobre hielo ***Colisión de corazones***, que saldrá a principios de diciembre. Ya puedes reservarla **AQUÍ**, o alternativamente, escanear este código QR. Ahí encontrarás toda la información sobre el libro:

Y si tienes ganas de leer capítulos **extra gratuitos** de mis novelas, puedes descargarlos **AQUÍ** de forma gratuita. Alternativamente, solo escanea este código QR:

Si aún no conoces los tres libros de la serie de los hermanos Sloane, puedes acceder a **la serie completa AQUÍ**. Alternativamente, usa simplemente este código QR:

MIS NOVELAS DE UN VISTAZO

¿Conoces ya mi **serie Titan Racing**? Aquí puedes encontrar de un vistazo los 5 volúmenes de esta apasionante serie de Formula 1. A los fans de Drive to Survive les encantará.

La serie Titan Racing:

Titan Racing 1
Nunca te enamores del jefe
(Allegra & Hunter)

Titan Racing 2
Nunca beses al adversario
(Riley & Dante)

Titan Racing 3
Nunca te cases con el multimillonario
(Dakota & Grayson)

Titan Racing 4
Nunca te acuestes con el enemigo
(Kenzie & Cesare 1)

Titan Racing 5
Nunca tengas un bebé con el director general
(Kenzie & Cesare 2)



La serie Colorado College:
(Hockey sobre el hielo & New Adult)

Volumen 1:
Amor prohibido sobre el hielo
(Jordan & Carly)

Volumen 2:
Besos prohibidos sobre el hielo
(Chase & Ruby)

Volumen 3:
Segundo chance sobre el hielo
(Ryder & Bella)



La serie Los irresistibles abogados multimillonarios de Nueva York: (Boss Romance)

Volumen 1:
Salvada por el multimillonario
(Damian & Grace)

Volumen 2:
Seducida por el abogado
(Landon & Violet)

Volumen 3:
Enamorada del jefe rival
(Jameson & Kennedy)

Para no perderte ninguna novedad, **sígueme en Amazon** haciendo clic en "Seguir" junto a mi foto de autor. Sólo te llevará 5 segundos. También puedes **suscribirte a mi boletín** y recibir un relato gratis.

Puede encontrar todas mis novelas AQUÍ. También puedes escanear este código QR.



LIBRO Y CAPÍTULO GRATIS

Suscríbete a mi boletín y recibe **la precuela** de la serie Colorado College **e un capitolo extra del secondo volume** di questa serie, como agradecimiento. Esto no se puede comprar en ningún sitio, sólo en el boletín.

Suscríbete aquí y empieza a leer ahora:

HAGA CLIC AQUÍ

o escanea este código QR:



También puedes encontrarme en las redes sociales:

Ava en Instagram: avaavery.autorin

Ava en Facebook: www.facebook.com/avaavery.autorin

Ava en TikTok: @avaavery.books

ANTES DE PARTIR

¿Te ha gustado esta historia?

Me encantaría que dejaras una reseña en Amazon. No importa la extensión. Agradeceré cualquier reconocimiento hacia mis novelas.

Muchas gracias por tu tiempo.

Hasta pronto.

Ava

Derechos de portada

Source: depositphotos.com

Photo ID & Credit:

259315558, YAYImages

Pie de imprenta:

Ava Avery

c/o WirFinden.Es

Naß und Hellie GbR

Kirchgasse 19

65817 Eppstein

Contacto:

avaavery.romane@gmail.com